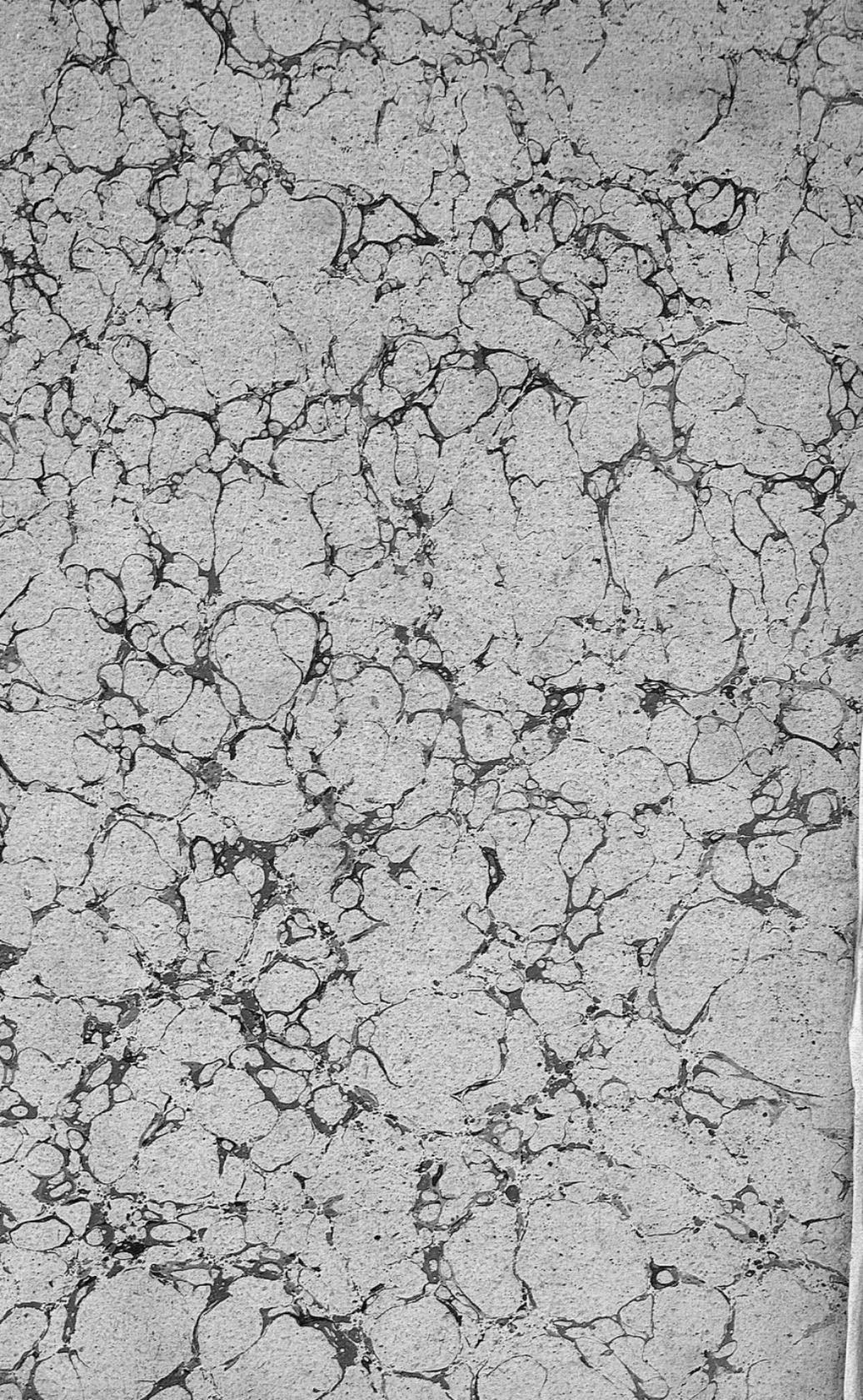
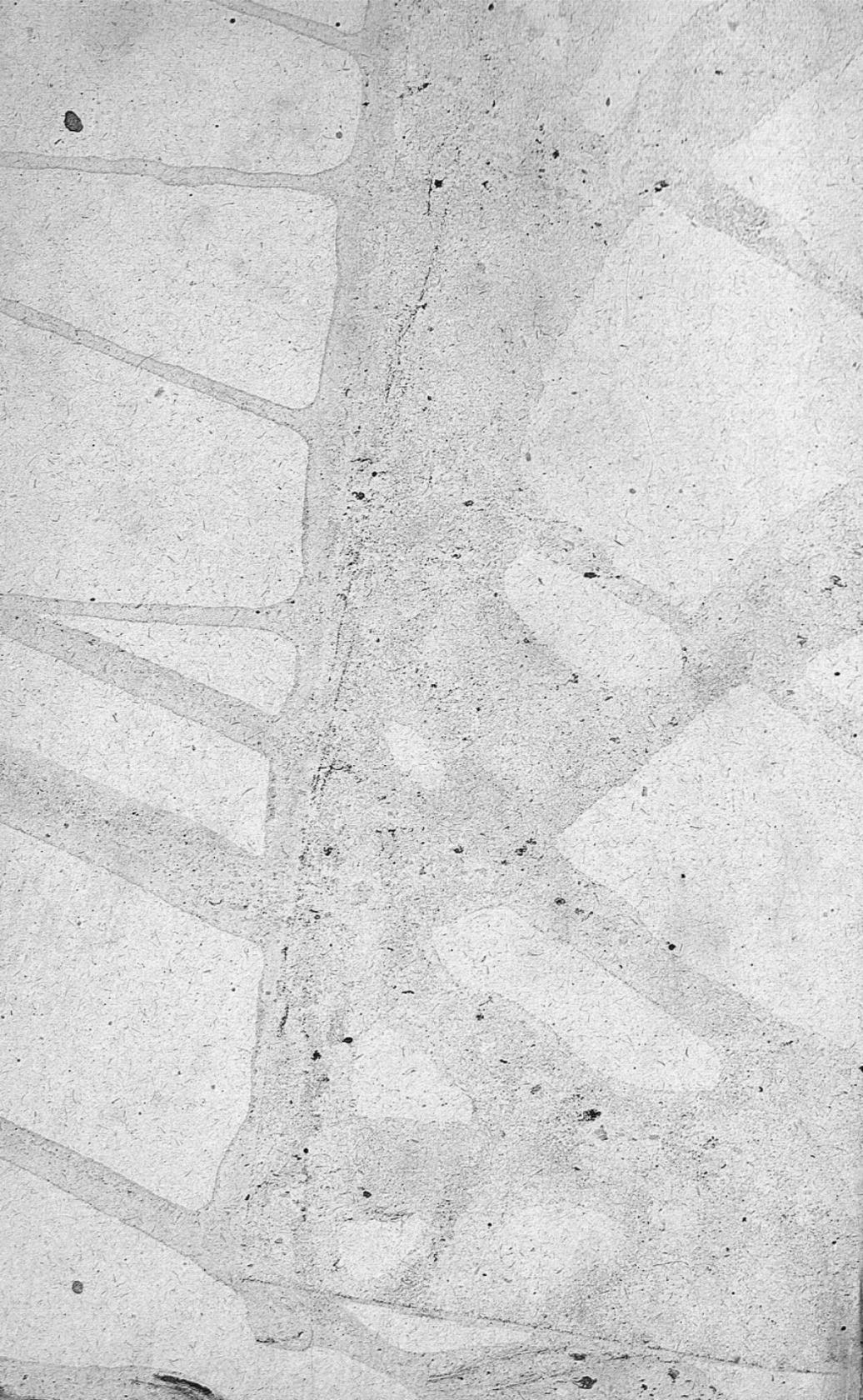


EX- LIBRIS



VALEDO





10

222 n. 14



EL MEDITERRÁNEO.

DURAN, LIBRERO
MADRID.

THE MEDICAL BRAND

FOR RARE LIBRARIES
MADRID

23
20359

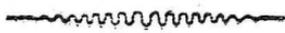
EL MEDITERRÁNEO.

APUNTES PARA UN LIBRO,

POR

ÁUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.

ES PROPIEDAD.



MÁLAGA.

COBREGO DE ANDALUCIA.

1872.

D. 100574

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

ALPHABETICALLY BY AUTHOR

FOR

AUGUSTUS HERBERT FRONZ

ES PROPIEDAD.

UNIVERSITY

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1875

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

CANTARES.

POCO Y MALO.—(Poesías.)

CUENTOS Y NOVELAS.

LA PAZ UNIVERSAL.

ARTÍCULOS ECONÓMICOS.—(Segunda edicion.)

EL LIBRO DEL ALMA.—(Segunda edicion.)

DÉBORA Ó EL PUEBLO LIBRE.—(Episodio bíblico en un acto.)

EL TRIBUTO DE SANGRE.—(Drama en un acto.)

PROVERBIOS BÍBLICOS.

IMPRESIONES DE VIAJE.

OBRA DEL MISMO AUTOR.

- CANTARES.
- POCO Y MALO. -- (Poemas.)
- QUINTOS Y NOVIAS.
- LA PAZ UNIVERSAL.
- ARTÍCULOS ECONÓMICOS. -- (segunda edición)
- EL LIBRO DEL ALMA. -- (segunda edición)
- INDORA O MI PUEBLO LIBRE. -- (Episodio histórico en verso.)
- EL TRIBUTO DE SANGRE. -- (Drama en un acto.)
- PROVERBIOS BÍBLICOS.
- INTERESTORES DE VAINA.

ADVERTENCIA.

¿Qué significa EL MEDITERRÁNEO? ¿Qué pensamiento entraña?

Tratemos de averiguarlo.

En primer lugar no es un *libro*, sino una serie de observaciones históricas, geográficas y filosóficas para que á su influjo la inteligencia que lo juzgue oportuno confeccione con arreglo á este *croquis* una obra de verdadero estudio, porque mucho puede y debe decirse del hermoso mar interior, cuyo título sirve de nombre á estas páginas.

Sin embargo, creo no equivocarme al consignar que mis ligeros apuntes encierran una idea útil; y es seguro que esta apreciacion, léjos de aparecer ante el público como el resultado de una vanidad que nunca he sentido, habrá de hallarse en armonía con su propio juicio, si se medita en esta lectura.

No he pretendido reproducir en todos sus detalles cuanto se relaciona con la palabra *Mediterráneo*; bastaba á mi propósito anotar sin descender á pormenores, y hé aquí la razon de llamar á mi trabajo *apuntes para un libro*.

Conozco una considerable estension del *Mediterráneo*, pero no lo conozco en totalidad; de cualquier modo, las noticias y las descripciones que transcribo son esactas.

No intento resolver un problema, sino vulgarizar un tanto la ciencia y decir algo de las aspiraciones de la humanidad comparando el ayer con el hoy para adivinar el mañana.

Tal es mi libro.

Augusto Jeréz Perchét.

Día 10 de Mayo de 1870.

Todo estaba dispuesto para mi expedición, pero la idea de marchar solo, me detenía en Gibraltar.

Necesitaba una persona con quien partir los placeres y los peligros del viaje.

Salvador, mi amigo de la niñez, podía acompañarme. Ocupaciones de distinta índole lo encadenaban á Granada su residencia, mas un esfuerzo por su parte seria suficiente á romper aquellas ligaduras.

Tomé la pluma y escribí los siguientes renglones:

«¿Me acompañas? Voy á viajar y he pensado en tí porque tenemos idénticas inclinaciones.»

«La vida sedentaria me ahoga. Ver deslizarse los días y los años de una manera uniforme y monótona es demasiado triste.»

«Cuando admiro, en medio de los campos, los grandes espectáculos de la naturaleza y los comparo con la existencia limitada de las ciudades, comprendo que el hombre ha nacido para alguna cosa que no alcanza en las cárceles donde habitamos.»

«Ni el palacio ni la bohardilla ofrecen al alma la contemplacion que eleva y purifica.»

«Voy á viajar y he pensado en tí; ya lo sabes. Te espero quince días, tiempo sobrado para que resuelvas. La contestacion afirmativa será tu presencia.»

»**AUGUSTO.**»

»Gibraltar—Hotel de Paris.»

Mi carta produjo el efecto apetecido. Once dias más tarde el vapor *Adriano* conducia á mi amigo á Gibraltar.

Jacob, mi criado, me lo anunciaba á las tres de la tarde mientras que sentado en una butaca de mi habitacion me entretenia en hojear un libro.

Nuestro primer saludo fué un abrazo.

—¡Magnífico! dije á Salvador.

—He recibido tu carta; respondió riendo.

—Seremos compañeros de viaje ¿no es verdad?

—Justamente.

—Eres un grande hombre.

—Gracias; soy un grande amigo tuyo.

—En breve marcharemos.

—Poco á poco. No me has dicho cuál es tu plan, tu itinerario.....

—¡Ja! ¡ja!

—¡Cómo! ¿te ries?

—Ya lo ves.

—Vamos; sé formal.

—Mi plan y mi itinerario son dilatados, pintorescos, y sin embargo, se encierran en un nombre.

—¡Calle! ¿Hay misterio?

—Te equivocas.

—Entonces.....

—¿Te gusta el mar?

—Con locura.

—Muy bien.

—Segun eso.....

—Se trata de navegar.

—Aun no te esplicas lo bastante. ¿Qué expedicion es la nuestra? ¿Qué palabra es esa cuyo significado compendia el proyecto de las futuras escursiones?

—¡El MEDITERRÁNEO!

—¡Sublime!

—¿Comprendes, feliz mortal, mi deseo?

—Lo comprendo, y me entusiasma porque supongo que no habremos de limitar nuestro viaje al Mediterráneo, considerándolo como *liquido*.

—Has acertado: visitaremos las costas; penetraremos en las ciudades, en los campos.....

—Héme ya impaciente. ¿Cuándo partiremos?

—Mañana.

—¿En qué buque.

—En el *Neptuno*, lindo vapor de mi propiedad.

—¡Chico! ¡Esto es demasiado!

—He adquirido en Inglaterra un yack primoroso.

Hubo un instante de pausa.

Llamé á Jacob y le hablé algunas palabras al oído. Salió inmediatamente y quedé solo con mi huésped.

—Son las tres y media; le dije. Comeremos á las cinco, y mientras llega la hora daremos una vuelta, porque supongo que no estarás cansado de la exígua navegacion.

—¡Cansado!

—No necesitas replicar; eres un viejo lobo marino.

—Señor, interrumpió mi camarero entrando en el gabinete. Cuando usted quiera.

—En marcha; repuse. El carruaje nos aguarda.

—Dime, preguntó mi amigo ¿quién es este hombre?

—Jacob; mi camarero, mi mayordomo, mi secretario.

—No le faltan títulos.

—Es una gran cosa.

- Las acortadas visitaciones las costará penetrarlas en las ciudades, en los campos...
- Hágame ya impaciente. Cuando partiereis?
- Mañana.
- ¿Sin que pague.
- Sin el noveno, sino vapor de mi propiedad.
- ¡Oh! ¡Esto es demasidado!
- He adquirido en Inglaterra un rack primoroso. Hubo un instante de pánico.
- Hágame á Jacobo y le hablé algunas palabras al oído. Se le inmediatamente y quedé solo con mi hijo.
- Son las tres y media; le dije. Comencemos á las cinco, y mientras dure la hora daremos una vuelta, porque sé por lo que me espera cuando sea la última inspección.
- ¿Cuándo?
- No necesito replicar: eres un viejo loco maníaco.
- ¿Qué? ¿intermedio del camarero entrando en el gabinete. Cuando usted quiera.
- En marcha; repase. El carruaje nos espera.
- Dime, pregunta al amigo, ¿quién es este hombre?
- ¡Ese es el camarero, mi hijo, el camarero, mi secretario.
- No le falten brillos.
- Es una gran cosa.

—Si como supongo, el retrato es exacto, debes estar satisfecho de Jacob; dijo mi compañero.
—Y lo estoy en verdad.
—Pero ¿á dónde vamos?
—A la lina; á en otros términos, á un precioso pueblo.
—Este inmediato que por excepción en estos alrededores, pertenece á España.
—¿A España?

II.

Subimos al carruaje. Los caballos partieron al trote. Cruzamos el recinto murado y comenzamos á caminar por una llanura, entre dos hileras de cañaverales.

—Me preguntabas hace poco por Jacob, dije á Salvador; te respondí en tres palabras quién era, pero como ha de acompañarnos en nuestro viaje, creo necesario hacerte de él un ligero retrato.

—Ya escucho; replicó mi amigo.

—Jacob tiene 28 años. Ha nacido en Tánger, y pequeño aun, fué traído á Gibraltar, donde lo tomó á su servicio un viejo inglés que descubriendo en el jóven felices disposiciones, trató de desarrollarlas, y al efecto comenzó una obra minuciosa. El árabe aprovechaba las lecciones de su amo, y en breve habíase transformado en excelente cocinero, ginetes consumado y camarero sin rival.

Jacob, en su parte moral, es lo que se llama un hombre honrado. Su fidelidad no tiene límites; su amabilidad es completa; su actividad incansable.

En cuanto á su individuo, *físicamente* considerado, nada ofrece de notable. Ya lo has visto; estatura pequeña; formas proporcionadas; musculatura de hierro; fuerzas titánicas; sonrisa constante y una espresion de dulzura que contrasta con el fuego de su mirada.

Muerto el inglés á tiempo de hallarme en Gibraltar hace dos años, conocí á Jacob; le propuse que se viniese en mi compañía; admitió, y desde entonces no me abandona. Me profesa una adoracion ciega y me sirve con un respeto y una solicitud á toda prueba.

—Si, como supongo, el retrato es exacto, debes estar satisfecho de Jacob; dijo mi compañero.

—Y lo estoy en verdad.

—Pero ¿á dónde vamos?

—A la *Línea*; ó en otros términos, á un precioso pueblecito inmediato que, por escepcion en estos alrededores, pertenece á España.

—¡A España!

—Comprendo tu sarcasmo: quizá te avergüenza pisar este suelo y ver las baterías de Gibraltar y la bandera inglesa erguida sobre las murallas....

Habíamos llegado á la *Línea*. Bajamos del coche, y despues de un ligero paseo por la reducida poblacion, retornamos á Gibraltar.

III.

Día 11 de Mayo.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. Salvador deseaba conocer la ciudad y dimos con nuestros individuos en la vía pública.

—¡Qué animación! decía mi amigo al observar el tropel de vehículos que desde las primeras horas del día circulan por las calles.

—¿Eso te extraña? le respondí. No olvides que Gibraltar es una población mercantil. Españoles, ingleses, hebreos, gentes de todas nacionalidades viven aquí dedicadas al tráfico y á la industria.

—Tienes razón. Mira, mira ese hombre de interminable levita y monumental sombrero de copa, cómo espende géneros en su tienda.

—Es un judío.

—¿Qué veo? ¿Estamos en Africa? Repara ese reducido portal, semblanza de baratillo, donde aparece sentado un moro. Y cuántas mercancías exhibe á la venta. Dátiles, fajas de seda, collares, lámparas, babuchas. Dime ¿quién será aquella señora de elegante sombrerito y ajustado saco de seda que sostiene colgado del brazo un voluminoso cesto por cuya tapadera asoman hojas de legumbres?

—Alguna criada de casa.

—¡Chico! ¡Chico! te habrás equivocado.

—Descuida; conozco las costumbres de este país.

—Estamos en plena mascarada.

—Acertaste.

—La monotonía de las calles se rompe. He aquí un hermoso paseo.

—La *Alameda*.

—¡Diablo! Esto es inverosímil. Su adorno son cañones, pilas de balas, carros fuertes. ¿Creerá Inglaterra que España aspira á escamotearle el *Peñon*?

—No es difícil que así discurra, puesto que se trata de una plaza importante desde los tiempos mas remotos.

Gibraltar es el *Monte de Saturno*, de los griegos; una de las *Columnas de Briareo*, y digo una, porque la otra es la vecina montaña *Abila*, de Ceuta. Forma además Gibraltar ó *Calpe*, en union de *Abila* las *columnas de Hércules*, conforme á los escritores griegos y latinos.

Gibraltar, lo mismo que las restantes poblaciones de estas costas, fué probablemente fundada por los fenicios, que la elevaron á un considerable rango por ser foco de su comercio; rango que subsistía en tiempo de los romanos.

Han dominado en Gibraltar y lo han asediado mas ó menos, los franceses, los fenicios, los cartagineses, los romanos, los vándalos, los godos, los moros, los normandos, los españoles y los ingleses.

—Tienen fundamento los hijos de la Gran Bretaña al mostrar predileccion á esta joya, dijo Salvador; pero si no miente mi reloj, hemos paseado de sobra, y en verdad que mi estómago necesita refuerzos.

—Volvamos á la fonda; así como así nos faltan muchas cosas que hacer si hemos de zarpar esta noche.

—Media hora mas tarde y mientras almorzábamos, llegó Jacob á mi lado y me anunció el capitán del *Neptuno*.

Lo hice entrar y despues de los mas espresivos ofrecimientos entre Salvador y el marino, tratamos de nuestra partida que fué señalada para las diez de aquella noche.

El capitán nos saludó nuevamente y abandonó la fonda.

—¿Qué te parece este hombre? pregunté á Salvador.

—Me agrada; tiene un aspecto de bondad y de inteligencia notables; contestó aquel.

—Es uno de mis mejores amigos y vale mucho mas de lo que te figuras. Se llama Serafin; tiene treinta y seis años

y ha sido marino mercante. Hace pocos meses se retiró á una casita de los alrededores de Valencia, que merced á mis instancias ha abandonado temporalmente para tomar el mando del *Neptuno*. Su vida está consagrada al estudio y con predilección al de todo lo que pueda hablarle de paz y amor. Vive solo con una vieja que lo ha criado; y vive solo porque no tiene mas familia que la pobre vieja. De tiempo en tiempo visita la ciudad inmediata para comprar libros, único gasto *extraordinario* que se permite. Su casa tiene un símbolo; el *despacho*. Allí, colgada del techo y contrastando con los mapas y los papeles, hay una jaula vacía, entre cuyos alambres asoman algunas hojas amarillentas. Aquella jaula encierra una historia.

Cierto dia paseaba Serafin por los alrededores de Valencia y vió un grupo de muchachos que maltrataban á un jilguerillo, prisionero dos veces; por la mutilacion de sus alas y por un hilo sujeto á una de sus patas.

Serafin reflexionó ante aquel cuadro y dijo: ¿Será un sueño la paz universal? ¿Estará siempre el débil bajo el dominio del fuerte? Y hablando de este modo rescató al pájaro mediante unos pocos céntimos; lo llevó á su casa; lo encerró en una jaula, y tan luego como sus alas hubieron crecido, abrió un dia la puerta de la cárcel... El jilguerillo asombrado, se asomó al umbral, estendió sus brazos de plumas y se alejó cantando, mientras el sábio lo miraba sonriendo.

Desde aquel momento la jaula quedó vacía.

¡Dichosa cárcel que sirvió solo para devolver la libertad!

Aunque Serafin ha pasado gran parte de su vida en lucha con los elementos, su alma no ha conseguido endurecerse. Conserva toda la exuberancia de sentimiento; toda la transparencia de un alma vírgen de pruebas, y estraña á los horrores de una existencia azarosa.

Dotado de una inteligencia privilegiada, cuantos estudios penetran en su espíritu adquieren proporciones considerables. El estudio es la chispa que sirve para inflamar sus facultades, y gracias á una prodigiosa percepcion mental, el conocimiento primitivo se ensancha, y en poco tiempo se

reviste de una riqueza extraordinaria, hija de las nuevas ideas que irradian de su razón.

Y ¡cosa rara! Ese hombre en quien aparecen á la par la experiencia del saber arrancado á los libros, y la experiencia derivada de una práctica llena de movilidad como los reflejos de la luz; ese hombre, pues, guarda creencias de niño, ilusiones de adolescente, fantasías de inesperto, delirios de loco.....

Hé aquí el capitán del *Neptuno*. ¿Qué me dices ahora?

—Que hay motivos para amarlo y admirarlo.

—Tienes razón.

—Pero según los personajes que has retratado ayer y hoy, es seguro que nuestros compañeros de viaje forman tipos casi de novela.

—No tanto; además solo te he hablado de Serafin y de Jacob: el resto de la tripulación no presenta caracteres notables: son muchachos valerosos que emprenderían una expedición al Polo con la misma tranquilidad que un paseo por la bahía.

Desde aquel momento la jala quedó vacía. Dichosa cárcel que sirvió solo para devolver la libertad! Aunque Serafin ha pasado gran parte de su vida en lucha con los elementos, su alma no ha conseguido escapar. Conserva toda la exuberancia de sentimiento; toda la transparencia de un alma virgen de pruebas, y está libre de los horrores de una existencia azarosa.

Detenido de una inteligencia privilegiada, cuando otros días penetran en su espíritu adquieren proporciones considerables. El estudio es la chispa que sirve para inflamar sus facultades, y gracias á sus prodigiosas percepciones mentales el conocimiento primitivo se ensancha, y en poco tiempo se

—¿Qué te parece? pregunté á Salvador luego que terminamos la visita del yack.

—Que mi sorpresa no tiene límites; respondió. Nada falta; todo está calculado; la comodidad y las exigencias de una larga navegacion.

—He procurado satisfacer ambos requisitos.

A las nueve nos reunimos en la cámara Salvador, Serafin y yo. Tomamos asiento en torno de la mesa, exornada con botellas de escelentes vinos y licores, y brindamos por la felicidad del viaje; por nuestras afecciones mas queridas; por mil y mil pensamientos que en vaiven constante se agrupaban á nuestro espíritu.

—¿Qué te parece? pregunté á Salvador luego que terminamos la visita del yack.

—Que mi sorpresa no tiene límites; respondió. Nada falta; todo está calculado; la comodidad y las exigencias de una larga navegacion.

—He procurado satisfacer ambos requisitos.

A las nueve nos reunimos en la cámara Salvador, Serafin y yo. Tomamos asiento en torno de la mesa, exornada con botellas de escelentes vinos y licores, y brindamos por la felicidad del viaje; por nuestras afecciones mas queridas; por mil y mil pensamientos que en vaiven constante se agrupaban á nuestro espíritu.

—¿Qué te parece? pregunté á Salvador luego que terminamos la visita del yack.

—Que mi sorpresa no tiene límites; respondió. Nada falta; todo está calculado; la comodidad y las exigencias de una larga navegacion.

—Señores, habló Serafin; permitidme que dedique una ligera memoria al *mar*; no al Mediterráneo, sino á la estension líquida en conjunto. Vamos á emprender un viaje sobre las olas; saludemos antes, esa gloria de la creacion.

¡El mar! ¡Qué de cantos ha inspirado! ¡Qué de poemas bellísimos!

Y con justicia, porque él es el primero y mas elocuente poema de la creacion.

El espíritu de la divinidad lo anima. Sus movimientos, su vida, revelan á Dios, encienden la fé y el amor, porque la síntesis del mar no es otra cosa que el amor en su mas sublime símbolo, en la maternidad.

¿Quién lo ignora? La maternidad es su esencia. ¡Cuántos mundos se desarrollan en su seno! ¡Cuántas generaciones brotan entre las florestas submarinas!

Pero ¿á qué seguir? Vosotros conocéis el elemento que nos acaricia sobre su espalda. Vosotros lo conoceréis en breve, más todavía.

¡Hurra! amigos míos, ¡hurra por el mar!

—Compañeros, dijo Salvador; nuestro capitan ha dedicado elocuentes frases al mar; yo tributaré una memoria á la *nave*. El mar y la nave son el templo y el altar; unidos se completan y forman un todo admirable y grandioso.

¡Un barco! El pensamiento adivina un alma en ese conjunto de madera, de hierro, de lona, de cordaje.

Allí existe una inteligencia; hay un sér que siente; hay algo misterioso que impresiona, que seduce, que inspira simpatía, ternura, afecto.

El barco es la historia de la civilizacion.

¡Bendito sea! ¡Bendito el mar que lo sostiene!

—¡Bebamos! dije yo.

—¡Sí! repitieron mis camaradas.

—Confieso, querido, que nunca habia levantado mi copa con tanta alegría; repuso Salvador.

—Señores, interrumpió Serafin; brindo por la felicidad de nuestro viaje á través del Mediterráneo.

Brindo porque de nuestros paseos, nacidos del amor

á la naturaleza, brote un pensamiento útil para la humanidad.

—¡Bravo!

—¡Magnífico!

—Acepto las palabras del capitán, dijo Salvador.

—Por mi parte, insistí, las acepto y os aseguro, amigos míos, que desde este momento nuestro viaje afectará una idea más precisa. En buen hora entrañe una distracción, un goce del alma, pero es preferible que no nos limitemos á nuestra personalidad: gocemos en beneficio común.

Y para daros el ejemplo voy á proponer al Gobierno de España la formación de un Congreso ó asociación titulado *Liga internacional de viajes y descubrimientos científicos*, cuyo objeto, bajo las bases previamente estipuladas en un reglamento, será emprender expediciones científicas á los países desconocidos ó no explorados en totalidad; facilitando así el cambio recíproco de ideas; las transacciones comerciales; fomentando los grandes principios de la paz; favoreciendo los estudios histórico-geográficos; fundando colonias en bien del pauperismo y abriendo anchas sendas á la actividad y la inteligencia.

—¡Soberbio!

—Dejadme continuar.

—No, no; concreta tu pensamiento.

—Esperad un poco y lo escribiré.

Algunos minutos más tarde leí las siguientes líneas que desde Argelia envié á uno de mis amigos de Madrid para que este las presentase al Gobierno.

«La *Liga* no es solamente una asociación destinada á descubrimientos; abarca mayor amplitud; propone y realiza los proyectos que puedan servir de beneficio universal, y para conseguir este objeto se transforma en *empresa*, pero empresa de poderosos recursos; toda vez que la iniciativa particular no siempre alcanza el éxito apetecido, en atención á luchar con grandes inconvenientes, tales como la reunión del *capital* y otras dificultades propias de las asociaciones particulares.

Estas eventualidades serían desconocidas para la *Liga*,

tes y las industrias, proporcione al trabajo terrenos que cultivar y promueva los inventos y los adelantos.

La Lira publica constantemente sus revistas literarias y científicas en los distintos idiomas respectivos á las naciones americanas, y cuyo carácter no es preciso detallar y por último, los objetos adquiridos en los viajes y descubrimientos serian recolectados en un Museo Internacional establecido en la capital donde radicase el comité central ó sea en la del Estado que hubiera admitido el pensamiento de la Lira.

Tal es, en resumen, nuestro proyecto. Terminada la lectura una salva de aplausos estallo en la cámara.

Señal se levanto de su asiento.

—El deber me llama á otro sitio, exclamó.

Salvador y yo nos levantamos tambien.

Señal subió al puente.

El cabrestante giraba con rapidez produciendo un sonido monótono.

Las paletas de la hélice comenzaban á rodar sobre las aguas oscuras del Estrecho.

Los primeros balancés anunciaron que abandonábamos la bahía.

—¡Iba el hotel! dijo Salvador.

—Sumamos el Medusaréal con este.

el África del Norte, que en el siglo XIII, por los Almorávides, fueron despojados de su imperio por los Almohades; que la desmembración del vasto imperio tuvo lugar en el siglo XIII; que los Xerifes de Marruecos despus de su conquista, poseyéndolo hoy todavía...

Otro que estas estadísticas de mi erudición: nada más...

—¿A dónde nos dirigimos? insistió mi amigo.

—A la Argelia; respondí. Esta parte de Marruecos carece de grande interés. Mañana, con la luz del sol, veremos la costa.

—Me place; pero entretanto, advierto que faltas al programa de la expedición.

—En cuanto á eso, dijo el capitán acercándose á nosotros, procuraré remediar la omisión que V. critica. Algo conozco de Marruecos y en media docena de palabras haré su descripción.

—Ya escuchamos.

—Marruecos es un considerable Estado de Africa; el Atlántico lo limita al O.; el Estrecho de Gibraltar y el Mediterráneo al N.; la Argelia al N. E. y el Sahara al S.

Cuenta entre sus montañas el Atlas que se dice alcanza alturas de 4000 metros: tiene rios como el Maluya, el Lucos, el Tensift, el Ghir, el Ziz, el Filelí y otros varios: ofrece un magnífico y productivo suelo allí donde abunda el riego; su población se calcula en seis ó quince millones de habitantes; la división topográfica lo considera separado en dos principales fragmentos que son el reino de Fez y el de Marruecos; y acerca de su historia....

—Capitán, interrumpió riendo Salvador; no perdono la ofensa que trata V. de inferir á mis conocimientos.

—Ten entendido, dije á Serafín, que nuestro compañero ama la historia como su estudio favorito.

—Y en prueba de esta verdad, repuso Salvador, consignaré que el imperio de Marruecos fué fundado á la mitad del siglo XI por Abdalah-ben-Yasym, jefe de la dinastía de los Almorávides; que su segundo sucesor Jusuf-ben-Tasfin

edificó la ciudad de Marruecos, estendiendo su dominacion en España; que los Almoravides fueron despojados de su imperio por los Almohades; que la desmembracion del susodicho imperio tuvo lugar en el siglo XIII; que los Zenetes se hicieron despues dueños del país; y por último, que los cherifes de Tafieta lo conquistaron, poseyéndolo hoy todavía sus descendientes.

Creo que estareis satisfechos de mi erudicion: nada falta por conocer históricamente, de la tierra africana que costeamos.

—En cambio, replicó Serafin, ha olvidado V., al menos así parece, preguntarse ¿qué es el *Mediterráneo*?

—Capitan, objetó el aludido; es esacta la observacion, y me avergüenza.

—Encuentro disculpable ese olvido geográfico, en quien tiene por ídolo la historia.

—Gracias por la lisonja; pero hay en el juicio de V. algun error. La historia y la geografia son hermanas y respecto al caso presente, espero una esplicacion precisa acerca del *Mediterráneo*.

—Esplicacion que nada nuevo añadirá á lo que V. conozca.

—De cualquier modo, dije entónces, tus noticias nos servirán por varios conceptos.

—El *Mediterráneo*, habló Serafin, es el *Mare Internum*, ó mar interior de los antiguos, y *mar grande* de los hebreos. Como podeis ver en el mapa, lo rodea al N. Europa, al E. Asia y al S. Africa. Bajo la denominacion de *Mediterráneo* se comprende el mar Tirreno, el Jónico, el Adriático y el Archipiélago. Son tambien considerados como mares, aunque distintos del *Mediterráneo*, el de Mármara, el Negro y el de Azof con los que aquel se comunica por el canal de los Dardanelos al N. E. del Archipiélago. Todo el mundo sabe que el *Mediterráneo* se une al Atlántico por el Estrecho de Gibraltar y al mar Rojo por el canal de Suez y tampoco es una novedad decir que baña en Europa la España, Francia, Italia, Austria, Turquía y Grecia. En Asia, la Turquía asiática, y en Africa el Egipto y Berberia.

—Has indicado, interrumpí, que el Mediterráneo tomaba diferentes nombres parciales.

—En efecto: el llamado mar Tirreno es el comprendido entre Italia, Córcega, Cerdeña y Sicilia. El Adriático se estiende por Italia, Austria y la Turquía de Europa. El Jónico entre la Turquía de Europa, Grecia, Sicilia y el S. E. de Italia, y en fin, el Archipiélago corresponde á Grecia, la Turquía de Europa y la de Asia.

La isla de Sicilia que se halla situada entre el extremo meridional de Italia y la punta setentrional de Africa, divide al Mediterráneo en dos partes: una occidental y otra meridional que se comunican por un canal ancho de 14 miriámetros, que corre desde Sicilia al Cabo Bon.

En la parte occidental se encuentra el Golfo de Valencia en España; el de Lion en Francia; el de Génova en Italia; el de Tunez en Africa y otros muchos en el litoral de Berbería, advirtiéndome que las principales islas de este lado son las Baleares, Cerdeña y Córcega.

La parte oriental presenta el Golfo de Tarento en Italia; el de Lepanto en Grecia; los de Satalia y Alejandreta en Asia y los de la Sirte y Cabís en Berberia. Mencionaré entre las islas de esta parte Malta, Chípre y Candía y omito ahora otros varios golfos, porque en el transcurso de nuestro viaje irémos estudiando muchos detalles que, consignados en una esplicacion, serian harto monótonos.

—Sigue, adelante.

—El Mediterráneo, lo mismo que todos los mares, recibe como afluentes diversos rios, y por cierto que este los posee hermosos; respondan sinó, en Europa el Ebro, el Arno y el Tiber y en Africa el Nilo.

—Capitan, dijo Salvador. El mar Negro, el de Mármara y el de Azof solo han merecido en ese discurso cuatro palabras por única memoria de cariño.

—Amigo Salvador, representan una fruta vedada.

—No lo comprendo.

—Quiero significar que segun mis noticias no hemos de visitarlos en nuestra expedicion.

—En tal caso, guardo silencio.

- Las indicadas, interinquiri, que el Medicamento tomase diferentes nombres parciales.
- En efecto: el llamado mar Tirreno es el comprendido entre Italia, Cerdeña y Sicilia. El Adriático se extiende por Italia, Austria y la Turquía de Europa. El Jónico entre la Turquía de Europa, Grecia, Sicilia y el S. M. de Italia, y en fin el Archipiélago corresponde a Grecia; la Turquía de Europa y la de Asia.
- La isla de Sicilia que se halla situada entre el extremo meridional de Italia y la parte setentrional de África, divide al Mediterráneo en dos partes: una occidental y otra meridional que se comunican por un canal ancho de 44 millas marinas, que corre desde Sicilia al Cabo Bon.
- En la parte occidental se encuentran el Golfo de Venecia en España; el de Lion en Francia; el de Génova en Italia; el de Túnez en África y otros muchos en el lateral de Libia, advirtiéndose que las principales islas de este lado son las Baleares, Cerdeña y Chipre.
- La parte oriental presenta el Golfo de Tranto en Italia; el de Lepanto en Grecia; los de Satalia y Alejandria en Asia; y los de la Seta y Galis en Berberia. Mencionaré en tres las islas de esta parte Malta, Chipre y Gualia y omito ahora otras varias, colijas porque en el transcurso de muchos siglos indios estabando muchos barcos que, con algunas de las más estables, serian hasta monstrosos.
- Sí, señor, adelante.
- El Mediterráneo, lo mismo que todos los mares, recibe como afluentes diversos rios, y por cierto que estos poseen caracteres correspondientes en forma al tipo del Arno, el Tiber y en Africa el Nilo.
- Capitan, hijo Salvador. El mar Negro, el de Marmará y el de Axof solo han merecido en ese discurso cuatro palabras por única memoria de serios.
- Amigo Salvador, representará una fruta vedada.
- No lo comprendo.
- Quiero significar que según mis noticias no he conocido en nuestra expedición.
- En tal caso, guardo silencio.

VI.

La noche era magnífica.

El mar estaba tranquilo y el *Neptuno* se deslizaba magistoso, dejando una profunda estela fosforescente.

Las costas dibujaban sus perfiles oscuros en un horizonte no lejano. Las aguas repetían su modulación eterna al chocar contra las bandas del buque. El humo de la chimenea trazaba en el espacio una espiral fugitiva y cerca de nosotros pasaban diferentes embarcaciones con rumbo al Estrecho.

El espectáculo era hermoso: tenía cierta grandeza que se infiltraba en el alma y que inspiraba no sé qué pensamientos.

El vaiven y el ritmo de las olas, revelan en su vaguedad un mundo de maravillas.

—¿Qué te hablan esas olas, querido amigo? me preguntó Salvador.

—No podría decirlo, respondí.

—Y sin embargo, apuesto que una misma idea nos identifica.

—Quizás tienes razón.

—El lenguaje de la naturaleza en sus distintas manifestaciones, repuso el capitán, habla de un modo elocuente para todos los hombres.

—Pero confieso, añadí, que el mar habla más alto que ninguna de esas manifestaciones.

—Es verdad; y motivos sobran para reconocerle semejante supremacía, aun científicamente, repuso el capitán.

El mar se nos presenta como el gigante de la creación:

ocupa las tres cuartas partes de la superficie terrestre, y en siglos remotos cubria casi todo nuestro planeta.

—De modo que siguiendo en la misma proporción ese movimiento de retirada, habrá probabilidades de que nos quedemos en seco, repliqué.

—Tranquilízate. Si el mar se aleja de un sitio es para cubrir otro. La cantidad de agua varía poco en la superficie de la tierra, al paso que el fondo del lecho que la contiene se modifica de continuo. Los movimientos de la corteza terrestre tienen por compensación casi constante otros que se verifican en diferente sentido. El enfriamiento gradual del globo produce plegamientos en la corteza ya formada. El mar ocupa todas las cavidades y solo deja visibles las prominencias.

—En tal caso, aparecen justificados los temores de que hablaba nuestro amigo, dijo Salvador.

—Usted se fija en que el agua tiende á combinarse con las rocas.

—Ciertamente y más todavía, en que el enfriamiento progresivo de la tierra impedirá algún día que el agua subsista en estado líquido.

—Es exacta la observación, como también lo es que la cantidad de agua que baña nuestro planeta disminuye; pero su disminución apenas se percibe, ni sería fácil apreciarla en muchos millares de años.

—Entonces, puede realizarse el fenómeno á su sabor: eso de pensar ahora en lo que se halla tan lejos es una bobada.

—No lo es menos con permiso de la ciencia, añadió, olvidar la cama.

—Chico, añadió Salvador: eres un hombre utilitario.

—Aceptó el calificativo, que en último extremo viene á justificar la exactitud del proverbio que dice *de todo un poco*.

Y dando término á la velada nos despedimos de Serafín.

VII.

Día 13 de Mayo.

Por la mañana, creyendo madrugar, abandoné la litera á las ocho. La luz del sol penetraba en irradiaciones bellísimas á través del cristal de mi camarote.

Subí al puente y encontré reunidos á mis compañeros. Salvador hacia apuntaciones en su cartera y Serafin le dictaba.

Al verme sonrieron y me increparon con las siguientes frases.

—¡Vaya un viajero! ¡Qué hora de levantarse!

—Y eso que admira y ama la naturaleza.

—¡Ah! pues si no fuera así, aun estaría soñando con los bienaventurados.

—Señores, repliqué; me avergonzais, y para en adelante pondré un límite á mi pereza.

—Aprende de nosotros, lobezno de mar.

—De aprender trato, y para dar principio á la obra os ruego que siga la lección.

—Continuemos, añadió Serafin, y volvió á dictar en estas ó parecidas palabras:

El Estrecho de Gibraltar es una conquista del Oceano. Antiguamente su latitud era mas reducida que hoy, pero despues ha ido aumentando poco á poco. Avienus cita dos medidas; en la primera que es de Dæmon de Amphípolis, aparece una anchura de 4333 metros, (contando por nuestro sistema) mientras la segunda, que es del ateniense Euctemon, presenta 5494.

Scymmus de Chio que vivía en el año 610 de Roma, halla 22,063 metros hácia el lado del Atlántico, al paso que la distancia actual en el mismo paraje es de 44,502 entre Espartel y Trafalgar. Turanius Gracilis dá (100 años antes de Cristo) 7,223 metros de Mellaria (España) al Cabo Blanco (Africa). Estrabon calcula la anchura mínima en 10,992 metros. Plinio en 10,834. Victor Vitence, (500 años antes de J. C.) en 17,336 y las medidas de hoy en 20,226 metros como anchura máxima.

—Escelente leccion, dije apenas terminada la esplicacion del capitan.

—Es una gran cosa; repuso Salvador.

Al mismo tiempo resonó un tiro y vimos á Jacob, que armado de su carabina subia apresuradamente al alcázar.

—Señor, me dijo en tono suplicante, al par que satisfecho. Si V. quisiera permitir....

—Habla; ¿qué es ello?

—Casi nada: he matado una gaviota que volaba á diez ó doce brazas del buque: ha caído al mar y....

—No sigas. Serafin, que bajen un bote al agua.

A los pocos minutos, nos presentaba Jacob, con aire de triunfo, el ave ensangrentada.

—¡Pobre animal! dijo Serafin. Hé aquí una muerte estéril.

—¿Por qué? preguntamos.

—Estos pájaros prestan grande utilidad.

—Sin embargo, viven en guerra con los hijos de los mares.

—Todo tiene compensacion; y en el caso presente mayores son los beneficios que las desventajas. Las gaviotas llevan consigo la salud y la limpieza al litoral, puesto que comen los despojos de los animales putrefactos que vagan sobre las aguas ó cubren la costa.

En cuanto á esta es un precioso modelo: pertenece á las gaviotas blancas, ó *larus eburneus*, como indica su plumaje blanco y su pico y piés grises.

—Segun adivino, hay otras variantes.

—Ciertamente: la gaviota burlona, (*larus ridibundus*) que

grita con una entonación particular, á manera de mofa, y tiene las dimensiones del pato y muestra encima de su blanco plumaje una especie de capa cenicienta y sobre su cabeza algo parecido á un gorro oscuro, mientras que los piés y el pico son rojos; y la pequeña gaviota (*larus minutus*) menos corpulenta que las anteriores, que se distingue además por el tinte coralino de sus piés.

Estas aves anidan en las yerbas cercanas á la embocadura de los rios y á veces en los agujeros que ofrecen los peñascos de la costa. Casi siempre caminan en bandadas: su vuelo es vigoroso y rápido: suelen remontar los rios largo trecho y es comun verlas acompañar las embarcaciones, pero sin abandonar la vecindad de la tierra.

—Resulta, pues, dijo Salvador al africano, que has hecho mal en romper el hilo de la vida á ese infeliz pájaro.

—¡Dios es grande! replicó riendo Jacob, y sin cuidarse del discurso zoológico del capitán, dirigióse con su presa en busca del cocinero, porque sus instintos carnívoros hablaban mas alto que los escrúpulos acerca del alimento un tanto dudoso de las gaviotas.

Después de almorzar volvimos al puente.

Caminábamos á pocas brazas de la tierra, frente á la provincia del Riff.

Esta parte del continente africano es muy pintoresca. La costa ondula en una línea quebrada que forma frecuentes calas, algunas de peligroso acceso. Sobre las cumbres de las montañas se dibujan á veces unas construcciones blancas y redondas que son *morabitos* ó sepulcros.

El humo de los adueros sube en columnas cenicientas por el espacio, sin que sea posible descubrir el hogar que lo produce.

El paisaje tiene un sello notable de misterio y de soledad.

Tan pronto vemos playas de finísima arena color de oro, como elevadas cortaduras y masas de rocas en cuya base las aguas del mar se rompen, levantando mil pabellones de espuma.

—He aquí, nos decía el capitán señalando á las piedras,

uno de los trabajos mas curiosos de la naturaleza: la obra universal de la sedimentacion. Las rocas de las costas contribuyen á la construccion del suelo submarino, y sus despojos van rellenando los grandes abismos, cuya elevacion lenta pero continúa, acaba por modificar el aspecto de nuestro globo. Combatidas las rocas sin cesar por las olas, ceden poco á poco á sus ataques, si bien la accion de las aguas es diferente, segun la índole y segun la estructura de las costas: de todos modos la pesadéz empuja los fragmentos de las piedras hácia los sitios mas profundos del mar y las corrientes se encargan de favorecer esa tendencia.

—Observo, interrumpió Salvador, que el movimiento de las aguas marinas simboliza todo un poema de destruccion y renovacion.

—Esactamente: pero limitándome á la obra de sedimentacion, añadiré algunas palabras.

Cuando se trata de una costa escarpada, la accion roedora de las olas es mas considerable: batidas las piedras con poderoso ímpetu, su extremo inferior se corroe con tanta mayor ligereza cuanto mas propensa es á desgregarse la materia de que se compone, resultando por consiguiente que las partes superiores caen entónces.

Las riberas y las zonas poco profundas están generalmente ocupadas por guijarros y cuerpos demasiado voluminosos para ser arrastrados por las corrientes hácia la alta mar. Las materias que constituyen esos depósitos del litoral sufren la influencia del movimiento constante de las olas: pierden sus ángulos, afectan la figura ovoide: se reducen al cabo de cierto tiempo á pequeñas dimensiones, y empujadas ya mas léjos de las riberas, dejan el puesto á otras nuevas materias que sufren á su vez igual suerte.

Mientras Serafin hablaba, Salvador escribia rápidamente en su album de viajero, demostrando que se hallaba decidido á conservar crecida suma de datos.

El resto del dia transcurrió sin novedad alguna y á la noche siguiente fondeamos en Argel.

VIII.

La hora de llegada nos impedía saltar á tierra hasta el nuevo día; pero como era temprano, decidimos consagrar algun tiempo á conocer teóricamente el país que en breve debíamos conocer por la práctica.

La antigüedad de Argelia es considerable. La Mitología hace mención del monte Atlas y de las Hespérides.

Hércules líbico, fué abandonado en esta costa durante una de sus expediciones, por veinte de sus compañeros de viaje, quienes fundaron una ciudad con el nombre de *Icosion*, que significa *veinte*, ciudad que transcurridos treinta ó cuarenta siglos se llamó *Argel*.

Argelia, ó sea el Africa septentrional, fué ocupada antiguamente por los *Numidas* ó *Libicos*, á los que se unieron despues los *Moros* y los *Gétulos* divididos en multitud de tribus.

La ciencia dice que todos aquellos pueblos pertenecian á la raza *bereber*, descendiente de *Sem* segun la opinion mas admitida, ó de *Canaan*, hijo de Cam, conforme al historiadador árabe Ibn-Khal-Doun.

Los fenicios, fundadores de Cartago, se establecieron en el litoral de Argelia.

Terminadas las guerras entre Roma y Cartago, aquella capital quiso proteger á los pueblos vecinos de esta y dando principio á su obra inauguró alianzas, que terminaron por el yugo de esta parte de Africa.

Roma ensancha aquí sus primeros dominios y aun subsisten huellas de la supremacia que impuso durante 400 años.

En el de 429 de J. C. 80,000 vándalos mandados por Genserico toman posesion de las tres Mauritánias; la tingitana, la cesariense y la sitifiana, estendiéndose hasta Hipona y Constantina y logrando luego reemplazar totalmente á los romanos.

Su gloria dura 100 años. El emperador Justiniano envia al Africa su general Belisario y los vándalos son vencidos.

Grecia los sustituye.

A Belisario sigue el general Salomon, quien permite venir al pais conquistado numerosas colonias de Italia y Sicilia.

En el siglo VII de la era cristiana, los árabes sucesores de Mahoma que habian emprendido la conquista de Oriente, llegan á Egipto y al resto de Africa, hasta el Oceano Atlántico, habiendo necesitado para conseguir su total victoria enviar cinco distintas expediciones, la cuarta y la quinta de las cuales dirigidas por Okba aseguraron á los invasores la posesion de Argelia.

La conquista empezó el año 642, terminando en el 680.

Despues de la espulsion de los moros de España, los hermanos turcos Haroudj y Khair-ed-Dín, conocido por *Barbarroja*, se apoderan de Argel y mas tarde el Sultán de Constantinopla, cediendo á las instancias de Khair-ed-Dín, único hermano que vivia, admite bajo su proteccion este pais, constituyendo con el título de *Regencia de Argel*, un Estado que subsiste por espacio de tres siglos.

Europa manda por último varias expediciones infructuosas contra Argelia, hasta que en 1830 Francia, tomando pretesto de la ofensa inferida á su cónsul Mr. Déval por el Dey Hussein, la conquista completamente.

Salvador, á quien con justicia correspondia el título de historiador, habia aprovechado los anteriores datos para pronunciar un discurso que tanto Serafin como yo, escuchamos con sumo placer.

Terminada la peroracion que en compendio he transcrito, surgieron distintas observaciones acerca de la colonia donde nos hallábamos.

—Me parece, hablé á Serafin, que no es muy considerable el movimiento de esta plaza; al menos, y con permiso de la oscuridad, creo distinguir pocos buques fondeados.

—Es esacto, contestó el capitan; pero aun así, Argel como los restantes puertos del Mediterráneo, presta su contingente al movimiento mercantil del mundo.

—Sin embargo, dijo Salvador, no considero que este mar representa un papel demasiado importante en aquel tráfico.

—Injusta apreciacion, repuso Serafin; y para demostrar á V. lo contrario, indicaré que en mayor ó menor escala son transportados por este poderoso vehículo de la civilizacion, del comercio y la industria los siguientes objetos:

Vinos, cognac, aceite, frutas, azogue, sal, corcho, azafran, anchoas, sedas, paños, lanas, muebles, joyería, relojes, papel, perfumería, efectos de baratillo, géneros de lujo, maiz, hilazas, esencias, tinturas, drogas, mármoles, jabon, pintura, grabados, mosaicos, zinc, hierro, cobre, añil, cera, instrumentos músicos, tabaco, porcelana, zarzaparrilla, trapos, maderas, plomo, sebo, ganado, vidrios, alquitran, agalla de monte, miel, instrumentos de matemáticas, terciopelo, estaño, efectos de barro, cuchillería, carbon, harina, linaza, manteca, cuero, potaza, pieles, cordaje, cerdas, vainilla, té, ruibarbo, almizcle, gengibre, borraja, casia, obras de filigrana y de marfil, porcelana, café, opio, gomas, alfombras, chales, pelo ó lana de camello, camelote, marroquí, oro, plata, cochinilla, jálapa, palo de Campeche, fustete, pimienta, cáñamo, azúcar, arroz, carne seca, diamantes y otras piedras preciosas, goma elástica, aguardiente, queso, encajes, pólvora, nuez moscada, corteza, alcanfor, benjuí, azufre, sándalo, mimbres, nueces, clavos de comer, productos de agricultura, algodón, trementina y vestidos.

—Prodigiosa memoria, dijo Salvador.

—La práctica de mis viajes, añadió Serafin, me permite conservar algunos datos.

—¡Demonio! repetia aquel paseando por el puente.

—¿Qué te pasa, feliz historiador? le pregunté.

—¡Oh! el capitán es un asombro.

—¿Eso te afige?

—¡Calla! Le tengo envidia.

—Envidia injustificada, porque cada uno de vosotros es una especialidad.

—No lo creo; Serafin conoce todos los secretos, todas las curiosidades de la naturaleza.

—Algo menos; interrumpió el capitán; pero en fin, es preciso que cese el mal humor de nuestro amigo.

—En buen hora, dijo Salvador.

—Entonces los abandono, porque necesito hacer algunas observaciones en la carta de Argelia.

—Si no es molesta nuestra compañía te seguiremos, repliqué.

—Me place; y confío que tanto á Salvador como á tí puede seros útil lo que vais á ver.

Bajamos á la cámara: Serafin sacó de su camarote un rollo de papeles, y estendidos sobre la mesa contemplamos á nuestro sabor la costa vecina.

Serafin trataba de rectificar varios errores relativos á las profundidades inmediatas á la Argelia y Tunez y una vez concluida su tarea, Salvador, enristrando el lápiz, reclamó para su album algunas noticias acerca de los fondos submarinos.

—El Mediterráneo, dijo el capitán, es poco profundo.

—Dispensa, objeté. Hasta ahora no has dicho cuál suele ser la profundidad de los mares.

—El máximun 9 kilómetros. El Mediterráneo no suele exceder de 3600 metros, pero generalmente han dado 1800 las sondas.

Sin duda sabéis que el suelo submarino es la continuación del de los continentes.

—Sí.

—Entonces, adivinareis en los abismos que hay bajo las aguas, iguales accidentes, iguales montañas, simas, barrancos, desiertos, fuentes y volcanes.

—Que en una época lejana, dije, descubrirían sus for-

mas, cuando el agua del mar ocupaba la atmósfera en estado de vapor.

—Ciertamente; mas el vapor fuese condensando en una onda pura que la tierra, con quien se hallaba en contacto y que posee materias solubles, impurificó tan luego como el agua disolvía aquellas sustancias.

Después de semejante transformación, un fenómeno perpetuo se observa en nuestro planeta. El vapor arrebatado al mar por las corrientes atmosféricas sale completamente puro de su lecho líquido, y convertido en lluvia ó nieve cae sobre el suelo desde donde se desliza lentamente hacia su punto de partida, recibiendo varias sales que deposita en el mar.

Las emigraciones del agua á la superficie del globo producen el aumento incesante de aquellas sales en el mar, de manera que si un movimiento regulador no viniere á contrarrestar su efecto, estarían los mares saturados; pero los animales se encargan de mantener una armonía perfecta, estrayendo de las conchas que viven en sus aguas parte de las materias calizas.

—Advierto, dijo Salvador, que Serafin olvida el asunto primordial de sus palabras.

—Vuelvo, pues, al tema comenzado; repuso el capitán y continuó así:

Entrando por el Estrecho de Gibraltar al Mediterráneo, el suelo submarino se eleva hacia las costas de España y Marruecos, con una profundidad de 300 á 400 metros.

Si avanzamos al E. observaremos un descenso considerable en el primitivo fondo, hasta el punto de alcanzar al S. E. de Málaga 3600 metros.

Vuelve á elevarse y al N. de Melilla da 360 metros, formando una cadena submarina limitada al E. por un pequeño valle estendido entre Sierra-Nevada y los montes marroquíes próximos al Estrecho.

Más al E. hay otro valle análogo al anterior y que se comunica con la gran depresión submarina por un cuello de la cadena de montañas que va desde el cabo de Gata á Oran.

Continuando al *E.* se presenta otra considerable depresion estrecha primero, que despues ensancha hasta convertirse en una amplia llanura que termina en las Baleares, Cerdeña y las costas de Argelia.

La pendiente que es preciso subir (siempre bajo el agua) para traspasar este valle, cerrado por todas partes, es rápida en la vertiente *N. O.* por donde se llega á una larga meseta coronada de algunos picos, de los que las Baleares son los principales.

La meseta apenas ofrece interrupción á contar desde Cartagena, hasta Valencia, Baleares y Córcega.

Se estrecha entre aquellas islas y aparece al *N.* otra cavidad que ocupa el espacio comprendido entre Mallorca, las costas de España y los golfos de Lion y de Génova, que dan una profundidad de 1800 metros.

Saliendo de la depresion argelina por su vertiente oriental, nótanse varios escarpes cerca de Cerdeña.

Al rededor de esta isla y la de Córcega el fondo es escaso.

El mar Tirreno tiene dos pequeños valles; uno del *O.* al *E.*, que contornea las islas Lipari, y otro del *N. O.* al *S. E.* paralelo á las costas napolitanas.

El banco *Aventura* y las rocas de Skerki forman cerca de la regencia de Tunez y de Sicilia una meseta ondulada por la que llegamos al valle mediterráneo Oriental.

Una bajada áspera conduce á Malta, uno de los puntos culminantes de la meseta, en el fondo de la depresion limitada por Italia, Grecia, Turquía de Asia y el Africa. La mayor profundidad está cerca de Malta y es de 4,500 metros.

Las montañas de Grecia y Candía se prolongan bajo las aguas dividiendo en dos partes casi iguales la cavidad que estudiamos.

La porcion occidental ofrece algunas pendientes rápidas, pero en general se eleva el terreno poco á poco hasta las hondonadas que bordan el Africa y el mar Adriático donde solo existe un pequeño valle de 1200 metros de profundidad mientras que en el resto de este último mar el fondo es de 200 metros.

La porcion oriental ó valle greco-egipcio se dilata en la region meridional del Archipiélago hasta las costas de Grecia. Las islas de Candía, Kaso, Kárpato, Rodas y Chípre están implantadas en las orillas y se observa que los aluviones del Nilo tienden á colmar la porcion oriental hácia el S.

Caminando al N. se llega despues de bajar una suave pendiente á un declive y mas lejos á una profundidad de 3,000 metros.

Las corrientes marinas marchan, cerca de las bocas del Nilo, del O. al E. y arrastran los aluviones consigo.

Subiendo hácia el N. O. se entra en unas gargantas sinuosas dominadas por Candía y el Kárpato, que conducen á una meseta irregular y foco de actividad volcánica, y cuyos principales picos constituyen el Archipiélago griego.

El desfiladero de los Dardanelos, el valle de Mármara, y el estrecho barranco sobre que se elevan Constantinopla y Scutari, abren la llanura inundada por caudalosos rios de Europa. Esta llanura es poco profunda y está rodeada en la parte meridional por las altas cimas del Cáucaso, las montañas armenias y los Balkanes, mientras al N. las estepas rusas se prolongan bajo el mar.

—Gracias, dijo Salvador, cuando Serafin hubo cesado de hablar; y pocos minutos despues soñábamos en nuestros camarotes ó al menos yo soñaba, con los tipos africanos, con las mujeres de ojos de fuego, con los negros de color de azabache y las judias de delicadas facciones; y veia en lontananza el sicomoro de oscuros y flotantes brazos y la palmera de sabroso fruto, y los grandes horizontes y los desiertos, los leones y las panteras y toda la admirable fantasía del mundo oriental.

La porción oriental o valle griego-egipcio se dilata en la región meridional del Archipiélago hasta las costas de Grecia. Las islas de Creta, Rodas, Karpatos, Rodas y Chipre están implantadas en las orillas y se observan que los ríos del Nilo tienden a colarse en la porción oriental hacia el S. Caminando al N. se llega después de bajar una suave pendiente a un declive y más lejos a una profundidad de 3,000 metros.

Las corrientes marinas marchan, cerca de las bocas del Nilo, del W al E. Y arrastran las aluviones consigo.

Subiendo hacia el N. O. se entra en unas gargantas en unas montañas dominadas por Creta y el Karpatos que conducen a unas mesetas irregulares y poco de actividad volcánica y cuyos principales picos consisten en el Archipiélago griego.

El desierto de los Barbanos, el valle de Mármara y el estrecho báltico sobre que se elevan Constantinopla y Samsat, abren la llanura inundada por caudalosos ríos de Europa. Esta llanura es poco profunda y está rodeada en la parte meridional por las altas cimas del Cáucaso, las montañas arménias y los Balcanes, mientras al N. las estepas rusas se prolongan bajo el mar.

—(Tras el río Salsador, cuando Sertán hubo cesado de hablar; y pocos minutos después se habían en nuestros campamentos y al menos yo soñaba, con los tipos africanos, con las mujeres de ojos de fuego, con los negros de color de sarsaparilla y las niñas de bellas facciones; y veía en forma de sicomoro de oro y listados bronce y los de mar de sarsaparilla y los grandes horizontes y los de los toros, los leones y las gacelas y toda la admirable fauna del mundo oriental.

Otras plazas comparten con la del Gobierno el movimiento y la animación como sucede con la de Chartres, la de Brzesz, la de la Halle, que es el mercado de granos y la de Nuestra Señora que es de los animales.

La catedral de San Felipe es un buen edificio; la iglesia católica merece una mención y en cuanto a las mezquitas árabes hay algunas que son lindos modelos de arquitectura.

La dominación árabe se dejó sentir en Argel y hacen lo dicen sus instituciones que revelan el influjo de Europa. Conocemos, sin embargo, que para los africanos la

Nuestra estancia en Argelia ha durado quince días y en ese tiempo unas impresiones se han sucedido á otras con movilidad constante.

La curiosidad de Salvador y la mía tuvo por primer objetivo Argel, que se presenta á la aurora como una mancha blanca y cónica, y luego cuando la luz permite apreciar el paisaje, se transforma en la *Casbah* (el castillo) ó ciudad árabe.

La *Casbah* de Argel en nada se diferencia de las restantes poblaciones africanas. Construida sobre un suelo desigual que se eleva hasta la cumbre de un monte, consta de calles súcias, estrechas, sombrías, formadas por casas de sencillo aspecto, que terminan en terrados y cuyo interior, dando un solemne mentís á lo que ofrece la apariencia, suele ser una especie de paraíso con patios hermosos, alegres, llenos de flores y defendidos del sol por amplios toldos.

Al pié de la *Casbah* está la ciudad francesa.

Al desembarcar y pasado el boulevard de la Emperatriz, se encuentra la *Plaza del Gobierno*, magnífica plataforma con un balcon sobre el mar, y embellecida con arrogantes plátanos, iluminada de gas y adornada con lujosas tiendas.

Tiene en el centro una estatua ecuestre del duque de Orleans y es punto de reunion de los habitantes.

De uno de los frentes de la plaza parte la doble calle de *Bab-el-Oued* y *Bab-Azoun*, cuyas grandes arcadas sirven de paseo.

Otras plazas comparten con la del Gobierno el movimiento y la animación como sucede con la de *Chartres*, la de *Bresson*, la de la *Halle*, que es el mercado de granos y la de *Mustafá Pachá* que lo es de los animales.

La catedral de San Felipe es un buen edificio: la iglesia católica merece una mención y en cuanto á las mezquitas árabes hay algunas que son lindos modelos de arquitectura.

La dominación francesa se deja sentir en Argel y bien lo dicen sus instituciones que revelan el influjo de Europa.

Confesemos, sin embargo, que para los africanos la civilización de Europa tiene algún misterio inexplicable. Se civilizan y se refugian en sus tradicionales costumbres; admiten nuestros usos y los rechazan á un tiempo; admiran nuestro modo de ser y proclaman á la par la vida del desierto. Hé aquí el gran fenómeno que se verifica en este país: fenómeno constante que sirve de arma á los pesimistas para negar una evolución completa en esta colonia.

Salvador había abandonado nuestra compañía á las 24 horas de desembarcar.

Afectando un sigilo que yo no podía definir, tomó sus armas, y en unión de mi camarero partió á caballo, prometiendo volver á los doce días.

Cumplió su palabra.

Vestido de árabe, con la barba empolvada y el rostro tostado por el sol, lo vi una tarde entrar en el gabinete de la fonda, seguido de Jacob y de tres corpulentos argelinos que depositaron en el suelo igual número de bultos voluminosos.

—¿Has parecido, viejo lobo de mar? le pregunté al verlo.

—¿Quién lo duda? respondió.

—¡Diablo! Te encuentro desconocido.

—El influjo del país.

—Vamos; cuéntame tu viaje.

—¿Para que me envidies?

—Segun y conforme.

—No admito disyuntiva.

—Es que....

—Es que he sido feliz. Mira esos paquetes que hay en el suelo.

—Ya los miro.

—Pues bien; ahí se encierra mi felicidad.

—¡Hombre! eso es grave. Jacob, abre las cajas, porque supongo que no existirá inconveniente.

—Ninguno.

Hecha la operacion, mi sorpresa no tuvo límites. Sucesivamente aparecieron á mi vista dos pieles de pantera; una de leon; varias magníficas plumas de avestruz; una hermosa cabeza de javalí perfectamente disecada; una linda gacela preparada del mismo modo; ejemplares de mármoles raros; algunos libros árabes; croquis de monumentos antiguos; fajas de seda; tarros de esencias; vestidos morunos y otros muchos objetos.

—¿Qué te parece? decia Salvador con aire de triunfo.

—No esperaba semejante encuentro, repuse; pero esa variedad....

—Es la historia de mi viaje. He cazado el leon y la pantera: he perseguido el avestruz y la gacela: he dormido en la tienda árabe; he visitado antigüedades preciosas y he enriquecido mis conocimientos históricos. Ahora, estoy á tus órdenes; cuando gustes podemos embarcarnos.

—Poco á poco: aun queda algo por hacer. Esta noche vamos á un baile morisco, á una *bita*.

—Me place, porque en Oran no he tenido ocasion de ver esa clase de espectáculos.

—¿En Orán? ¿has estado en Orán?

—Sí.

—Nada habias dicho.

—Lo haré ahora, aunque poco podré contarte.

—No importa. Cuatro palabras.

—Entonces, escucha cuatro palabras. Oran se halla á 410 kilómetros de Argel. Es una ciudad edificada en pendiente; cortada en dos barrios por un arroyo; tiene un castillo, la *Casbah*; el comercio principal radica en el barrio de

la *Marina* donde hay grandes almacenes hechos por los españoles. Posee algunas buenas calles plantadas de árboles, y fuera de las murallas, en el camino de Mascara, exhibe una aldea habitada solamente por negros de todos los países de Africa.

La historia de Oran, tú la conoces como yo. Apenas se conservan noticias legendarias de los periodos cartaginés y romano: en la época de los árabes estuvo sometida al reino de Tlemcen: en 1505 los españoles se apoderan de *Mers-el-Kebir*, verdadero puerto de Oran y en 1509 el cardenal Gimenez de Cisneros ocupa la ciudad misma: en 1708 el Bey Mustafá la arrebató a los españoles que en 1732 la recobran para evacuarla en 1790 á consecuencia de un tratado que firman con Mohamed-el-Kebir, bey de la provincia. ¿Qué mas quieres?

—Que te quites el polvo; que descanses un rato y que te dispongas para el baile.

Por la noche asistimos á la danza morisca que tuvo lugar en el patio de una casa árabe, cuyo patio, cubierto por un toldo hallábase rodeado de columnas con arcos de herradura sobre las cuales se estendia un ancho corredor.

Habia en el fondo un pequeño tablado vestido de alfombra y destinado á los músicos que mostraban sendos turbantes y trajes amarillos.

La orquesta se componia de un fagot, ó *naki* (en el idioma indígena) dos *nacariate*, (tamborcillos unidos) y un *shoubabé* (clarinete.)

Las bailarinas eran doce, de regular hermosura, y estaban acurrucadas en dos filas sobre pequeñas alfombras.

Entre ellas y los músicos habia una mesa con manjares y refrescos que comian y bebian tanto unas como otros.

Llevaban las bailarinas camisas de seda, con mangas anchas, escotadas y sugetas al cuello por una perla; pantalones anchos tambien, recogidos mas abajo de las rodillas; fajas de seda y ligeros turbantes.

Cada mujer baila sola y entretanto las demás permanecen en sus puestos.

La *bíta* es una danza original, que tiene sin duda por pensamiento la representación del amor lascivo. La música entona un aire quejumbroso y monótono, un ritmo desconocido en nuestra Europa y todo el conjunto produce un efecto inexplicable, una sensación nueva.

Era la madrugada: había terminado el baile: tornamos á la fonda y algunas horas más tarde el *Neptuno* agitaba las paletas de su hélice y nos conducía hácia Túnez.

Cada mujer habla sola y entretiene las demás pormen-
 necer en sus gestos.
 La sala es una banca original, que tiene un dado por
 fundamento la representación del año 1870. La música
 entona un aire de júbilo y monótono, un ritmo desca-
 nocido en nuestra música y todo el conjunto produce un
 efecto inapreciable, una sensación nueva.
 En la madrugada había terminado el primer término
 de la obra y algunas horas más tarde el último capítulo
 las palabras de su héroe y nos condujo hacia Tíber.

X.

Antes de seguir adelante procuremos bosquejar la historia de la navegacion en el Mediterráneo.

La naturaleza es siempre el gran modelo que sirve al hombre para todas sus obras.

El pez inspiró la idea de la navegacion; idea rudimentaria que tuvo en su origen por traduccion el tronco ahuecado de los árboles.

Aquel pez era el *Delfin*; animal inteligente, inofensivo y algo poeta, que durante las noches del verano acompaña por el Archipiélago griego á las embarcaciones escuchando el canto de los marineros.

El *Cisne*, ave marina, adornaba en lo antiguo la proa de los buques de Grecia; y los naturales de aquel pais lo contaban entre sus constelaciones, lo mismo que al *Delfin*.

El *Nautilus* ó *Argonauta*, hijo tambien del mar, era considerado como uno de los animales que enseñaron al hombre la navegacion.

Los descendientes de Jafet que poblaron la Europa y parte de Asia, fueron los primeros navegantes.

Los libros sagrados de Oriente retratan al *Espíritu Divino* llevado sobre las aguas en las que deposita el gérmen de todos los seres.

El Mediterráneo fué el foco principal de las antiguas escursiones marítimas.

Los Pelasgos, los Fenicios y los Etruscos establecieron colonias en sus riberas, en sus islas y penínsulas y en los mas seguros fondeaderos.

Los *Pelasgos* (primeros poseores de Grecia segun Herodoto) fueron marinos.

La Arcadia era el centro de sus poblaciones. Frente su isla santa de *Samotracia* fundaron á Troya.

Los *Helenos*, tribus guerreras, suceden á los Pelasgos.

Los Pelasgos vivian felices, dedicados al cultivo de las fértiles llanuras que habitaban cerca del mar; pero los pueblos del Apenino (Italia) y la raza griega de los Dorios ocupan sus ciudades que disminuyen por consecuencia en vecindario, quedando aquellos sometidos á los invasores.

Los *Etruscos* estudiaban los fenómenos celestes; perfeccionaron la navegacion, fundaron colonias en las costas de Italia y estendieron su comercio desde la isla de Elba al mar Egeo.

La Etruria era centro del movimiento mercantil de Grecia, Iberia y Galia, y sus habitantes legaron á Roma sus creencias religiosas, sirviendo sus libros para la educacion de los romanos, quienes mas tarde tomaron lecciones de Grecia.

Se supone que la pesca fué una de las causas determinantes de la navegacion de los Etruscos y los Pelasgos. Estos últimos se llamaron *Œgialeens* (habitantes de las costas.)

La topografía del suelo que ocupaban debia inducirlos á una comunicacion recíproca, llevada á término por pequeñas barcas con remeros, que aprovechaban las brisas regulares que soplan alternativamente del mar á la tierra y de la tierra al mar. De este modo vieron nacer la navegacion las islas del Archipiélago griego, el Epiro y la costa occidental del Asia Menor.

Las empresas marítimas de Egipto en la antigüedad son poco notables.

Encerrado aquel país entre dos cadenas de montañas, la parte de costa mediterránea hallábase representada por una playa sin puertos. La navegacion era fluvial, (por el Nilo,) con ayuda de barcas llamadas *baris* segun Herodoto.

Los canales construidos bajo la iniciativa de Sesostris facilitaban el comercio interior al paso que la abundante pesca del Nilo constituia un aliciente para su explotacion.

En el verano celebrábanse solemnes fiestas en honor de Diana mientras la inundacion del Nilo, y merced á aquellos concursos el comercio adquiria considerable desarrollo.

Egipto carecia de maderas para buques y esta falta determinó en tiempo de los Faraones las primeras navegaciones en su busca por las costas del golfo Árábigo y mar de las Indias, que iniciaron algunos descubrimientos.

Hemos mencionado las barcas *baris* empleadas por los egipcios y añadiremos que estos poseian además otras embarcaciones llamadas *thalamenes*, que diferian de aquellas en tener habitaciones sobre la cubierta.

Los *thalamenes* servian para la conduccion de los Faraones y personas importantes y tambien para el tráfico, diferenciándose los de recreo de los comerciales en la distinta ornamentacion.

Todos eran de abeto y encina y tenían por velámen un cuadrado de lienzo ó de estera de palmera clavado á la estremidad de un mástil que á su vez iba perfectamente sujeto en el centro del buque.

Las velas de lienzo se ataban al mástil y las de estera quedaban replegadas sobre el puente y en general tendidas entre dos vergas.

El timon constaba de uno, dos ó tres remos terminados en una pala y fijos á la popa.

Un hombre los manejaba y á proa se colocaba el piloto para indicar al timonel la maniobra y evitar los obstáculos que este no podia ver por impedirlo las habitaciones erigidas en el centro del buque.

La barca figuraba en la mitología egipcia, como consagrada al Dios del dia.

Plinio y Estrabon dicen que en el antiguo Egipto se usaban balsas para la pesca y la caza mientras la inundacion periódica del Nilo y para remontar las cataratas de este rio.

El Gobierno de los Faraones ofrece una nueva fase á este pueblo. Los egipcios abren á los griegos un puerto libre en Naucrátis y dan á *Isis*, diosa nacional y madre comun de los séres, el atributo del mar, porque el mar les procuraba las

ventajas del comercio. De aquí nace la fiesta de Isis celebrada anualmente en marzo y conocida por *fiesta de la navegación*.

Así desaparecieron las primitivas preocupaciones de los egipcios que habian mirado el mar como un elemento enemigo.

El *Thiphon* ó viento del Mediodía que abrasaba las tierras, fué combatido por los progresos agrícolas y la canalizacion de las llanuras. El *Thiphon* del Norte ó sea las tempestades que el invierno desencadena en las costas de Egipto fué tambien combatido por los adelantos náuticos que permitian á las naves de aquel pueblo bajo la advocacion de la buena Diosa Naturaleza, llevar á las riberas del Mediterráneo los frutos de su suelo y las creencias religiosas que debian continuar la educacion del género humano.

La Fenicia ofrecia una estructura apropiada para el comercio marítimo. Sus costas abundaban en puertos naturales y cómodos que el arte hacia mas seguros, y las montañas de los alrededores procuraban escelentes maderas para la construccion de buques.

El territorio fenicio abarcaba cincuenta leguas desde la isla de Aradus al N. hasta Tiro, con una anchura de diez leguas.

El Estado era, pues, reducido, pero sus capitales, sus templos, sus flotas, revelaban la industria, la civilizacion, la riqueza de sus naturales.

Sidon era la mas antigua de sus ciudades, famosa por el puerto y por el movimiento mercantil que sostenia.

Tiro, colonia de Sidon, bloqueada trece años por Nabucodonosor, pierde su poder que la habia transformado en centro del tráfico marítimo de Fenicia.

Los fenicios comerciaban principalmente con sus colonias que se extendian del E. al O. por las riberas del Mediterráneo, por la Arabia y el mar de las Indias y hácia el Océano, mas allá de Inglaterra en el Norte, y en direccion á las islas Canarias, al Sur.

Las espediciones emprendidas por los fenicios fueron considerables y entre ellas figura un viaje en que partiendo del

golfo Arábigo y costeando el Africa regresaron á Egipto por el Estrecho de Gibraltar.

Su mayor comercio era con España. En la primera expedicion á este pais encontraron abundancia de oro y plata que los indígenas, por desconocer su mérito, les daban á cambio de efectos de escaso valor. Este ensayo de transacciones sirvió de base para otras subsiguientes, y entretanto los establecimientos fundados acrecian con rapidéz, en términos que los fenicios cubrieron de colonias la parte meridional de España, desde las bocas del Guadiana y del Guadalquivir, hasta las fronteras de Murcia, difundiendo á la par que el culto de *Melkarth*, la civilizacion y especialmente su escritura alfabética.

Cartago ocupa un puesto importante entre las naciones de la antigüedad. Era un pueblo inteligente, sábio y rico.

El arte naval le debió considerables progresos. Hábiles corporaciones de obreros construian los buques y aunque en un principio sus galeras tenian tres órdenes de remos, cuando Cartago luchó con Roma, aumentó las fuerzas navales que poseia, llegando á oponer á Régulo una escuadra de 350 galeras de cinco órdenes de remos, cada una de las cuales llevaba 120 combatientes y 300 hombres para la maniobra.

Los cartagineses estendieron sus dominios en grandes proporciones. Conquistaron la isla de Cerdeña; poseian la de Elba y las Baleares; tenian en Malta establecimientos de tegidos y viajaron por el Oceano.

Cartago representaba el trabajo fecundo, la paz, las conquistas sábias, el imperio de las nobles ideas.

Lástima fué que el espíritu guerrero de Roma decretase su destruccion.

Cartago sucumbe, y sin embargo Roma no pudo llenar el vacio que dejaba la pérdida de aquel pueblo.

Grecia debió á su estructura el génio, la grandeza, el poder que la han inmortalizado desde los tiempos mas remotos.

Los antiguos colocaban en su Archipiélago la mansion de las almas bien aventuradas.

Grecia comprendió el enlace íntimo que debe existir entre la religion y las fuerzas humanas y esta bellísima teoría fué bastante para ofrecer hermosos frutos.

Este pueblo era comercial. El viaje de los griegos á la Colchida encerraba aquel fin y tuvo por objeto pasar el *Ponto Euxino* llamado *Axin* (inhospitalario) á causa de sus tempestades y de las naciones bárbaras que habitaban sus costas. Grecia establece colonias en el *Ponto* y muda su nombre en *Euxin* (hospitalario.) El suelo del *Ponto* abundante en minas de hierro, plata y oro, sirvió de entrepuente para las mercancías de la India, y sus establecimientos fueron el punto de partida del engrandecimiento de Grecia, que no tardó en desarrollar los gérmenes del progreso.

De *Iolcos*, capital de la *Tesalia*, situada en el golfo Pelágico, partieron los *Argonautas*, cuya expedicion, real y efectiva no obstante los adornos que la revisten, vino á enlazar por el comercio el Asia con Europa. La leyenda de los *Argonautas* simboliza en último caso una série de expediciones marítimas de Grecia.

Grecia además, esparce sus colonias en todo el Mediterráneo, y con ellas los cantos de sus poetas, sus costumbres, su civilizacion y su legislacion.

Roma se desarrollaba paulatinamente. Su cuarto rey Anco Marcio, construyó el puerto de *Ostia* á la embocadura del Tiber. Los romanos, segun los historiadores, no sobresalieron mucho en empresas navales. La grandeza de Roma se mostraba principalmente en la capital. Conquistadores por excelencia, obtuvieron merced á la guerra importantes plazas marítimas de sus vecinos pueblos, pero á poco esas mismas plazas decayeron por las torpezas de Roma que llegaron hasta el extremo de incendiar despues de la conquista de la *Campania*, las naves que poseian los habitantes del puerto de *Antium*. El puerto fué cegándose y entre tanto, los rios obstruidos se derramaban por las regiones cercanas.

Una guerra con Etruria hace sucumbir esta comarca; la propia suerte alcanza á los Samnitas, y de este modo Roma se estiende hácia Sicilia y Grecia, dando un vigoroso

impulso á su marina, impulso necesario ante las temibles escuadras de Cartago, su futura rival.

Roma habia hecho relaciones con Grecia y Sicilia á la vez que con Marsella (entónces *Massilia*) que buscaba proteccion contra el poder creciente de Cartago.

Roma firmó al constituirse en República el año 509 antes de J. C., un tratado con Cartago, que dejaba vislumbrar cierta envidia por parte de la república hácia la colonia africana.

Dilátase Roma por el Sur de Italia; se apodera de Tarento y llega hasta el Estrecho, frente á Messina, que á la sazón era presa de los *Mamertinos*, pueblo rebelde que imploró el auxilio de los invasores contra los cartagineses.

Los romanos, viendo en aquella alianza un motivo para combatir á los cartagineses, la admiten y tomando la ofensiva rechazan á estos de la ciudadela y los obligan á levantar el sitio de Messina. Únense luego á Hiran, rey de Siracusa, y vuelven á derrotar las tropas de Cartago, ganándoles la ciudad de Agrigento.

Cartago no puede prescindir de la injusta provocacion y envia una flota á sus posesiones amenazadas.

Los romanos comprenden en vista de las circunstancias, la necesidad de ser dueños del mar si aspiran á ser dueños de una isla.

Una galera cartaginesa naufragada les sirve de modelo. En dos meses construyen 160 buques. Ejercítanse los marinos en el manejo del remo. Inventan unas manos de hierro llamadas *corvi*, destinadas al abordaje y sujecion de las embarcaciones, y llegado el momento marchan en busca de la escuadra enemiga y la derrotan.

Algunos años despues, y á consecuencia de otras guerras con Roma, sucumbe Cartago.

Roma, libre de aquella rival, torna su pensamiento á Grecia, que agitada en discordias ofrece campo á las ambiciones del pueblo conquistador.

Los romanos toman como auxiliares á los Rodíos; someten la Macedonia, ayudados por los habitantes ribereños del golfo de Corinto y conseguida la victoria derrotan á

sus propios aliados, saquean la capital, Corinto, y mas tarde ocupan la Acaya y el resto del pais.

Despues del año 146 estallan en Roma terribles guerras civiles. Decae la marina y las instituciones todas. En el año 67, con posterioridad á la caida de Sylla, se piensa en restablecer y mejorar la marina para ofrecer garantías al comercio, amenazado por los piratas del Mediterráneo.

La situacion era grave. Pompeyo vence á los piratas, quienes sometidos fundan una colonia llamada *Pompeyopolis*.

Cesar, elevado al poder supremo de Roma, presta considerables beneficios á la marina. Ensancha y mejora el puerto de Ostia, y para facilitar las comunicaciones con Grecia dá principio á la ruptura del istmo de Corinto y manda construir buques especiales para la navegacion á las islas Británicas.

Transcurre el tiempo: la prosperidad de Roma aumenta. La batalla naval de *Actium* dió á Augusto la supremacia sobre el Oriente.

Augusto inaugura una paz bellísima que permite al tráfico del Mediterráneo ensancharse nuevamente, y para proteger el comercio establece Roma cuatro escuadras en igual número de estaciones navales, que fueron el cabo Misena (entrada del Golfo de Nápoles,) Ravena, el puerto de *Forum Julium (Frejus)* y Bizancio.

En aquella época adelantó la meteorología, figurando entre los descubrimientos realizados el de los *vientos monzones*, por Híppalus.

Roma mantuvo relaciones con la China y fué la señora del Mediterráneo, pero el fabuloso lujo que se habia infiltrado en aquel pueblo, sirvió de base para su decadencia.

XI.

Prescindiendo de lo que podemos llamar *conquista del Océano*, asunto ageno á nuestras observaciones, llegamos al siglo VII, época importante para la navegacion.

El sentimiento religioso y el espíritu aventurero distintivos del periodo feudal, sirvieron de estímulo para la organizacion de las Cruzadas con el fin de arrancar á los infieles los Santos Lugares de Palestina.

Un movimiento inusitado tiene efecto. El comercio acrecienta en proporciones asombrosas. Las Repúblicas marítimas de Italia aprovechan el impulso iniciado, y en todas las escalas del Mediterráneo se establecen comunicaciones con Levante.

El lujo, las artes, la agricultura prosperan en Italia.

Los *siervos* de Europa abandonan su triste vida; van á la guerra y á la conclusion de las Cruzadas vióse aparecer en esa misma Europa un periodo que tiene por símbolo dos palabras; *libertad, derecho*.

Y no fueron estas las consecuencias únicas de las Cruzadas. Las ciudades independientes del Norte fundan una confederacion comercial, á la que se agregan despues las principales factorías de España, Portugal, Inglaterra, Italia y Francia, recibiendo la asociacion el nombre de *Liga Anseática*, cuyo origen es el siguiente:

En el siglo XI las ciudades de Hamburgo y Lubeck se unieron para defender su comercio contra los piratas que á favor de la anarquía feudal invadian el mar Báltico.

Los resultados de la *Liga* eran escelentes, pero llega un dia en que la intervencion de los caballeros de la orden *Teutónica* determina su decadencia.

El *Gran Maestro* de la orden, que estaba considerado como protector de la *Liga*, destruye la unidad de miras y de intereses que siempre habia afectado y esta conducta á la par que el descubrimiento de América por Cristobal Colon que engendra una poderosa actividad mercantil, produce finalmente, el decaimiento de la confederacion.

Alarico y Atila con sus huestes asoladoras, llevaron á Europa el espanto. Los habitantes del litoral próximo á Venecia, abandonan sus poblaciones. Destruido Milan, Pavía y Padua, ocupan los islotes de Venecia, juzgándose allí mas seguros contra los conquistadores. Los colonos fugitivos se constituyen en pequeños estados democráticos que luego se reunen bajo la autoridad de un solo gefe llamado *Dux*, quien gobernaba en *Heraclia*; pero destruida Heraclia por Pepino, hijo de Carlo-Magno y rey de Italia, se traslada la gefatura á *Rialto* que aparece en adelante como capital del nuevo Estado.

De esta reunion nace la prosperidad futura de Venecia.

Una vez fuerte, Venecia se dedica á destruir los piratas que amenazaban el litoral del Adriático, y terminada la obra ensancha los dominios que poseia.

Sus marinos ayudan á los emperadores de Oriente en sus empresas, recibiendo Venecia en pago considerables privilegios que la transforman en centro del movimiento mercantil entre Levante y Occidente.

La República veneciana tenia por patron al evangelista San Márcos, cuyo cuerpo, traído de Alejandría, hallábase depositado en una suntuosa basílica edificada cerca del palacio ducal, en la plaza donde flotaba el estandarte de la República.

Venecia, rica y en relaciones con otros puertos, toma parte en las Cruzadas; envia como jefe de sus tropas en la 4.^a de aquellas al *Dux Dandolo*, quien dirige sus esfuerzos contra el imperio griego, desgarrado por banderías interiores; lo absorve en su beneficio; goza de casi toda Constantinopla y ejerce su soberanía en el Peloponeso, isla de Candía, islas Jónicas y en muchas ciudades de Asia.

Entónces publicase un edicto por el que se permite á

todo veneciano someter con recursos propios las islas y puertos del mar Egeo, á condicion de ser feudo de la República.

El aliciente era demasiado alhagüeno para que pasara desapercibido; así es que las mas ricas familias toman tropas á sueldo; emprenden la irritante conquista y fundan los ducados de Naxos y Lemnos y diferentes principados como los de Andros, Tinos y Ceos.

El comercio marítimo de Venecia crece con admirable rapidéz. En su arsenal, que tenia dos millas de circunferencia, 16,000 operarios construyen mas de 3000 buques.

El éxito del decreto espedido en favor de las conquistas mencionadas hace surgir de entre la aristocracia funestas rivalidades. Hay usurpaciones; el poder se concentra en manos de unas pocas familias. El *Consejo de los Diez*; el tribunal de los tres Inquisidores de Estado establecen por ley su ambicion. El Consejo, ayudado del espionaje, dispone á su antojo de las rentas y del ejército de la República; impone el despotismo; engendra el malestar; provoca las sublevaciones y conspira, en suma, contra el comercio, que languidece en perjuicio general, sufriendo otros golpes, con la adopcion del camino á las Indias por el Cabo de Buena Esperanza y despues con el descubrimiento de América.

En 1796 la República francesa ofrece su alianza á Venecia, poniendo como condicion á este Estado, un cambio de la Constitucion, á fin de adaptarla á los nuevos principios proclamados en aquel pais.

La aristocracia veneciana se opone completamente. El pueblo y la nobleza no inscrita en el *Libro de oro* (donde figuraban no mas que las familias monopolizadoras del poder) se sublevan y hacen que sean admitidas las proposiciones de Francia.

El ejército francés favorece á los insurrectos que triunfan, queman el *Libro de oro* y proclaman la igualdad en Venecia.

Posteriormente, y á consecuencia de diversos tratados, Venecia fué entregada al Austria; luego recobró su libertad y hoy, en fin, vive con las memorias de su esplendor

fenecido, de sus triunfos pasados, de su grandeza agostada.

El rápido exámen que hemos dirigido á los antiguos pueblos del Mediterráneo, pone de manifiesto la lucha constante de la paz y la guerra, del trabajo que crea y el trabajo que destruye.

Allí donde aparecía el imperio de la fuerza, allí las fuentes positivas de la riqueza secábanse mas ó menos pronto, y las naciones conquistadoras ó aventureras perdían el prestigio de sus glorias efímeras, asentadas sobre un cimiento vacilante.

En ese vaiven, en esa lucha, hemos visto que el esfuerzo inteligente de las generaciones para mejorar su manera de sér, no decae ni se estaciona.

La constancia es el secreto de las grandes empresas; la fé la palanca que las mueve; la paz el punto de apoyo que las favorece.

XII.

Día 7 de Junio.

Túnez es el verdadero Oriente africano.

Vecina de Cartago, se ha revestido con los despojos de aquella colonia.

Tiene muchos sobrenombres; se llama Túnez *la gloriosa, la blanca, la floreciente, la bien guardada, la industriosa, la mansion de la felicidad.*

Antes de llegar á Tunes fondeamos en la pequeña aldea de Stora, que es el puerto de Filipe-Ville y pertenece con este y con Bona á la Argelia.

Anuncia la proximidad de Stora un faro erigido en la cumbre de una roca denominada *islot de los monos*. Pasado el islote se nos presenta el pueblo al abrigo de un promontorio.

Hemos mencionado el faro de Stora, y justo parece dedicar algunas palabras á esos preciosos luminares que marcan el seguro camino á los que se aventuran sobre las olas.

Los griegos atribuyen los primeros faros á Hércules. Los mas antiguos son las torres edificadas por los *libios* y los *chutitas*, habitantes del Bajo Egipto.

Eran de dia puntos de observacion y de noche faros y templos donde los sacerdotes egipcios enseñaban pilotaje, hidrografía y el arte de dirigir los buques segun las constelaciones.

Recibian el nombre de alguna divinidad; los navegantes los enriquecian con sus ofrendas ó *ex-votos*, y se supone que conservaban cartas de la navegacion del Nilo y de las costas de Egipto.

El faro era, por consiguiente, un monumento elevado á la civilizaci6n.

La religion, la humanidad, la ciencia: hé aquí su pensamiento.

El Mediterráneo que habia inaugurado las grandes conquistas del hombre, nos dá otro ejemplo de su iniciativa.

Los pueblos situados en las riberas de aquel mar, reciben la primera luz del progreso; la ensanchan, la difunden, y á su influjo debemos incalculables tesoros de bienestar.

El método de alumbrado era sencillo en los faros de los *libios*. Al extremo de una pértiga dirigida hácia el mar habia un aparato de bronce ó hierro, formado por tres ó cuatro ramas que representaban delfines y otros animales marinos, unidas por follaje, y cuyo conjunto afectaba la figura de un canastillo, destinado para el combustible.

Los *libios* llamaban á esas torres *tar* ó *tor*, (altura, torre) y como *is* significaba *fuego*, ambos componentes formaron la voz *tor-is* (torre de fuego) que dió origen á la palabra latina *turris*.

Las construcciones de esta índole se colocaban ya en sitios elevados, ya fuera de las ciudades; recibiendo en el primer caso el nombre de *bosrah* y en el segundo el de *tith*.

El mas antiguo faro que funcionaba con regularidad era, segun se dice, el del promontorio de *Sugea*; pero el verdaderamente notable fué la torre de la isla de *Pharos*, en Alejandría de Egipto, que sirvió de modelo á las célebres torres de fuego edificadas despues.

El principal de las costas latinas era el de Ostia, construido por Claudio.

Italia los tuvo dignos de mencion, como el de *Puzzoles*, citado por Plinio; el de *Ravenna*, el de *Messina*, que prestó su título al Estrecho que separa la Sicilia de Italia; el de la isla de *Capróa*, destruido por un terremoto pocos dias antes de la muerte de Tiberio, y hay quien se ocupa del de *Timéa* en el Bósforo de Trácia.

Los antiguos se distinguieron en la construcci6n de estos edificios, pero no en su alumbrado.

La Edad Media introdujo pocas mejoras, y solo en una época próxima á la nuestra desaparecieron la hulla y la madera, así como el receptáculo descubierto, que fué reemplazado por candelas y un hogar revestido de vidrios.

A fines del siglo XVIII se inauguró el sistema de lámparas, cuyo resplandor era aumentado por medio de reflectores de metal pulido. Hacia el año 1784 invéntase una mecha cilíndrica, encerrada en una chimenea de vidrio. Luego, este mecanismo sufrió una reforma, y despues se perfeccionaron los reflectores.

Inglaterra, nacion eminentemente marítima, ha comprendido toda la importancia de los farós, y á su iniciativa debemos la organizacion especial dada á este servicio.

La forma adoptada generalmente para los faros es la cilíndrica. Su altura varía, segun el sitio que hayan de ocupar, pero el hogar luminoso en los de primer orden no debe ser menor de 40 metros sobre el nivel del mar, puesto que en tal caso el alcance de la luz no escede de 30 kilómetros.

Por conclusion, una cifra. En el Mediterráneo hay mas de 560 faros.

The first part of the paper is devoted to a discussion of the general theory of the subject. It is shown that the theory is based on the principle of least action, which is a generalization of the principle of least squares. The principle of least action is a statement of the conservation of energy, and it is the basis of the theory of mechanics. The theory is then applied to the case of a particle moving in a potential field. It is shown that the motion of the particle is determined by the principle of least action, and that the path of the particle is a geodesic in the configuration space. The theory is then applied to the case of a particle moving in a magnetic field. It is shown that the motion of the particle is determined by the principle of least action, and that the path of the particle is a geodesic in the configuration space.

The second part of the paper is devoted to a discussion of the experimental results. It is shown that the experimental results are in agreement with the theory. The theory is then applied to the case of a particle moving in a magnetic field. It is shown that the motion of the particle is determined by the principle of least action, and that the path of the particle is a geodesic in the configuration space. The theory is then applied to the case of a particle moving in a magnetic field. It is shown that the motion of the particle is determined by the principle of least action, and that the path of the particle is a geodesic in the configuration space.

XIII.

—Abandonamos según veo, la vía marítima; hablaba Salvador, no bien hubimos fondeado en Stora.

—Espílicate; respondi.

—El capitán me ha dado la noticia.

—De manera que.....

—Que tomaremos un carruaje para cruzar los cuatro kilómetros que nos separan de Filipeville.

—Por cierto que, según las trazas, la carretera debe ser hermosa.

—En efecto: Serafin la conoce y dice que es muy alegre; que se abre entre colinas y que tiene de trecho en trecho casas risueñas.

Llegados á Filipeville, descansamos en el *Hotel de Oriente*. La ciudad poco encierra de notable. Tiene una buena plaza donde hay un bonito café, y delante bosquecillos de ramaje.

La plaza de *Constantina* y la del mercado árabe son las mejores.

Salvador observaba con minuciosidad los tipos de indígenas, y aquella contemplación le arrancaba exclamaciones particulares.

—¡Qué variedad! decía. ¡Qué combinaciones tan extrañas! ¡Qué maridaje entre los harapos sucios, y las altivas actitudes; entre el alma que denuncian esas miradas, y la condición humilde de muchos de los transeúntes! Aquel ginete árabe vé impassible á su mujer que sigue con dificultad el paso del caballo que él monta, mientras su hijo pequeñuelo camina jadeante, agarrado á las ropas de su

madre. ¡Oh! ¡Cómo se descubre en este cuadro la atonía del individuo, víctima del fanatismo, que no trata de romper el crisol de sus creencias! Pero ¿me engaño quizá? He aquí un grupo árabe de distinta enseñanza. El marido y su esposa cabalgan en una misma yegua. ¿Se aman? ¿Conocen realmente el significado de la familia? ¿Son fanáticos ó no lo son? Mira aquel anciano que se apoya en un robusto palo. ¿Quién no recuerda los patriarcas de la Biblia? Abraham renace á la luz; Jacob toma vida en este país de Argelia. La ilusion es esacta. Las recuas de camellos que doblan la próxima esquina añaden nuevo prestigio á la memoria de remotos siglos.

—Tienes razon, dije á mi amigo; pero ya es hora de que termine tu éxtasis. Nada hacemos aquí parados.

—Te engañas, repuso. Ahora filosofamos; construimos en nuestro espíritu un libro de profunda instruccion, en que se mezclan las manifestaciones plásticas con los alardes utilitarios. Los tipos que vemos son una revelacion del *arte*, al paso que las recuas de camellos son las síntesis de una ciencia, de la Economía Política, en su esencial base del trabajo; porque los camellos que poco há cruzaron frente á nosotros, traen sin duda trigos de Biskra, ciudad de la Argelia; y como las condiciones de estas localidades son tan adecuadas al tráfico, se construye actualmente un ferro-carril para Constantina, que facilitará en su dia las comunicaciones. El *arte* favorece á la *ciencia*, y la union de ambos elementos constituye el bienestar comun.

—Magnífica peroracion. Ahora, si te parece, podemos abandonar nuestro paseo vagabundo, y proceder al exámen de las curiosidades de esta poblacion.

—Nada mas justo.

—Caminaremos á la aventura.

—Sí y no.

—Esa respuesta es un tanto dudosa.

—Quiero decir que aunque desconocemos la ciudad, poseo las necesarias noticias para que no perdamos el tiempo.

—Empecemos, pues.

—Hay en Filipeville un barrio árabe situado en el lugar que ocupaba *Rusicade*, población romana, dedicada á Venus. Allí se conservan en un Museo los restos de aquellas construcciones, y advertiré que subsisten entre esas ruínas arqueológicas un teatro antiguo y diferentes preciosas inscripciones. Este será el primer punto que visitemos.

Las noticias de Salvador eran esactas y á ellas debimos entretener agradablemente las horas, hasta que agotada nuestra curiosidad retornamos al *Neptuno* que en breve nos condujo á Bona.

Aquí, como en todas estas costas, hallamos vestigios de otros pueblos famosos.

La misma ciudad donde fondeamos está separada solo dos kilómetros de la *Hippona* de los romanos, centro importante cuyos restos acreditan la movilidad de las cosas humanas. El tiempo destruye los imperios y las ciudades y donde ayer veíase un populoso Estado, hoy se nos muestra un monton de ruinas, un fragmento de columna y.... nada más.

XIV.

Navegamos de nuevo.

A poco de doblar el cabo Cartago dimos fondo al pié de la *Goleta*, magnífica fortaleza edificada por los españoles en tiempo de Carlos V y separada de Tunez por el lago *Baheira*.

Dos medios se nos presentaban para ir á Tunez; el camino terrestre y la vía marítima.

Adoptamos aquel y despidiéndonos de Serafin, nos encaramos en un carruaje Salvador, mi camarero y yo.

Un auriga maltés ocupó el pescante y los caballos partieron al trote, sobre un suelo de arena, costeando el lago entre cuyas aguas aparecían numerosas barcas llamadas *Sándalos*, que arbolan velas latinas.

A la mitad próximamente del camino había una casa.

—Si mi amo quiere tomar café, podemos descansar un rato, dijo el camarero.

La casa era un café.

Aprovechamos la oportunidad, y pocos minutos despues penetramos en un estenso patio lleno de hermosos árboles y en cuyo centro una noria surtía de agua á un abrevadero colocado delante del edificio.

Nos acurrucamos en las alfombrillas del patio, que representaban el papel de los asientos de Europa y pedimos el delicioso líquido que nos fué servido en una taza sin asa, metida en otra que carecía del propio suplemento.

—¡Dios es grande! dijo gravemente Salvador al llevar á sus lábios mi bebida favorita.

—¡*Bismilah!* (En el nombre de Dios) repuso Jacob, y bebió un trago.

Yo, nada dije: me contenté con mirar á mis compañeros, y bebí.

Instalados otra vez en el vehículo y gracias al vigor de los rocinantes no tardamos en acercarnos á la hermosa Tunez.

Un cementerio musulman y un *marabut* son los centinelas avanzados de la poblacion, que se miran frente á frente á entrambos lados del camino.

Entramos por la puerta de *Cartago* (*Bab-el-Carthagen*), arrogante construccion, que tiene en sus muros diferentes nichos donde los árabes perezosos duermen y descansan.

Seguimos una calle de apariencia sencilla, y mas lejos hallamos un *marabut* que segun el cochero, conserva los restos de Aben-Hamet el último *Abenerraje*.

—¿Será esacta la noticia?

Elegimos por vivienda el *Hotel de Francia*, y mientras nos preparaban la comida formulamos nuestro plan de viajeros.

—¿Qué debemos hacer? dije á Salvador.

—Estoy á tus órdenes.

—Gracias; pero no es esa la contestacion que solicito.

—Modificándola, añadiré que las primeras observaciones deben elegir por objetivo á Tunez y las restantes á *Cartago*.

Tunez es una ciudad que difiere notablemente de las de Europa; tiene un *sabor*, por decirlo así, especial, y toda ella es una *especialidad*.

Sus calles son estrechas; sus casas desiguales.

Posée industrias distintas que sirven de ocupacion á numerosos indígenas.

Las artes ofrecen varios caractéres que conviene anotar. El de mueblista está poco adelantado. Las tiendas de arneses para caballos son una de tantas curiosidades de la ciudad. Las de armas, las de babuchas, las de tejedores, las de gorros encarnados que se llaman *shechias*, merecen una visita. Las de esencias son centros donde se charla, se critica, se murmura y se adquieren noticias.

La vida (generalmente hablando) se reduce en los ricos á comer, dormir y reposar pacíficamente en el haren.

Entre los *tipos* se distinguen los europeos, bereberes, moros, judíos, turcos, árabes y griegos

Los tunecinos aman la civilizacion. En las puertas de la ciudad oyen con avidéz á los narradores árabes que entonan al compás de la *mandolina* historias y leyendas mas ó menos poéticas, y la imaginacion de los espectadores se identifica á la idea de la relacion que escuchan bajo aquella forma.

Las moras apenas salen de sus casas. Su existencia de reclusion casi perpétua, subsiste sin amenguar en modo alguno. Pocas transitan por las calles y cuando lo efectúan cubren su rostro con el *yachmack*.

Las judías, por el contrario, se exhiben con el semblante descubierto y espléndidamente vestidas.

La visita á Cartago ha sido sumamente grata.

Partimos de mañana, en carruaje y provistos de víveres para los dos dias señalados á la excursion.

Poco antes de llegar, subimos á una colina donde hay una Capilla consagrada al rey San Luis que murió en aquel sitio.

A corta distancia, hasta cerca del mar, el suelo está cubierto de piedras, columnas negras de mármol y algunas cisternas.

¡Hé ahí Cartago!

Cartago va desapareciendo con rapidéz. Sus despojos han servido y sirven para adornar el mundo.

En Italia y en Tunez véanse muchos de esos despojos que embellecen mas de una construccion.

Pero ¡qué diferencia entre la especie de osamenta que hoy cubre el campo, y la Cartago poderosa de ayer!

En sus buenos dias, el puerto comercial de esta poblacion era notable: formaba una elipse de quinientos piés de largo y trescientos de ancho, que se comunicaba con el mar por medio de una entrada de sesenta piés de latitud, que se cerraba con cadenas.

Sus muelles destinados á la carga y descarga iban guarnecidos de tinglados para la venta, y próximo al puerto mercantil hallábase el puerto militar, sirviendo de comunicacion á entrambos un canal embovedado.

En el último de aquellos, estaba el palacio del Almirante, alojamiento á la vez de las tropas que componian la guardia; y á lo largo de los diques, fortificados convenientemente, veíanse diversas calas y dársenas, y los almacenes que encerraban aparejos para mas de cien galeras.

A nuestra llegada á las ruinas de Cartago huyeron des-pavoridas multitud de aves, moradoras de tan solitarios pa-rajés, mas alguna que otra fué víctima de nuestras ca-rabinas.

Salvador desconocia aquellos animales, pero Jacob, inte-ligente de primer órden merced á sus cacerías en Marrue-cos, hizo su retrato de una manera satisfactoria.

—Esta es, decia señalando uno de los cadáveres, la go-londrina de mar. Sus largas alas se cruzan sobre la parte superior del cuerpo y su cola ahorquillada como la de la go-londrina terrestre, le presta mucha gracia. Pertenecen estos animales á la familia de las gaviotas; tienen costumbres idénticas, y por complemento les aventajan en la rapidéz de su vuelo.

Aquí hay otro pájaro tambien marino; el *somormujo*.

—O *eolymbus glaciales*, interrumpí.

—El señor los conoce ¿no es verdad?

—Un poco: sigue tu relacion.

—El *somormujo* alcanza las dimensiones del pato. Es un escelente nadador, que en tierra sostiene con dificultad el equilibrio sobre sus reducidas piernas; en cambio es un boni-to modelo cuando nada, porque entonces luce los cambian-tes blancuzcos que resaltan sobre las plumas negras de su cabeza y cuello.

—Ahora, dijo Salvador, voy á tomar con vuestro per-miso, posesion de estas desventuradas aves.

—¿Qué intentas? pregunté.

—Inferirles en menos de cinco minutos las convenien-tes incisiones; llenarlas de yerbas y cuando regresemos á bordo disecarlas para mi gabinete de estudio de Gra-nada.

Seis dias despues de llegar á Tunez, el *Neptuno* zarpaba de la *Goleta*.

Nuestra breve permanencia en el *Oriente africano* habia servido para desvanecer varias dudas que á Salvador y á mí nos inspiraba aquel Estado.

Lo creimos semi-salvaje y sin embargo, su civilizacion es considerable, como lo atestigua la simple lectura de la Constitucion tunecina.

Este código fundamental establece entre diversos principios liberales, la igualdad ante la ley para todos los habitantes del país, y en corroboracion consigna estas elocuentes palabras:

«La justicia en la tierra es una balanza que sirve para garantir el buen derecho contra la injusticia, el débil contra el fuerte.»

BIBLIOTECA NACIONAL DE LA ARGENTINA
FOLIO 107 V. 1838

XV.

Día 11 de Junio de 1870.

Ayer arribamos á la isla de Malta, pero ¡en qué situación!
Durante cuarenta y cuatro horas hemos luchado contra
la mas espantosa borrasca.

Cuando salimos de La Goleta tratamos de dirigirnos á la
Regencia de Tripoli, mas el oleage haciendo temible la ve-
ciudad de la costa, obligó al *Neptuno* á internarse hácia la
alta mar.

Serafin adivinaba un peligro, tal vez próximo, y en vano
hacia esfuerzos para disimular su inquietud.

Aquel hombre valeroso que no temia por su propia vida,
temblaba por sus amigos.

Quise distraerlo; quise que olvidase por un instante sus
reflexiones y lo llamé, interrogándole sobre los movimientos
de las olas; sobre las ráfagas del huracan que arrancaban
siniestros quejidos al cordaje del buque.

Entonces, Serafin, hubo acaso de ahogar sus temores y
sereno, impasible, nos dirigió la palabra.

—Me preguntabas, dijo, cual es el secreto de las cor-
rientes marinas: ¿quién lo ignora? Allí donde se produce una
diferencia de peso específico, por relacion á las demás partes
del mar (cualquiera que sea la causa originaria y la distan-
cia que separe á las dos cantidades de agua cuyos pesos
varian) el líquido menos ligero se dirige por el camino mas
corto y fácil hácia el líquido menos pesado y recíprocamen-
te. En el Mediterráneo (que recibe corrientes de agua poco
numerosas y lluvias poco abundantes) al mismo tiempo que
la evaporacion es muy considerable, la porcion de agua

elevada es mayor que la recibida y por lo tanto este mar aparece mas saturado y con alguna mas pesadéz que el Atlántico, dando lugar esta diferencia á la formacion de una corriente *de superficie* que viene del Atlántico por el Estrecho de Gibraltar, y de una contra-corriente *submarina* que sa le del Mediterráneo por el Estrecho.

—Sigue la historia, añadí.

—¡Es tan larga!

—No importa; en breves palabras puedes decir mucho.

—Me limitaré á la cuestion de *actualidad*.

—No comprendo.

—Aludo á esas ráfagas que acrecen en violencia.

—¿Te disgustan?

—Un poco; son mal síntoma.

—Esplicáte, pero con pormenores.

—Cuando el viento carece de constancia, se limita á rizar la superficie del mar, ó en otros términos, engendra olas que generalmente no comunican su agitacion á mucha profundidad.

—¿Hay alguna regla que determine con precision tales movimientos?

—Sin duda; se sabe que las olas mas grandes tienen 30 metros de altura, y que la porcion de agua removida no excede de un espesor de 188 metros. Si la ola se produce en un sitio profundo, su accion sobre el suelo es nula, pero su trabajo empieza al acercarse á la costa. Si una corriente submarina pasa por un fondo estrecho y de suave pendiente, aumenta su rapidez en tanto subsiste la angóstura del lecho, y terminado el obstáculo desaparece aquella. Lo contrario sucede cuando el suelo se eleva de un modo brusco y forma *escoras*; entonces surge una ola que se propaga bajo la superficie de las aguas, recibiendo el nombre de *ola de fondo*, la cual adquiere mayor altura conforme se acerca á la orilla. Adelanta con viveza sobre la playa y dá nacimiento á montes espumantes que se escapan por debajo de la masa líquida; y si se rompe contra una costa escarpada, lanza á inmensa elevacion hermosos penachos de espuma.

XVI.

El día fué penoso y por la noche perdimos la esperanza de acercarnos á la costa, mientras el tiempo mostrase el cariz de que se hallaba revestido.

La pesadilla de Salvador era Trípoli. La tempestad augurada por el descenso del barómetro le contrariaba en sumo grado.

Paseábase por la Cámara; gesticulaba y repetía en periodos desiguales cierta obligada relacion geográfica de aquel país.

—¿Qué te sucede? me atreví á preguntar á mi amigo.

—Estado de Berbería (hablaba en su monólogo) que se estiende á lo largo del Mediterráneo.....

—Quién es ese?

—La Regencia de Trípoli.

Y continuaba en estos términos:

—¡Fértiles costas! ¡Pais delicioso! Dátiles, azafran, aceite de oliva.... Los indígenas no tendrán queja de estos productos.... Depende de Turquía.

—¿Quién es ese? repetí:

—Ya lo sabes; Trípoli.

Y seguía diciendo Salvador:

—Generalmente se divide en tres partes; Trípoli propia, su capital Trípoli. El Fezzan, su capital Mourzouk y el país de Barca cuyas ciudades principales son Derne y el país de Andjelah. La poblacion es de dos millones de habitantes.... ¡Qué lástima!

—¿Estás soñando, hombre?

—Poco menos; ese país

—Creo que por ahora no lo veremos.

—Entonces.....

—Sigue mi ejemplo.

—¿Cuál?

—Voy á acostarme.

—Te imito y me despido de tí hasta mañana.

Durante la madrugada, el temporal arreció en términos formidables.

Cuando me levanté á la mañana siguiente subí al alcázar.

El mar se agitaba en ondas desiguales, y el *Neptuno* rompía las espumas, meciéndose de banda á banda y alzando millares de gotas de agua que nos envolvian en una ligera pero insistente lluvia.

—Serafín, rebozado en su impermeable y subido sobre el entrepuente, espía el horizonte; miraba la superficie del Mediterráneo y observaba la direccion del viento.

La tempestad nos empujaba con ímpetu.

Y ¿qué es la tempestad? ¿Qué es el viento? ¿Qué fenómenos realizan?

El viento durante una tempestad anda de 25 á 35 metros por segundo y los huracanes unos 45 por segundo. En general las corrientes atmosféricas se dirigen desde los lugares donde el barómetro está alto hácia donde aparece bajo. Esas corrientes aspiran á restablecer el equilibrio roto y á nivelar las capas aéreas, y conviene advertir que mientras mas difieren las presiones en los puntos próximos, tanto mas grande es la viveza del viento.

El estudio regular del barómetro en las distintas ciudades de Europa y la comparacion de las observaciones verificadas en una misma época, sirven para conocer el estado general de la atmósfera en un momento preciso.

La enseñanza que de aquí se deduce es curiosa.

En ciertas épocas se ha visto subir el barómetro extraordinariamente en una série de puntos que dibujaban sobre el mapa una curva trazada de N. á S. durando poco tiempo esta particularidad.

Al dia siguiente, la curva habia sido transportada para-

lamente hacia el E., indicando su movimiento la traslacion de una onda atmosférica condensada, cuyo fenómeno iba seguido de otro inverso. Una depresion del barómetro señalaba sobre todos los puntos que cubria en un principio la onda comprimida, el paso de una nueva onda rarificada que la acompaña.

Ondas semejantes se suceden con intervalos mas ó menos lejanos, y consignaremos que las que se hallan comprimidas no turban el estado atmosférico mientras que el tránsito de las que están dilatadas produce tempestades.

La borrasca siguió todo el dia con igual persistencia.

Por la noche acusaba el barómetro un descenso mas considerable.

El huracan acrecia. Las olas nos bañaban continuamente. El palo de mesana cediendo á las ráfagas del huracan vino á caer con estrépito sobre la cubierta. Un trozo de la banda de estribor fué despedazado por un golpe de mar y un bote arrancado de los pescantes.

Serafin, Salvador y yo, presenciábamos aquel drama sin dirigirnos una palabra, pero adivinando un desenlace funesto.

Entre las sombras profundísimas descubrimos una incierta luz.

—¿Es un buque? preguntamos á Serafin.

Pero antes que nuestro amigo respondiese sonó un cañonazo.

Era la esplicacion de aquella luz.

—¡Piden auxilio! gritamos.

—¡Un barco zozobra! murmuró el capitan.

Otro cañonazo nos hizo estremecer.

—¡Dios mio! balbuceó Serafin y llamando al segundo de á bordo le comunicó algunas órdenes.

Acto seguido y apesar de nuestras instancias nos rogó á Salvador y á mí que abandonásemos el puente.

Bajamos á la cámara.

La gravedad de las circunstancias nos exigia obedecer sin replicar.

Quince minutos mas tarde llegó hasta nosotros un clamor imponente.

Subimos al alcázar.

Un hermoso vapor naufragaba cerca del *Neptuno*.

Era el correo que desde Gibraltar se dirigía á Malta.

Una via de agua, imposible de reparar en los momentos críticos de la borrasca, habia hecho su situacion desesperada. Vió los fanales del *Neptuno* y pidió auxilio.

Los botes del yack fueron echados al agua.

Serafin ocupó la chalupa: Salvador y yo le acompañamos.

¡Ya era tiempo!

Los viajeros de la nave que naufragaba se revolvian luchando con las olas. Su casa flotante habia desaparecido bajo las aguas. Mástiles, fragmentos de bancos, despojos insumergibles servian de esperanza á una multitud de desgraciados.

El cuadro que se presentaba á nuestra vista era horrible.

Serafin fué el héroe de aquel drama.

Su sangre fria rayaba en lo inverosímil. Su valor era pasmoso.

Las voces, los ayes nos guiaban á través de los restos del vapor.

Apenas comenzada la difícil tarea de salvamento una voz de muger llegó hasta nosotros.

Despues de extraordinarios esfuerzos conseguimos acercarnos á la desconocida.

—¡Socorro! gritaba en inglés; y mientras pedia auxilio vislumbramos entre la espuma una cabeza y dos brazos que se agitaban con la desesperacion de una agonía dolorosa.

El capitán se inclinó fuera de la chalupa: sus manos asieron las de la muger; pero nuestra débil embarcacion, sacudida por un terrible golpe de mar osciló entónces con estremada violencia y Serafin perdiendo el equilibrio cayó en el abismo de las olas.

Casi al mismo tiempo chocamos con un bote, que nos seguia. Un torrente de espuma nos inundaba.

El empuje nos habia separado del sitio de la catástrofe.
¿Y Serafin?

Era imposible avanzar ó retroceder. La chalupa estaba inundada. El peligro era inminente. De salvadores nos habiamos convertido en náufragos.

.
Mis fuerzas se habian agotado.

Las emociones sufridas en unos pocos instantes tenian un carácter sombrío y pavoroso que trastornaba mi espíritu y no pudiendo resistirlas caí desfallecido completamente en los brazos de Salvador.

El cuerpo nos había separado del sitio de la catástrofe.
 Y ahora...

Me había quejado a mi madre y a mi hermana. Las chicas estaban
 unidas al padre en un momento de salvadores nos ha-
 bían convertido en víctimas.

Me había quejado a mi madre y a mi hermana.

Las chicas estaban unidas al padre en un momento de salvadores nos ha-
 bían convertido en víctimas. Me había quejado a mi madre y a mi hermana.
 Y ahora...

XVII.

Quando roocré el uso de mis facultades ví á Salvador sentado junto á la litera.

—¡Pobre Serafin! exclamé, pensando en la escena del temporal.

—No te afijas por Serafin, replicó mi amigo.

—¿Cómo?

—El capitan vive, lo mismo que tú y yo.

—¿Será posible?

—Sin duda.

—Pero si lo ví caer al agua y desaparecer entre las olas y luego.....

—Poco á poco: luego, Jacob que es un valiente y que seguia nuestra falúa á la distancia de una braza se arrojó sobre el capitan y ayudado por los marineros del bote, sacó perfectamente vivo á Serafin y á la señora que este intentaba salvar.

—¿Y los demás náufragos?

—Todos están á bordo del *Neptuno*.

—De manera que no hubo desgracias personales.

—Ninguna.

—¡Bendita sea la Providencia!

Despues de algunas horas fondeamos en Malta.

El *Neptuno* habia cambiado de aspecto: no era el primoroso yack que vimos en Gibraltar sino un pobre guerrero mutilado por el combate.

Habia sufrido desperfectos considerables y Serafin nos aseguró que no podria hacerse á la mar antes de un mes.

Restablecida la calma y en completa seguridad todos los

viajeros, Serafin me presentó los náufragos, habiendo empujado por la señora á quien tuvo la suerte de salvar.

Llamábase Lelia; habia nacido en Escocia y tenia veintiun años.

Era de mediana estatura y de formas proporcionadas. Sus cabellos rubios iban peinados en dos arrogantisimas trenzas. Cada una de sus facciones merecia un exámen preciso, un estudio minucioso porque cada una de ellas representaba una belleza que servia para completar con nuevos rasgos aquel rostro, donde á un tiempo veíanse hermanadas la fortaleza de un carácter enérgico y la dulzura de un alma rica de sentimiento, pronta á desbordarse en ternura y dócil á recibir la impresion de todo movimiento generoso.

Cada muger inspira una idea al hombre. Lelia inspiraba la idea del hogar, de la familia.

—¿Qué pensamientos evoca esa jóven? pregunté á Serafin cuando hubimos quedado solos.

—No acierte, respondiome tartamudeando; y como si hablara consigo mismo, repitió varias veces.

—¡Lelia! ¡Un hijo!

XVIII.

La isla de Malta es una posesion inglesa cuyo suelo produce frutas, hortalizas, algodon, indigo y azafran.

Presenta rocas escarpadas. Se halla cerca de la isla de Gozzo de donde la separa un pequeño canal. Tiene con esta isla una poblacion de 136.000 habitantes, y es su capital *La Valette* ó *Valetta*, ciudad de 51.000 almas, fundada en el año 1566 por el Gran Maestre Parisot de la Valette.

Malta perteneció en lo antiguo á los cartagineses, romanos, vándalos, griegos, sarracenos y á los Príncipes normandos de Sicilia.

En 1530 la cedió Cárlos V. á los *Hospitalarios* que habian perdido la isla de Rodas y que se llamaron despues *Caballeros de Malta*, quienes rechazaron á los turcos en 1564 prestando otros importantes servicios.

Napoleon Bonaparte á su paso para la campaña de Egipto en 1798 ocupó á Malta, y por último en el año 1800 se posesionó Inglaterra de este país.

En cuanto á la isla de Gozzo (llamada *Golos* primitivamente) es un pedazo de tierra montañosa y fértil, con productos análogos á los de Malta.

La impresion que produce Malta es inesplicable. Para *artistas* como nosotros no hay belleza en aquellos muros exornados de cañones, que sirven de coraza á la colonia británica.

Las curiosidades de la capital nos ocuparon poco. Visitamos sus principales monumentos, que son el palacio de los grandes Maestres y la iglesia de San Juan de Letran.

El antiguo palacio contiene una galería de retratos en

lienzo que representan los Grandes Maestros. Estas pinturas, de mediano mérito, pueden considerarse como el complemento del palacio. Armonizan con su vejez: los cuadros descoloridos se identifican á los muros sombríos del edificio.

Contiguo á este salon hay otro donde se conserva un bello retrato de Jorge IV. Siguiendo despues á la cámara de Sesiones del Parlamento, admiramos los hermosos tapices de que se hallan revestidas las paredes. Vimos la sala de las armaduras; bajamos una pequeña escalera, y contemplamos la antigua carroza de Adriano de la Valette.

Decididos á embarcarnos Salvador y yo en el primer vapor que tocase en la isla y se dirigiese hácia Alejandría, nos ocupamos durante nuestra permanencia en La Valette en ordenar los apuntes de viaje, que ascendian á un número bastante crecido.

Las riquezas naturales del Mediterráneo cuya descripción poseíamos eran muchas: entre las notas ó clasificaciones figuraban algunas con el epígrafe de LO QUE HAY EN LA PLAYA, y su contenido dice así:

—«Hay conchas de miles colores y dibujos; casi siempre vacías, pero que han servido de asilo á séres *moluscos* ó blandos, inertes, privados de miembros y que se arrastran por la tierra con lentitud, ó flotan sobre el agua.

Apesar de ocultarse en la concha, son devorados por animales de otras especies.

Una de las conchas mas comunes es la llamada *bocina* (*buccinum undatum*) cónica, estriada, larga de cinco á ocho centímetros y de color que varia entre el rosado y el gris.

Su animal vivo es semejante al caracol de tierra.

Se conocen varias *bocinas*.

La *púrpura* (*purpura lapillus*) es parecida á la anterior y proporcionaba á los antiguos el color que lleva su nombre.

La concha tiene figura ovalada y matices ya amarillentos ó grises, ó cruzados por bandas naranjadas.

Su animal análogo al de la *bocina*, vive adherido á las rocas y se esconde en la arena de la playa. Conviene ad-

vertir que aunque este marisco suministraba el tinte, el usado por los artifices de Tiro era producto de dos especies exclusivas del Mediterráneo.

La *lapa* (*patella vulgaris*) es una concha que forma un cono de ancha base y escasa altura, pero suficiente para cubrir á su animal. Este es pequeño, ovalado y tiene en la cabeza dos cuernos puntiagudos en cuya parte inferior y exterior aparecen los ojos.

Hay varias clases de conchas denominadas *trompos* por su aspecto. Las mas lindas son cónicas, de base plana y color rosado.

Una variedad es el *trompo perlado* (*granulatus*) que representa en su exterior una espiral bordada de un cordón que semeja perlas.

El *zueco*, concha oval, amarilla ó gris, rayada de negro ó de oscuro. Su animal tiene dos cuernos y es listado de bandas oscuras.

La *porcelana*, concha de la misma figura que la anterior; convexa, parecida á la mitad de un huevo. Tiene una abertura longitudinal, estrecha y dentada en sus bordes. Su color es de porcelana, y sirve de guarida á un animalillo rojo. La *voluta* (*volvaria*); pequeña y blanca. Hay otra blanca tambien y con puntos rojos.

Las conchas de que hemos hablado son de una sola pieza ó *univalvas* y sus animales pertenecen á la clase de *gasteropodos*, palabra griega que significa *vientre-pié*, y espresa que se arrastran.

Otras conchas son *bivalvas* ó de dos piezas, entre las cuales están las siguientes:

La *ostra* (*ostreon* en griego) ú *ostion*. Es fea exteriormente y tiene por dentro tintes nacarados preciosos. Su animal es *acéfalo* (carece de cabeza.)

Muchas especies producen nácar y perlas.

Se coloca entre las conchas la denominada *peine*, (*pecten Jacobæa*) blanca, estriada y con matices rojos. Su animal es semejante al de la ostra. Tiene cien ojos aunque le sirven para ver poco y así como el *ostion* es sedentario, el *peine* es vagabundo.

Su concha, según la tradición, servía para adornar el sombrero y la esclavina de los peregrinos de Santiago.

La *almeja*. Se une íntimamente á las rocas. Su pequeño animal saca de entre las dos tapas de la concha su lengua que tiene una hendidura por donde corre un licor viscoso; la dilata y encoje sucesivamente; aplica el extremo á la piedra; lo retira para renovar el movimiento y durante la operacion, parte de la raiz de la lengua una serie de hilos delgados como hebras de seda y compuestos de la citada materia viscosa que cubren de una pasta la roca en cuestion. Los hilos se consolidan al contacto del agua, y la *almeja* queda colgada con seguridad.

El *gusano de los navios*, (así llamado por los marinos) es largo, blancuzco, redondeado en su parte anterior; carece de cabeza y termina en una especie de cola bifurcada. Su concha solo protege una parte del cuerpo.

Atraviesa las mas duras maderas.

Hay moluscos que no tienen conchas, pero prescindimos de ellos porque ofrecen escaso interés.

Ricas son las costas del Mediterráneo en *cangrejos*. Entre ellos figura el vulgarmente llamado *cangrejo rabioso*, que es pequeño; el *cangrejo torta* que mide 25 centímetros de ancho y pesa dos kilogramos y el *cangrejo araña*, de caparazon triangular cuyo vértice corresponde al extremo de la cabeza.

Los *cangrejos* (como todos los crustáceos) están cubiertos de un cascara duro y pedregoso, formado en parte de carbonato y de fosfato de cal. La envoltura ó cascara consta de muchas piezas ó anillos. La cabeza se halla por lo comun soldada al pecho; pero impidiéndoles esta circunstancia volverse fácilmente para mirar, tienen como compensación los ojos al fin de una prolongacion que mueven en todos sentidos. El órgano del oido radica en dos pequeños tubos colocados cada uno á un lado de la cabeza, en la base de las antenas.

Encostrados hasta las patas, solo disfrutan del tacto por medio de unos cuernos móviles y finos situados delante de la cabeza.

El cuerpo se compone de pecho, donde se unen las patas

inferiores; caparazon que cubre totalmente al animal, y abdómen ó cola triangular, corta y formada por varios segmentos.

La mayor parte de los crustáceos posee diez piés, cuyo primer par termina en unas pinzas de dos mandíbulas.

El abdómen tiene algunas veces falsas patas ó sea pequeños apéndices para nadar.

Su sistema nervioso está muy ramificado. Su sangre es blanca. Son voraces y carnívoros y se reproducen por los huevos.

El mas grande de los cangrejos es el *cabrajo* que mide cincuenta centímetros de largo.

Las *anélidas* merecen un recuerdo.

Son conchas cónicas, compuestas de muchas piezas distintas y llevadas al extremo de un pié dilatado con que se fijan á las rocas.

Cuando la *anélida* está en seco permanece cerrada; pero en el agua se abren sus dos caras ó conchas dando salida á numerosas *antenas* (*cirros tentaculares*,) peludas, que le sirven para agarrar los objetos.

La concha tiene cinco piezas; cuatro son regulares y triangulares con el vértice hácia arriba; la quinta es alargada, estrecha, curva y forma la espalda de la misma concha.»

inferiores, aparecen que cubre totalmente al animal, y abren en forma triangular, corta y formada por varios segmentos.

La mayor parte de los crustáceos poseen diez patas, en su mayor parte por tener en unas pinzas de los mandíbulas.

El abdomen tiene algunas veces pinzas o sea pedipalpos, que sirven para andar.

En algunas especies, como en las arañas, se ve un par de patas, que son cortas y carnicosas, y se reproducen por los machos.

El gran tamaño de los crustáceos es el motivo que ha dado origen a los crustáceos de la tierra.

Las arañas, como se ve en el dibujo, son crustáceos y tienen mandíbulas de pinzas, que sirven para andar.

Las arañas, como se ve en el dibujo, son crustáceos y tienen mandíbulas de pinzas, que sirven para andar.

Las arañas, como se ve en el dibujo, son crustáceos y tienen mandíbulas de pinzas, que sirven para andar.

Las arañas, como se ve en el dibujo, son crustáceos y tienen mandíbulas de pinzas, que sirven para andar.

Las arañas, como se ve en el dibujo, son crustáceos y tienen mandíbulas de pinzas, que sirven para andar.

Las arañas, como se ve en el dibujo, son crustáceos y tienen mandíbulas de pinzas, que sirven para andar.

XIX. (1)

Día 20 de Julio de 1870.

Ha transcurrido el tiempo de un modo especial.

Apenas he conseguido imprimir algún orden á la reseña de nuestro viaje.

Quizá he olvidado fechas; quizá he alterado los días; pero no importa. Una mutacion de veinticuatro ó cuarenta y ocho horas, nada supone ante la esactitud de mi relato.

No se hizo esperar mucho el vapor.

Salvador y yo nos despedimos de Serafin y de Jacob, á quienes debíamos ver en Egipto, y zarpamos para aquella hermosa tierra.

Cinco dias despues fondeamos en Alejandría.

La sensacion que experimenté al desembarcar es muy difícil de definir. A un mismo tiempo el orgullo y la curiosidad me aguijoneaban.

— ¡Estoy en Egipto! Hé aquí la primer frase que formularon mis lábios, y que sintetizaba mis emociones, mis deseos, mis esperanzas.

— ¡Estoy en Egipto! Y ¿qué significa la tierra á donde he venido? ¿Qué poder es el suyo que basta para abrogarse un mundo de recuerdos?

— Una ojeada por la historia de este país es bastante para justificar su especie de atracción.

(1) Las noticias que se refieren á Egipto están extractadas de las cartas que publiqué en el CORREO DE ANDALUCIA cuando en 1869 tuvo efecto la inauguracion del Canal de Suez y llevaban la firma de Hector Bouvié de Montpetit, aunque el verdadero autor era el del presente libro.

Por un misterio extraño se nota en Egipto cierta aparente contradicción, que analizada constituye una perfecta armonía.

La muerte y la vida aparecen aquí enlazadas maravillosamente. Las tumbas cubren el suelo y desde las célebres pirámides hasta los templos que guardan aun cenotafios de otra edad, todo respira muerte. Diríase que una filosofía profunda ha venido á fructificar en la pátria de los Faraones.

Pero si pasamos á otra índole de exámen, es seguro que nuestra sorpresa será ilimitada. Junto á la muerte descubrimos la fuente de la vida; la sávia productora; la riqueza, en fin, en sus manifestaciones mas enérgicas. La religión ha revelado el secreto del Egipto, ó mejor aun, le ha dado forma palpable.

—*Isis-Athor* (la noche) es el símbolo del Egipto; significa la madre que engendra. *Isis* tiene por atributo la vaca, ó sea la abundancia.

Desde 1869 Egipto merece con justicia reconstruir aquella fórmula del paganismo, traducida por la inteligencia del hombre moderno.

Tal es el misterio de las civilizaciones. Estas, como las olas marinas, obedecen á un flujo y reflujo perdurable, y como ellas tambien, avanzan y retroceden con eterna movilidad.

El movimiento es ley divina. ¡Dios dijo al globo:—¡Anda!—y desde entonces nuestro planeta, átomo de la creación, rueda en el espacio.

Mas no pretendan los espíritus limitados juzgar atrevimiento las empresas que tienden á modificar la manera de ser de nuestro globo.

Todo lo que nace es imperfecto. El mundo que habitamos, fué entregado al dominio del hombre, como un embrión. Al hombre, pues, toca modificar sus condiciones materiales en beneficio de la humanidad y al hacerlo práctica un deber. El mundo es nuestra pátria y mañana será la herencia de nuestros hijos. Embellezcámoslo para el porvenir.

Los campos yermos, producen; pero como no basta la producción primitiva, mejóranse las especies. El cultivador

estudia y arranca á la madre tierra frutos perfeccionados de día en día. El desmonte, el túnel, la laguna desecada, el árbol trasplantado, son fases variadas del progreso; manifestaciones de la ciencia que tiende á utilizar el esfuerzo del hombre por el hombre.

Mr. Fernando Lesseps ha cambiado la faz del mundo. A su actividad debe Egipto una mudanza fructífera.

Antes, la vista fatigada del ardiente centelleo de las arenas que cubren las amplias llanuras, solo podia reposar en la pirámide, en la necrópoli ó la esfinge que aparecen en los últimos términos de los paisajes, y esas mismas formas rígidas, tenaces, iluminadas por un sol de fuego no bastaban á contener la mirada anhelante.

Ahora, el suelo humedecido por las lluvias no repele, como ayer hacía. La atmósfera se cubre de vapores benéficos que han venido á dulcificar las condiciones climatológicas de Egipto.

El Canal de Suez ha operado el cambio.

Y ¿cuál es el trabajo invertido para conquistar la nube y la lluvia?

Veinte años de constancia inmensa, de luchas, de contrariedades, y una suma de 288 millones de francos próximamente.

Pero ¡cuántos beneficios! El Cabo de las Tormentas ha perdido su tránsito. La nueva vía á través del Canal, evitando á los buques que se dirigen al extremo Oriente rodear la costa de Africa, ofrece un ahorro de tres mil leguas.

El comercio utiliza el paso abierto entre los dos mares. El Mediterráneo recobra su antiguo cetro. Las riquezas que proceden del Oriente cruzan sus aguas. Francia y España son las dos naciones llamadas á gozar en primer término las múltiples ventajas de la obra que nos ocupa toda vez que sus puertos, centinelas del Mediterráneo, reciben las naves llegadas del Canal.

La topografía de España se presta acaso mas que la de Francia á participar de esos beneficios. Las mercancías de la Indo-China y del Archipiélago Océánico deben llegar á los puertos que aquella nacion posee en el Mediterráneo,

para ser distribuidas á sus destinos particulares.

La apertura del Canal interoceánico hará época en los fastos marítimos. El vapor y la vela, marchan unidos. El vapor gana mucho con la inauguración del Canal de Suez. La vela cuenta de hoy más, el ausiliar de la máquina.

Las tempestades del Sur de Africa rugirán en vano. ¿Qué importan al navegante? El Mediterráneo ofrece tranquilo paso. Las distancias desaparecen. La colonia se acerca á la metrópoli. Inglaterra está casi á las puertas de la India. España puede acudir fácilmente á Filipinas.

Apenas desembarcamos se nos presentó un *icerone* francés, lo cual era una fortuna, pues la impresion que recibe el extranjero al hallarse solo en un puerto de Oriente, entregado á las miriadas de hombres que lo asaltan al poner el pié en el fango de la playa, es harto sensible y lastimosa.

—¿Qué fonda prefieren ustedes? (preguntó el guia.) La de Oriente, la de Europa, la de....

—Basta; la de Oriente.

—En marcha.

Y con sorpresa nos vimos asaltados por una turba que, si momentos ántes habia respetado nuestras personas, acaso por su inmovilidad, hizo lo contrario apenas nos pusimos en camino.

Numerosos árabes súcios, feos y charlatanes, nos rodeaban, nos ofrecian sus cabalgaduras, miserables pollinos de exigua talla.

Uno de aquellos conductores estraños viendo que nuestro espíritu era refractario á toda suerte de indicaciones, me cogió entre sus brazos y antes que pudiera evitar su accion, vime ginete sobre un pacífico asno, que trotaba con seguridad á través de aquella mascarada.

Pero el *icerone* conecedor de las costumbres, dirigió al atrevido un sendo garrotazo, y mediante la insinuacion, el aludido detuvo el jumento, devolviéndome á tierra.

—¿Qué ha hecho usted? le dije.

—Nada de particular.

—¡Cómo! pues ¿y el palo?

—¿Eso le admira? Es la suprema razon en la pátria de los Faraones.

—¿Es posible?

—Sin duda; el *palo* es el idioma universal: un egipcio podrá desconocer el francés, pero no sucede lo mismo si empleo el argumento que ustedes han visto. Hé aquí un triste distintivo de los pueblos orientales; su orgullo es una comedia; su dignidad cuestion de formas; yo miro las cosas bajo un prisma raro. Estos infelices desheredados de la fortuna, limitan su amor propio á un exterior incomprendible: aquí la grandeza pertenece á la escultura. El árabe envuelto en su jaique es una bella figura; hasta los harapos sientan bien á esta gente: hay tipos de mendigos admirables; pero no les hableis porque entónces desaparece el prestigio. Y es que los pueblos esclavos no pueden representar otro papel que el de esclavos.

—¡Por Dios!...

—Digo la verdad..... repare usted.

En efecto; lo que el francés habia hecho á mi preséncia, lo hacian tambien otros muchos. El baston era usado continuamente. El transeunte que se veia acosado levantaba en alto su baston ó garrote y al punto el paso quedaba libre.

Pero ¡qué ciudad! ¡qué conjunto! ¡qué aspecto!

Alejandría es una poblacion de doscientas mil almas y este total lo componen árabes, turcos, griegos, asirios, cotos, armenios, judíos, europeos, y otras nacionalidades que andan revueltas, confundidas, atropellándose, gritando, ensordeciendo al viajero. Los trages son diferentes: unos hombres aparecen cubiertos de largos jaiques; otros llevan capas blancas; unos usan el turbante blanco ó de colores, otros se adornan con el primitivo gorro egipcio, de tinte grana; y otros, en fin, esconden su cabeza en una cosa inesplicable, en una especie de harapo que ni es turbante, ni capucha, ni pañuelo, ni banda.

Alejandría tiene un colorido enteramente africano: colorido desapacible, crudo, si bien analizando luego la ciudad los tonos se templan y aun aparecen cuadros parciales impregnados en cierta vaguedad bellísima que nada ofrece de

cómun con el primer panorama del puerto y de los montes.

La cabalgadura que nos habian traído parecíanos demasiado ridícula, por mas que en Alejandría se halla en boga; y teniendo en cuenta que el guía era conocedor de la ciudad, fácil nos fué alquilar una elegante berlina de plaza, semejante á las de Paris. En cuanto al cochero, los de Alejandría no han abandonado el vistoso traje indígena, lo que en cierto modo constituye una anomalía. El árabe nos lo figuramos sentado en la giba de un camello ó galopando sobre un fogoso caballo; pero visto en el pescante de un coche pierde indudablemente lo pintoresco de su *carácter*.

Mi amigo Salvador sostenia este principio á las mil maravillas.

Hubimos de sufrir la especie de anomalía de que he hablado, y subiendo á la berlina nos dirigimos á la fonda.

La puerta del hotel estaba completamente obstruida por una abigarrada turba que á nuestra llegada comenzó á pronunciar sonidos guturales. Mis conocimientos lingüísticos no alcanzan hasta el idioma árabe, pero multitud de manos estendidas demostraban muy claro cuál era el sentido de aquellos acentos. ¡Pedian todos! ¿Y quién no pide en Alejandría? Desde el puerto á la fonda observamos que esta costumbre se halla en su apogeo. Mugerres, niños, jóvenes, ancianos, todos se agrupan al transeunte; todos muestran la cavidad de sus manos; todos enseñan con una sonrisa indescriptible sus dientes blanquísimos entre los oscuros lábios, pero aquellas sonrisas más parecen amenazas; más parecen el símbolo de una sombría desesperacion.

¡Pobre pueblo el que sufre el palo y vive demandando limosna!

Y sin embargo, ¿quién sabe si los artistas han alcanzado desde entonces el Paraíso? ¿Al menos la línea de horizonte que existe entre mundos opuestos de la ciencia?

La historia de la pintura en el mundo ha sido una sucesión de épocas de esplendor y de decadencia. En el mundo de los siglos, la pintura que se creaba, se creaba en un mundo de esplendor y de decadencia.

XX.

Entre las legiones de artistas que el Oriente ha dado al mundo, el Oriente ha dado al mundo el Oriente de los siglos. Entre las legiones de artistas que el Oriente ha dado al mundo, el Oriente ha dado al mundo el Oriente de los siglos.

Con razón adivinaba que podía recibir impresiones bellas en este país. Si poco há lamentaba que la primera de aquellas fuese dolorosa, justo es confesar que la compensación ha venido á borrar en gran manera las sombras de mi espíritu.

Alejandro tiene su lado bueno; sin que yo me precie de optimista, puedo asegurar que hasta ahora, y salvo las escenas que ya he consignado, todo me parece hermoso, magnífico, admirable.

Estamos en el Oriente y esta es bastante recomendación. Estamos en el Oriente de los artistas, en el país de la luz, de los efectos, de la pintura.

Arte en el cielo, en la tierra, en las calles.... en todo.

La pintura ha encontrado en mi mente una comunicación intensa: hoy me juzgo pintor, siquiera en ideas y apreciaciones, y de aquí la manera de ver los objetos.

Achaque es sobrado monótono eso de comparar las escenas de grandeza con los cuentos de las *Mil y una noches*. Diríase que la semejanza peca de trivial en fuerza de repetirse como un obligado estrivillo; pero en honor á la imparcialidad protesto contra todo pensamiento que pueda servir de mancha ó de ligera sombra al simil en cuestion. Las *Mil y una noches* constituyen una verdad en Egipto. Alejandro con sus encantos y sus misterios es, apesar de las conquistas del progreso, la continuación del pueblo de las *Mil y una noches*, que escucha todavía las relaciones de aquella muger astuta que salvó su vida distraendo con sabrosa plática al famoso Príncipe.

Y sin embargo ¡cuantos siglos han transcurrido desde entónces! Pero ¿cuál es la línea divisoria que existe entre ambos espacios de tiempo?

¡Quién sabe!

La historia ha marcado una por una las horas caídas en el abismo de los años. La mirada que escudriña, apenas encuentra esa señal que separa dos civilizaciones.

Entre las leyendas de aquel libro y el Oriente de hoy, la diferencia es escasa. Mas todavía; el Oriente de hoy es en cierto modo el de las *Mil y una noches*. Tiene su magnificencia, su fantasía, su imaginación apasionada, su quietismo, su inercia fatal.....

Quitemos al Oriente, representado por Egipto, la obra de Lesseps y encontramos el pueblo de Mahoma en su tradicional manera de ser.

Sin embargo, la transformación que ha sufrido Alejandría es en extremo notable: el *baño europeo* ha profundizado más de lo que pudiera creerse.

Dos aspectos distintos resaltan á la investigación del viajero; el consorcio de Europa con Africa; la mezcla de dos civilizaciones, de dos mundos.

Hay multitud de calles estrechas, retorcidas, sucias, féas, adornadas con edificios que muestran en sus fachadas arabescos primorosos, puertas de arco, ventanas de celosías, patios sombríos, recatados, fantásticos.

Hay mezquitas preciosas, desde cuyas torres el *muezzin* llama á la oración á los hijos de Mahoma.....

Hay bazares que deslumbran, donde el judío ó el egipcio, fumando en la clásica pipa, acurrucado con lánguida pereza ofrece al comprador telas, armas, perfumes, joyas, caprichos infinitos de fabuloso valor.

Hay camellos que en ordenadas recuas recorren la población y ocupan las plazas, tal como aparecen en los cuadros de Rembrandt, ó dibujan fuera de la ciudad su perfil sinuoso, en un horizonte limpio, trayendo á la memoria la *caravana* que cruza el desierto y cuyas aventuras hemos leído tantas veces.

Tal es la población árabe.

Á su lado y confundida con ella está la Europa del siglo XIX en toda su grandeza. La plaza de los *Cónsules* es magnífica y posee hermosas construcciones completamente occidentales. Las fondas, los establecimientos de comercio se edifican entre los *canes* y los bazares; el pantalón ajustado y la levita se pasean junto al turbante y el jaique; la *carretela Dumont* alterna con el caballo argelino ricamente enjaezado; y al par que se escucha el dialecto turco, escúchase también el francés y el italiano.

Esta es una de las grandes obras de la humanidad; y por una singular coincidencia los elementos del conjunto, armonizan de tal manera, que lejos de chocar y destruirse crecen y se desarrollan.

Las nacionalidades están mezcladas pero no perecen; cada una gira en su órbita respectiva, sin que puedan perjudicarle las otras que halla á su lado.

El problema de la fraternidad universal se encuentra resuelto en Alejandría.

Véase cómo he conseguido olvidar la impresión del *garrote*.

Cada pueblo tiene sus *lunares*. Disculpemos el que he indicado.

Paseo obligado de todos los extranjeros es la columna de *Pompeyo*; así, pues, la tarde de nuestra llegada Salvador y yo nos dirigimos á aquel monumento.

Antes detuvimos el paso para ver las catacumbas donde los primitivos cristianos enseñaban la fé del Redentor, y á cuya obra se atribuye una antigüedad extraordinaria.

Ocupan un suelo arenoso y triste. Las paredes interiores se hallan revestidas de inscripciones y pinturas algo maltratadas por el tiempo, y la impresión que inspiran es tan profunda que no sabría descifrarla.

¡Cuán grande es el secreto de la existencia! En siglos remotos un puñado de hombres predicaron la doctrina del evangelio sobre las arenas del desierto y hoy la semilla arrojada al viento, ha fructificado en la haz de la tierra, y el pueblo que vivía encerrado en la ley de Mahoma, abre sus ciudades y sus campos á Europa, centro del Cristianismo.

Al Sur de Alejandría y en la cumbre de una colina descarnada, se eleva la columna de Pompeyo. Su altura de 115 pies, rompe con gallardía la soledad y presta cierto atractivo á los alrededores.

Era tarde y emprendimos la vuelta á la ciudad, y vimos nuevamente al pueblo árabe con su tradicional aspecto.

En los campos se oían voces alegres; cantares monótonos; ecos de panderetas. Algun jinete envuelto en su flotante jaique, galopaba en una cabalgadura ligera. No lejos, una recua de camellos caminaba hácia Alejandría. Un devoto, sentado delante de la choza construida á orillas del río, repasaba las cuentas de su rosario....

El sol se escondía; los contornos de la ciudad iban debilitándose poco á poco; los murmullos del campo iban muriendo.....

Europa desaparecía de la imaginación ante el conjunto africano.....

¡Estábamos en Oriente!

XXI.

Puerto-Said.

Habíamos vuelto de paseo Salvador y yo: habíamos saboreado sendas tazas de café, como complemento de la comida. Estábamos cansados de la escursion *extra-muros*, y sentados *vis á vis* formábamos mil castillos en el aire.

Unas ideas se encadenaban á otras, y sin la pipa árabe cuyo azulado humo nos envolvía, hubiérase dicho que nos hallábamos en plena Europa.

Y hé aquí que el espíritu de la tristeza se apareció ante nosotros.

De repente callamos; y si un momento antes había encontrado nuestra locuacidad abundante pasto para manifestarse, ahora por una reaccion penosa, el silencio hacia presa en nosotros.

—Estás aburrido? me preguntó Salvador!

—No por cierto; respondí, procurando ocultar mis pensamientos.

—¿Conoces la gran medicina?

—¿Cuál es?

—Viajar.

—¡*Gualah!* exclamé parodiando á los árabes. Tienes razon; yo me la he administrado varias veces.

—¿Y el éxito?

—Siempre ha correspondido á mis esperanzas.

—¿Nos hemos comprendido?

—Perfectamente.

Y así diciendo, me levanté, abrí una maleta, saqué un album y desplegadas sus hojas sobre el velador que ocu-

paba el centro del gabinete, pudimos ver en una hermosa carta geográfica, la tierra de Egipto y la vecina region asiática.

—¿Olvidas el *spleen*? dijo Salvador.

—Por olvidado.

—Entónces, y puesto que este exordio-médico ha surtido buen efecto, dedicaremos algunos instantes á conocer el terreno que hemos visitado y el que nos falta visitar.

—O hablando en otros términos, vamos á tomar una *tintura geográfica*.

—Ni mas ni menos.

Y empezamos á observar.

Egipto, como todos saben, ocupa un extremo del Africa.

A su frente está Asia. Entre ambos continentes habia una lengua de tierra (el Istmo de Suez.) Hoy en lugar de un istmo hay un Canal.

La tierra oponia un dique á la union del Mediterráneo y el Mar Rojo. Abierto el Canal, el consorcio se ha verificado.

La longitud del paso marítimo es de 160 kilómetros próximamente. Su anchura de unos 20 kilómetros.

Como centinelas avanzados del Oriente y del Occidente hay dos poblaciones importantes. Pelusa, célebre en la antigüedad, ocupa el extremo que corresponde al Mediterráneo. Suez el que pertenece al Mar Rojo.

La primera de ambas poblaciones abarca el comercio *occidental*, por decirlo así. La segunda el *oriental*. Ambas son los símbolos tangibles de la civilizacion moderna. Ambas constituyen dos etapas de la nueva vía interoceánica por donde circula la sávia universal.

A un lado el Mediterráneo con sus numerosos puertos, con sus noches bellísimas, con sus olas azules. Al otro, el Mar Rojo, magnífico lago de 300 leguas de longitud y 70 de anchura, con sus aguas inquietas y sus brisas periódicas.

—Basta de geografía; dije á Salvador. ¿Qué nos falta por ver en Alejandría?

—Nada.

—En ese caso, salgamos de aquí.

—¿Y á dónde iremos? ¿A Suez, al Cairo?....

—Vamos á Puerto-Said.

Llegamos á Puerto-Said, y á la vista de la joven ciudad teve ocasion de comprender hasta donde llega la perseverancia del hombre.

—¡Qué lucha la de Fernando Lesseps!

Lucha terrible contra la tierra, contra las preocupaciones, contra las enfermedades, contra todo....

El suelo infecundo rehusaba favorecer al célebre coloso del siglo XIX. El agua faltaba, y su falta siempre sensible, es un martirio inesplicable cuando se trata de un país cálido como Egipto. Las comunicaciones eran difíciles; se carecia de poblaciones, de víveres y de seguridad á la vez que de un centro de operaciones. Era preciso crearlo todo.

Y en efecto, Puerto-Said nació á la luz.

Puerto flotante en su origen, convirtióse poco á poco en un puerto fijo. Creció despues en importancia, y hoy tiene un hermoso fondeadero y una regular poblacion.

Así como brotó del desierto este Puerto-Said, así brotó el agua del seno de la tierra.

Con el agua logróse poseer un elemento poderoso; pero aun quedaba mucho que hacer. Los ejércitos de trabajadores viéronse atacados del cólera y otras enfermedades terribles; y cundió el espanto ante la muerte que arrastraba consigo las esperanzas de llevar á término feliz la obra emprendida.

Sin embargo, las enfermedades fueron combatidas y el desaliento del hombre fué combatido tambien.

La muger, bajo la forma de *hermana de la Caridad*, vino de Francia á morar en el desierto.

Su influjo causó un saludable cambio. La situacion material adquirió distinto aspecto y el espíritu que tan profunda parte toma en las dolencias del cuerpo, comenzó á robustecerse.

El pueblo árabe llegaba á los albores de una nueva vida. La muger se presentaba á sus ojos como nunca la habian soñado aquellos indígenas. Era mas que muger;

era el géneo del bien, que les mostraba un mundo desconocido.

El *fellah* de Egipto creía soñar. Su educación no le había permitido adivinar que la muger representase un papel tan elevado en la vida pública.

El descubrimiento le pareció bellissimo.

Resúmen: los obstáculos desaparecieron y la obra quedó terminada.

Véase el milagro que ha tenido lugar en la ciudad donde nos hallamos.

XXII.

El Cairo.

Breve ha sido nuestra estancia en Puerto-Said. El demonio de la impaciencia se apoderó de nuestra alma, y como niños descontentadizos que ambicionan cuantos juguetes no poseen, comenzamos á soñar con el Cairo y Suez, apenas pasadas las naturales impresiones de nuestro pequeño viaje.

Volvimos á Alejandría, tomamos el tren y cuatro horas mas tarde llegábamos á esta magnífica ciudad.

Del camino mucho bueno pudiera contar; es decir, adivino que pudiera hacerlo, pero la rapidéz del tren no permite que la atención se fije por completo en los paisajes.

El desierto se despliega ante las miradas del viajero. Imponente, sublime, colosal, terrible, estiende á lo lejos sus arenas que brillan bajo los rayos del sol.

En otro lado surgen una especie de montañas de figura regular, y cuyo nombre evoca multitud de recuerdos. Son las *pirámides*, emblema vivo de la vanidad humana; testimonio del poder que ha servido para inmortalizar á los Faraones.

El Cairo se presenta al frente y en ambos lados del camino porcion de aduares, aldeas y casas de campo. El Nilo atraviesa el fértil suelo y bordan sus orillas gran número de palmeras.

El Cairo es la encarnacion viva del Oriente. Alejandría, vanguardia del pueblo árabe, ha perdido mucho de su fisonomía africana. El Cairo ha podido conservarlas y es

probable que la guarde para siempre, á juzgar por las profundas raíces que conserva, no obstante la invasion europea que ha sufrido en estos últimos años.

Prescindo de describir en *detall* esta poblacion. Sus calles son el *specimen* de las calles árabes, esceptuando las recientemente construidas. La multitud que circula por todos lados es en extremo numerosa, como puede adivinarse, sabiendo que la poblacion del Cairo asciende á 500,000 habitantes.

La mascarada que vimos en Alejandría se reproduce aquí, aunque en mayor escala. Mugerres tapadas con una especie de manto negro; judíos adornados con gorros de igual color; turcos que ostentan el *keffíé* grana; egipcios envueltos en desmesurados turbantes; vendedores de baratijas; europeos recostados en esbeltas berlinas; árabes encaramados en el lomo del camello. Tal es lo que se vé en las calles, respecto al movimiento personal. Es decir, el contraste dominando siempre. La mezcla de Europa y Africa revelándose en todos los detalles.

Y sin embargo, es preciso convenir que este maridaje es chocante. En buen hora discúlpese con respecto á Alejandría, pero en el Cairo se le opone la ley de la armonía. El *arte* padece un golpe que no cesa.

—¡Profanacion! decia mi amigo; esta tierra debe conservar eternamente su carácter oriental; sus colores bellísimos; sus tipos indígenas.

Y tenia razon.

Pero desgraciadamente no ha sucedido así. La levita y el sombrero de copa, esas dos aberraciones contemporáneas, han destruido los efectos; han arrebatado á este país su clasicismo; han roto el misterio de Egipto.

Escritas estas notas poco despues de mi llegada, habrán de resentirse de cierta frivolidad disculpable, puesto que no he hecho otra cosa que correr por el laberinto de calles y plazas, sin poder fijar la atencion en los objetos dignos de estudio, que segun noticia cuenta esta ciudad.

Y no debe mentir la fama, porque en nuestro primer paseo á través del Cairo hemes oido al intérprete nombrar diversos edificios públicos de importancia.

Hay un magnífico museo de antigüedades; hay un buen teatro francés; hay un elegante circo ecuestre; hay cómodos hoteles servidos á la europea, y en algunos momentos diríase que habitamos en Paris ó Madrid.

Salvador es incansable.

Después del largo paseo que emprendimos esta mañana, y cuando me hallaba durmiendo la siesta, tuvo la idea de despertarme sin compasión.

—¡Inhumano mortal; le dije: ¿nada supone para tí el sueño de un hombre rendido de calor y de cansancio?

—¿Qué me importa lo que estás hablando? contestó. Si soñabas.....

—Justamente; soñaba.

—Tanto mejor; yo puedo hacer que tu sueño tome un carácter mas dulce, mas delicioso.

—¿Cómo?

—Acabo de descubrir el verdadero paraíso de Mahoma.

—Veo que te has vuelto loco.

—Ven, y calla.

Seguí los pasos de mi amigo; atravesamos el corredor de la fonda; abrimos una puerta y penetramos en un jardín bellissimo. En el centro habia una fuente de piedra; á su alrededor palmeras y otros árboles; en los arriates flores de penetrante perfume, y por todos lados se escuchaban músicas de pájaros; rumores de agua.

Anduvimos mas todavía y llegamos al límite del precioso jardín. Era una elevada pared. Alzamos la vista..... Allí estaba el paraíso.

Una muger árabe, linda y joven, asomada á una ventana de celosías, miraba distraida las copas de los árboles.

A poco bajó sus ojos hácia nosotros y al encontrar dos hombres que la espíaban dejó caer precipitadamente el velo blanco sobre el rostro, y retirándose como asustada, cerró la ventana con estrépito.

Salvador y yo permanecimos largos instantes sin apartar la vista de las hojas cerradas.

Habíamos encontrado el paraíso de Mahoma; pero ¡qué

paraíso! La esclavitud de la muger por el egoismo del hombre!

— Aquel episodio encerraba el misterio de la civilizacion de Oriente.

Caprichoso es el aspecto que esta ciudad ofrece á los ojos del viajero.

Algo hay de maravilloso en la exhibicion *oriental* (este es su nombre esacto) que nos recrea; algo hay de fantástico en el cuadro de la opulenta poblacion.

La pintura hace aquí abundante acopio.

Y en verdad hay bellisimos puntos de vista. En la ciudad pueden estudiarse tipos y costumbres. En el campo un nuevo estudio se ofrece á la imaginacion del artista.

El Cairo encierra muchos objetos notables.

En primer lugar llama la atencion el prodigioso número de mezquitas, que asciende á trescientas. De modo que si el culto está en relacion de esta exhuberancia de templos, no hay duda que el *Profeta* guardará á los hijos del Cairo preferente lugar en el paraíso.

Por mi parte, ignoro hasta qué punto llega la analogía entre la ostentacion religiosa y la religion interna. Solo confesaré que causa una impresion estraña eso de oír á la oracion de la tarde al grave *muezzin* que con los brazos elevados convoca al rezo á los mahometanos. El sentimiento unifica á todos los hombres; una mirada hácia el cielo dice lo bastante para que se comprendan todas las almas.

He advertido que el Cairo tiene trescientas mezquitas, y aunque no trato de hacer una descripcion de todas ellas, bueno será dedicarles cuatro palabras.

— La gran mezquita, decia el *dragoman* que nos acompañaba, es la del Sultan Hassan.

— Vamos allá; contestó Salvador.

— Muchos años hace (hablaba el *dragoman*) que se edificó. Necesitaba el Cairo un modelo para que sus hijos conocieran al Dios único. Mirad si es grande, cuando su espíritu abarca estas naves y esas bóvedas.

¡Dios es grande! ¡Dios es grande!

El *cicerone* tenia razon; y en cuanto á la obra es, en efec-

to, un modelo. Fué construida en el siglo XIV. Su longitud alcanza 150 metros. Su *alminar* pasa de 70 y las paredes aparecen revestidas de aleyas coránicas, cuyos colores vivos constituyen un agradable total.

Una vez admirada la mezquita de Hassan es inútil ver otra alguna, porque decaen en grandeza y elegancia.

No solo merecen una mención honrosa las mezquitas del Cairo: la Ciudadela atrae las miradas del extranjero. La Ciudadela es una población no pequeña, donde existen edificios de todas clases; fuentes, mezquitas, cafés, bazares, jardines.

Aun se conserva en aquel recinto la fortaleza construida por Saladino, y cuya altura permite gozar de un hermoso cuadro, cual es la ciudad á vista de pájaro.

Otra especialidad del Cairo está representada por los *bazares*.

Al visitarlos pensamos en los *bazares* que Teofilo Gautier ha descrito tan magistralmente en su libro *Constantinopla*.

En efecto; la identidad es perfecta: el mismo aspecto exterior; la misma apariencia *ideal* en lo interior. Son sus habitaciones tesoros de valor exorbitante. Alhajas riquísimas; telas de la India; armas de incalculable precio; perfumes asiáticos; caprichos de todas clases. Hé aquí lo que encierran.

Y en medio de tantas riquezaa vése un hombre acurrucado, inmóvil, grave, remedo de una escultura singular. Es el señor de la tienda; es un árabe de luenga barba; un tipo de drama francés, vestido humildemente, que mira con indiferencia á cuantos pasan frente á su nido.

El europeo observa con asombro aquellas maravillas y el mercader responde con una mirada inesplicable. Si se le dirige la palabra, entonces suelta la pipa ó el rosario y contesta á su interlocutor.

Terminado el diálogo, la pipa ó el rosario vuelven á ejercer sus respectivas funciones. Eso es todo.

Así es como comprendemos que el Cairo haya podido conservar su carácter árabe, su fisonomía pura mente africana. El mercader del bazar nos lo esplica.

Imóvil, descuidado, deja que pasen á su lado, no ya el comprador sino las civilizaciones.

Si el comprador adquiere la mercancía, bueno. En el caso negativo ¿qué importa? En ambas situaciones, el resultado es el mismo.

Si las civilizaciones pasan junto al mercader y se detienen para dejarle un beneficio que marque su huella, bueno. Si corren y no se detienen, bueno también.

Total, la indiferencia.

Y ¿cuál es su origen?

El fatalismo.

Mientras el pueblo árabe diga *estaba escrito*, la obra del progreso apenas conseguirá llamar la atención de estas regiones. El árbol será plantado; pero ¿y las raíces?

XXIII.

En el Canal.

Hemos recorrido no ya las calles, los bazares, las plazas, las mezquitas, los palacios de el Cairo: hemos hecho mas todavía; hemos visitado sus alrededores y por último, ansiosos de ver en toda su verdad, en toda su magnificencia la obra del Canal, decidimos embarcarnos en Puerto-Said con direccion á Suez, porque si bien esta excursion parecia oponerse al itinerario comprendido en la palabra *Mediterráneo*, fuerzas convenir que una vez abierto á la navegacion el Canal interoceánico, no se alteraba realmente nuestro plan de viaje, recorriendo la via recién inaugurada, que tanto puede considerarse como un pequeño brazo del Mar Rojo ó como uno del Mediterráneo.

El Cairo desaparecia de nosotros.

El Canal lo reemplazaba.

El Canal de Suez tiene su historia y por consiguiente su pasado, su presente y su porvenir.

La ruptura del Istmo de Suez ha ocupado sucesivamente la atencion de los emperadores romanos, de los reyes de Persia, de los de Egipto, de los califas de Oriente y de Napoleon primero.

La idea, no obstante, era muy distinta de la que ha realizado Mr. Lesseps.

Sesostris limitó sus aspiraciones á unir el Mar Rojo con el Nilo, por un canal; y la obra empezada, algunos de sus descendientes la continuaron, aunque luego vióse abandonada en totalidad.

Napoleon primero visita el Egipto. Aquel hombre em-

prendedor y de clara inteligencia comprende la gigantesca conquista que representaba el paso inter-oceánico á través del desierto, y por orden suya se practican estudios para reconstruir el antiguo Canal.

Los ingenieros declaran irrealizable el proyecto; creyóse que habia desnivel entre las aguas de los dos mares, y la iniciativa de Napoleon desaparece.

Mas tarde, Fernando Lesseps, hizo lo que todo sabemos. El Canal de Suez está terminado.

Parece que su obra ha sido favorecida por la Providencia.

En ella háse notado un fenómeno desconocido hasta el dia. La ruptura del Istmo, apesar de los múltiples trabajos y los titánicos sacrificios que representa, no ha costado la vida á hombre alguno. Desde sus albores se anunciaba como símbolo de paz; como lazo llamado á unir los pueblos.

Noventa y nueve años debe durar la concesion y se consideran propiedad de la *Compañía universal del Canal marítimo de Suez* los terrenos por donde atraviesa el citado Canal.

Otro tanto sucede con los terrenos incultos que la compañía cultive, auxiliada por un canal de riego, originario del Nilo.

El derecho establecido para el pasaje es de diez francos por tonelada, lo que unido á la economía de tiempo que encuentran los buques que se dirijan á Oriente por el nuevo Canal, representa una doble ventaja.

Y esta es ocasion de que consagré al Canal algunas líneas.

Frente á Puerto-Said (entrada del Canal) se ha formado una hermosa ensenada construida con bloques artificiales, y dispuesta de modo que sirve para proteger la entrada oriental.

Dicha ensenada afecta la figura de un ángulo cuyos lados, que arrancan de distintos puntos de la playa, tienen próximamente el uno 1900 y el otro 2300 metros de longitud, constituyendo el vértice una abertura de 400 metros.

Puerto-Said tiene tres fodeaderos: el del *Comercio*; el del *Scheriffy* el del *Arsenal*. Sus profundidades son de 6 y 7 ú 8 metros. El último sirve para las reparaciones de los buques.

Saliendo de Puerto-Said y siguiendo el Canal en una estension de 14 kilómetros, se halla en medio del lago *Menzaleh*, la estacion de *Raz-el-Eich*. Mas léjos, á distancia de 31 kilómetros de este punto está *Kantara*, fuera del lago *Menzaleh*. A continuacion aparecen numerosas dunas ó montes de arena.

El suelo recobra despues la monotonía de los grandes llanos. A los 62 kilómetros de Puerto-Said, aparece la trinchera de *El Guisr* que estrecha, durante una línea de 10 á 12 kilómetros, los bordes del Canal entre elevados cortes.

La estension total es de 160 kilómetros.

Pasado este valle artificial se llega al lago *Timsah*. En su estremo se eleva *Ismailia*. Siguen los lagos *Amargos* y finalmente, la ondulosa línea de la nueva vía continúa sin objeto notable hasta Suez.

He dicho sin *objeto notable*; mas téngase en cuenta que al espresarme así no me refiero al paisaje, porque este no halla rival en el mundo.

Cuando regresamos á Alejandria la primer persona que vimos fué Jacob.

El *Neptuno* habia fondeado en el puerto dos dias antes, y Serafin siguiendo mis instrucciones, que le habia dado en Malta, aguardaba nuestro retorno.

Grande alegría nos produjo la presencia del fiel camare-ro, y otro tanto debemos decir respecto al valiente capitán.

El *Neptuno*, perfectamente reparado de sus averias, mecíase apenas sobre las aguas.

Los equipajes fueron llevados á bordo, y aquella noche zarpamos con rumbo á Palestina.

XXIV.

Día 15 de Agosto de 1870.

Reunidos de nuevo á bordo del *Neptuno* Salvador, Serafin y yo, reanudáronse, como era natural, las memorias de la terrible borrasca que en tan grave apuro habia puesto nuestras vidas.

Cada uno de nosotros hacia comentarios distintos, y todos terminaban con una recíproca felicitacion por la buena suerte que en resúmen nos habia favorecido.

Serafin lamentaba con frecuencia durante aquel diálogo la falta de un sistema de salvamento que sirviera á los navegantes del Mediterráneo, y Salvador, curioso como de costumbre, enristró el lápiz, abrió el álbum y aguardó algun dato que mereciese la pena de ser consignado.

El bueno del capitan sonrió ante la mímica de nuestro compañero y le dijo:

—¿Qué significa ese aparato?

—Significa, repuso aquel, que espero una esplicacion, como consecuencia de las palabras pronunciadas hace un instante, y segun las cuales nuestro Mediterráneo ha olvidado algo trascendental.

—Es cierto, señor historiador. Los pueblos del Mediterráneo, que llevan la iniciativa en la inauguracion de las grandes conquistas de la humanidad; que aparecen á la cabeza de todos los pueblos por las manifestaciones de la civilizacion, han prescindido del *arte de salvar buques*.

El salvamento de buques es la representacion del amor bajo la forma del heroismo, y bien lo acredita el número de víctimas de su valor, que cuentan las sociedades establecidas con aquel fin.

El arte de salvar es antiquísimo.

Los rompe-olas, los muelles, las semáforas, etc., son otros tantos medios que contribuyen á tan noble taréa, así como el descubrimiento de la brújula, las cartas de navegación, el perfeccionamiento de las naves y los estudios geográficos é hidrográficos.

En cuanto á los pormenores, solo sabemos que en tiempos remotos se promulgaron en China estatutos imperiales sobre el socorro de buques, resultando, púes, que no ha sido el Mediterráneo el que dió nacimiento al arte de salvar.

En 1720 se creó en Paris un servicio de asfixia por submersion, que despues halló imitadores en otros paises.

Un habitante de la isla de Man (Inglaterra, mar de Irlanda) dió los primeros pasos para fundar una sociedad de salvamento llamada *Sociedad humana*.

En 1824 se creó la primera sociedad de esta clase en Inglaterra.

Francia sigue el ejemplo de Inglaterra, pero en el Mediterráneo cuenta únicamente la de Marsella, inaugurada en 1863.

No trato de analizar en sus pormenores la existencia de estas asociaciones: me contentaré con recomendar á usted para su estudio algunas de las obras que se ocupan de la virtud heroica de salvar.

—Es demasiado reducido ese discurso; observó Salvador.

—Basta, sin embargo, puesto que el asunto de que tratamos es casi ajeno al Mediterráneo.

—Me conformo; pero desearia, amigo Seráfin, conocer las obras á que se referia usted.

—Pocas son las que he consultado. Ahora recuerdo las tituladas *Naufrages et sauvetages* por G. de la Landelle; *Les accidents de mer* por Lissignol; *Guide pratique de sauvetage* por el capitan Conseil y *Annales de sauvetage maritime*.

—¡Magnífico repertorio!

—Es un tesoro, rico de páginas admirables, cuya lectura hace olvidar las tristes miserias de la vida y los sombríos crímenes que impurifican el progreso.

—A propósito, dije ¿y aquella joven inglesa que salvaste cerca de Malta?

—¡Lélia!..... respondió el capitán.

—Sí, sí.

—Es una historia.....

—¿Una historia?

—Que no ha contado, dijo Salvador.

—Perdonad, amigos míos, pero se trata de un asunto que á vuestros ojos no puede tener importancia.

—Te equivocas, insistí: basta que se relacione contigo para que nos inspire interés.

—Entonces seré franco: Lélia y yo tenemos relaciones amorosas y creo que adoro á esa muger.

—¡Hombre! eso es grave.

—¡Oh! Hablo formalmente. Lélia reúne condiciones tan notables, que la constituyen en una criatura digna de profundo cariño. Es viuda: su padre era el caballero inglés en cuya casa de Gibraltar estuvo largo tiempo Jacob. Aquel anciano quiso que su hija se casara con un íntimo amigo de bastante edad y Lélia, dócil á los deseos de su padre, fué esposa de un hombre que casi le triplicaba los años. Pocos meses despues de celebrada la boda murió el padre de Lélia y algunos dias mas tarde el marido, quedando la hermosa viuda sola en Gibraltar y dueña de sus acciones y de una respetable fortuna.

Transcurrido un año se disponia á marchar á Atenas donde por única familia tiene un hermano comerciante.

La tempestad que sobrevino en la travesía sirvió para iniciar nuestras relaciones.

Jacob me ha dado excelentes informes de Lélia; espero encontrarla en Atenas y adivino en todo esto un desenlace de verdadera trascendencia.

¿Qué mas quereis saber?

Pocas palabras respondimos; y sin embargo Salvador, lo mismo que yo deseábamos llegar á las costas de Grecia, adivinando como decia Serafin, un desenlace en la grata historia cuyo primer capítulo habia tenido por teatro la móvil superficie del Mediterráneo.

XXV.

— Cuando zarpamos de Alejandria pusimos rumbo á Jaffa, siendo estremado el contento de mis amigos, que soñaban con la hermosa tierra de Palestina. Pero su sorpresa fué considerable tan luego como les comuniqué mi resolucion de no desembarcar en puerto alguno.

—¿Es posible que tu indiferencia por la cuna del Cristianismo llegue á tal extremo? me dijo Salvador.

—Te equivocas, respondí. Proyecto un viage minucioso, detenido, á Tierra Santa; espero antes de mucho tiempo ver sus monumentos, estudiar sus memorias, rehacer en mi espíritu las páginas de su pasado, y no quiero profanar ahora ese culto futuro, concretándome á una visita demasiado breve.

—¡Egoísta!

—No merezco ese título. El *Neptuno* está á vuestras órdenes. Entrad en Jaffa; recorred cuanto os agrade de la costa y del interior; y yo quedaré mientras á bordo.

—Sin tí, no desembarcaríamos.

—En tal caso, respetad mi capricho y contentaos con saludar desde aquí las montañas de Judéa y dentro de algunas horas las cumbres del Líbano.

—Soy de tu opinion, dijo Serafin: la Tierra Santa posee tal prestigio que es preferible retardar su visita en vez de consagrarle una escursion ligera.

—Verdaderamente hay algo de eso, añadió Salvador; y puesto que así está convenido, paciencia.

—¡Desgraciado país! repuso el capitan. ¡Qué de transformaciones ha experimentado desde los siglos mas remotos!

La Palestina que veremos mañana, parece que sufre el peso de una maldición. En tiempo de los hebreos era estremadamente fértil; producía miel, trigo, aceite, bálsamo, vino y frutas. Llamóse *Tierra de Canaan*; luego *Tierra prometida*; después *Tierra de Israel*.

Bajo el dominio de los romanos dividióse en tres provincias.

Los mahometanos la invadieron á la mitad del siglo VII. Los Cruzados fundaron en ella durante el siglo XI diferentes estados cristianos que sucesivamente cayeron en poder de aquellos y hoy, conocida es su situación; el gobierno turco impera en Palestina y solo á la perseverancia y á la fé de un puñado de hombres que con sus oraciones mantienen la supremacía de sus principios, se debe que los Santos Lugares no hayan pasado á manos profanas.

—Olvida usted, dijo Salvador, una parte integrante de ese país.

—¿Cuál?

—La Siria, que tan importante papel ha representado en otras épocas.

—Es verdad.

—Y que, como usted sabe, comprende la antigua Fenicia, Palestina y Palmira.

—Es exactamente; y añadiré que el monte Líbano la atraviesa en su region occidental, estendiéndose desde el rio Orontes, prócsimo á Antioquía, hasta cerca de la histórica Tiro, y que de aquellas montañas se desprende la cordillera del Anti-Líbano, que llega al *Mar Muerto*.

—Completaremos estas observaciones, insistió Salvador, mencionando que los sirios fueron gobernados por muchos reyes; que en la costa meridional del país se establecieron los fenicios; que Siria fué conquistada por los asirios y luego por los persas; que á la muerte de Alejandro el Grande, dió esa comarca nombre al reino de los Seleucidas, siendo reducida á provincia romana el año 65 antes de Jesucristo; conquistada en el siglo VII por los árabes, y poseída hoy por los turcos.

—A propósito, interrumpí: la mencion hecha del Líbano,

trae naturalmente á la memoria dos poblaciones enemigas que viven en esas montañas.

—No continúes, dijo Salvador: voy á contestarte, pues supongo que tu alusion se dirige á los maronitas y los drusos.

—Has acertado.

—La secta de los drusos sigue las doctrinas del kalifa Haken. Su nombre se deriva, segun unos, de *Durzi*, apostol del kalifa; y segun otros del verbo *darass* (estudiar.) Desde niños reciben los drusos una educacion especial. Mientras su cuerpo se acostumbra á todo género de luchas y fatigas, su espíritu se nutre con ideas de esterminio á los cristianos.

En oposicion á este pueblo, aparecen los maronitas, que se dice proceden de los proscriptos que huyendo de Cosroes buscaron asilo en el Líbano cuando Heraclio perdió la Siria.

Tomaron su nombre de Maron, venerable religioso que, constituido Patriarca, se estableció en *Kanobin*, monasterio fundado por Teodoro el Grande.

Los maronitas reconocen la iglesia romana y viven en doscientos conventos y en varias cuevas del monte.

San Luis los colocó bajo la proteccion de Francia. Napoleon I los reconocia como franceses, y Napoleon III envió tropas en su auxilio cuando tuvieron lugar en 1860 los asesinatos cometidos en sus personas por los implacables drusos.

Establecida en el siglo X la religion de Haken, una de cuyas bases es la destruccion de los cristianos, sufrieron los maronitas el fanatismo de sus vecinos, que la presencia de los Cruzados contuvo, aunque temporalmente.

Los turcos, ya con un pretesto, ya con otro, han sido en todo tiempo enemigos de ese pueblo cristiano, que subsiste espuesto á un odio constante, digno de fijar seriamente la atencion de Europa.

—Sin embargo, respondí; las circunstancias de la misma Europa hacen que en nuestra época utilitaria y á la vez dada á luchas políticas, no se preocupen los gobiernos de ciertos asuntos.

—¡Pobre sociedad! Siempre el mismo combate, y pocas veces el criterio razonado y juicioso.

XXVI.

Día 16 de Agosto de 1870.

Estábamos á la vista de la antigua Judéa.

Sus montes se presentaban ante nosotros en una línea perfectamente limpia y ondulosa.

Eran la barrera de una gran ciudad; Jerusalen.

Hé aqui el nombre sublime del Cristianismo; la palanca poderosa de las civilizaciones.

Salvador dirigiendo el anteojo á la costa murmuró:

—¡Jerusalen!

—¡Jerusalen! repetimos Serafín y yo.

—¡Jerusalen! ¡Roma! decia Salvador, como abstraído en un pensamiento.

—Los dos eslabones, contesté, de la historia universal; las dos figuras que absorven la atencion del mundo.

—Pero ¡qué diferencia entre los papeles que han representado; entre las evoluciones que han sufrido! añadió Salvador.

Roma, átomo en su origen, fué en el trascurso de los tiempos, el pueblo-gigante del universo. Llenaba el mundo con su nombre. El águila de sus banderas simbolizaba acaso la grandeza de este pueblo: *volar*.

Roma era para las naciones de la antigüedad lo que el águila para el resto de las aves.

Los poderes de la tierra habian llegado á compendiarse en una palabra, en una fórmula; *Roma*.

Y sin embargo, su prestigio no podia subsistir demasiado; sus signos de esplendor debian caer por tierra, pues

la fantasmagoría con que alumbraba al orbe se asentaba sobre cimientos débiles.

Los siglos corrian; los hombres experimentaban necesidades nuevas, y la *gran ciudad*, la Roma que absorvía en su nombre la admiración de la humanidad entera, no acertaba á satisfacer las exigencias de las generaciones que nacían á la luz, y que obedeciendo á una misteriosa ley impresa por Dios en el alma y aprendiendo en la ciencia de las gentes que las habían precedido, gritaban ¡*más!*

Roma había llegado al límite de su ciencia y respondía ¡*bastá!*

Y entre el espíritu humano que aspiraba al *más* de lo desconocido y la civilización de Roma que no podía colmar el vacío del hombre, se estableció una lucha desesperada.

Entretanto, un hombre había nacido en un pequeño pueblo de Galilea.

Su nombre era Jesús; su misión redimir á la humanidad; su progenie, Dios.

El hijo de Dios termina la lucha entre la ciencia, limitada hasta entonces, y el invencible anhelo que gritaba al hombre ¡*más!* ¡*más!*

Y la termina con su palabra que descubre mundos enteros á la inteligencia; y su palabra y su predicación son tales, que las antiguas creencias del mundo pagano caen rodando, y las barreras que separaban á los hombres entre sí, dejan paso á una idea, emblema de un porvenir maravilloso; la *libertad*.

La verdadera civilización empieza en Jesucristo.

Roma no había podido responder á las exigencias de su pueblo, porque su religión era exclusiva, limitada á un cierto grado de ilustración. Jesucristo, en cambio, ofrece al universo una religión que acompañando al hombre en todos sus estados, responde maravillosamente á sus necesidades.

Aquella Roma que guardaba en su seno el fastuoso Olimpo de divinidades importadas de Grecia, Egipto y otros pueblos, cayó en pedazos, sepultando bajo sus escombros las imágenes de sus ídolos; pero al mismo tiempo un culto desconocido, cuyo símbolo era la cruz, surgía de las ruinas

del pueblo rey; la Cruz del Cristianismo que abriendo sus brazos á la humanidad, ofrecía un mundo de amor, un porvenir luminoso.

El culto de sangre, la religion de sacrificios conocida hasta entónces, dejaba su puesto á un culto de paz, donde no podian hallar eco las venganzas ni la muerte.

Jesucristo es admirado desde sus primeros años en las comarcas que visita. Una muchedumbre lo sigue y lo rodea continuamente. Su voz es escuchada como las notas del salterio; como la lira eólica que llena de acentos melodiosos el espacio donde se agita.

Pero las veleidades de la criatura rompen un dia el valladar de sus creencias, y Jesucristo es conducido á Jerusalem cual miserable asesino, y expia sobre la roca del Calvario el *delito* de su amor universal.

Jesucristo muerto en el Gólgota, ha vivido, vive y vivirá en las generaciones. Es la fórmula, el principio y el fin de la existencia espiritual; el *alma* de la civilizacion.

Salvador guardó silencio. Serafin miraba distraido la costa vecina, pero la espresion de su semblante demostraba que en su alma tenia lugar una lucha con algun pensamiento. De pronto dijo:

—Grandiosa es la evolucion llevada á término por Jesucristo. El Mediterráneo debia llamarse desde la Noche-Buena el *Mar sagrado*, pues él ha conducido la civilizacion verdadera de la tierra de Palestina á todo el globo; pero desde aquella noche iguales han sido las fases porque ha pasado la humanidad?

—Triste y á la par compleja es la respuesta, repuso Salvador. Los siglos en su marcha constante han puesto de manifiesto hasta donde llegan la ceguedad, el orgullo, la ambicion, las pasiones del hombre.

La humanidad avanza y retrocede á un tiempo: conquista y pierde; se ennoblece y se prostituye, y al sentir sus movimientos encontrados, al notar el flujo y reflujo de los pueblos, no es difícil dudar un instante que se halla muy lejos el término feliz, la última etapa de su viaje perdurable.

—Sin embargo, añadió: tengamos fé: aun es tiempo.

Nuestros antepasados nos han legado los tesoros de su experiencia y sabiduría. Estudiemos el *ayer* y habremos resuelto el problema del *mañana*.

No hablamos más.

Aquel recuerdo histórico frente á las costas de Palestina encerraba algo de grande y misterioso.

¿Quiénes éramos nosotros, navegantes de un día, para levantar así nuestra voz en presencia de la pátria de Jesucristo? Eramos tres hombres de buena fé que protestaban en su impotencia contra las aberraciones de la humanidad.

Pero nuestras palabras habíanse apagado en el rumor de las olas y entretanto la embarcacion que nos conducia á través del Mediterráneo, azotaba inquieta con los férreos brazos de la hélice las aguas azules, y la chimenea arrojaba torrentes de humo.

—¡Todos á sus puestos! exclamó Serafin abandonando la tristeza que lo embargaba. ¡Izad las banderas!

A los pocos instantes el *Neptuno* apareció empavesado y la tripulacion formada y silenciosa

—¡Hurra por la Tierra Santa! gritó el capitan agitando en alto su sombrero.

—¡Hurra! contestamos con frenesí, poseidos de sentimientos inesplicables, y enviamos una postrer mirada á la costa que desaparecia entre las brumas de la tarde.

XXVII.

Nuestro paseo á través del Mediterráneo continuaba bajo los mas felices auspicios. Esceptuando la tempestad que sufrimos á la salida de Túnez, ningun accidente habia venido á turbar las horas risueñas del viaje.

Mis camaradas eran verdaderos hermanos, de modo que una armonía recíproca nos enlazaba íntimamente.

La tripulacion cumplia sus deberes con el agrado que inspira un buen jefe y en cuanto al *Neptuno*, demostraba de dia en dia sus escelentes condiciones. Ni los tiempos duros, ni los vientos contrarios, eran motivo para que el precioso yack detuviera su marcha.

Durante las calmas, se deslizaba magestuoso y reposado sobre la superficie del mar, sin descubrir el mas mínimo balance; y cuando las olas agitadas rompian en espuma, entónces atrevido, pero dócil al timon que marcaba su rumbo, las acometia, las desbarataba, las hendia con la proa, se bañaba en sus líquidas montañas, envolvíase en ellas y arrojándolas detrás de sí, merced al vigor de su carrera, aparecia vencedor una y otra vez.

Entretanto, las noticias relativas á los distintos puntos que visitábamos, acrecian mas y mas.

¡Cuántos tesoros! ¡cuántas lecciones revelaban las costas con sus pueblos, sus curiosidades, sus monumentos, su pasado y su presente, mientras que el Mediterráneo iba mostrando ante nuestras investigaciones sus misterios y sus maravillas!

Salvador habia manifestado con la impaciencia que le era habitual cuando se trataba de asuntos científicos, que

nuestro amigo Serafin nada nos decia acerca de la vida de los peces.

—Hasta ahora, hablaba un día Salvador, hemos recibido preciosos datos, gracias á los conocimientos del capitan; pero encuentro un vacío que es indispensable que desaparezca.

—¿De qué se trata? replicó Serafin.

—De una noción ictiológica que me permita formar el catálogo de los peces que principalmente habitan ó frecuentan las aguas del Mediterráneo.

—Es cierto; y para complacer tan justa exigencia voy á torturar mi memoria.

No era difícil empresa para nuestro capitan lo que él llamaba *torturar* la memoria. Esta facultad respondió como de costumbre, á su extraordinario desarrollo, y pocos momentos despues decia á Salvador:

—Veo á usted provisto del lápiz, lo cual significa que desea conservar los pocos nombres que le dicte.

—Ciertamente, repuso el aludido.

—Empecemos, pero conste que faltarán algunos peces en la lista. De todos modos, los principales son los siguientes:

Anguila, Araña, Austriaco, Aguja, Alfiler, Angelote, Alitan, Abadejo, Atun, Albacora, Armado, Anchoa, Albur, Arete, Besugo, Bocinegro, Borriquete, Bodion, Bruja, Baila, Berrugate, Borracho, Bausel, Boqueron, Barbo, Bramante, Bocaus, Buñuelo, Bacalao, Babosa, Brótola, Boga, Bobon, Breca, Bonito, Boquidulce, Burás, Cabrilla, Corbina, Castañuela, Corseta, Corva, Caballo, Caballa, Cerda, Cabete, Cabezudo, Capitan, Caballito, Caella, Cazon, Clavo, Cochino, Cornudilla, Calamar, Caramelo, Cayote, Corre-playas, Corneta, Cóngrio, Culebra, Caboso, Canqueso, Cuarto, Cachucho, Corbinata, Denton, Doblada, Dragon, Doblada, Dorada, Doncella, Escarapelo, Estornillo, Espeton, Escolar, Emperador, Espadarte, Cherma, Choa, Chopa, Chova, Chuela, Cholveta, Choco, Chucho, Faneca, Fajoa, Ferron, Garneo, Golondrina, Gallito del Rey, Guitarra, Gasula, Garapello, Gallineta, Galludo,

Higo, Jaqueton, Jivia, Judío, Japuta, Jurel, Lacha, Lisa Lirio, Loro, Lampréa, Lopena, Lengua, Lagarto, Lenguado, Marrajo, Mula, Mermejuela, Mola, Mirlan, Mielga, Mozuela, Mero, Matasoldados, Melva, Mosquitero, Morena, Morenata, Mojarra, Morro, Negra, Noriega, Oblada, Ochavo, Peto, Pámpano, Pescador, Pescadilla, Pegador, Peludo en randa, Page, Pachan, Pagél, Pargo, Palometa, Pez limon, Pez clavo, Pez rey, Pez plata, Pez erizo, Pez de redoma, Pez peine, Pez perro, Pez obispo, Pez martillo, Pez San Pedro, Pez espada, Pez sable, Pez diablo, Pez de Mahoma, Paneca, Platija, Pollo, Pijotilla, Pota, Peralta, Pulpo, Pintarroja, Pito real, Picudo, Punzon, Kelves, Kelvacho, Rape, Raya, Romaguera, Rata, Rémora, Rescacio, Rodaballo, Rondanil, Robalo, Roncador, Romerito, Rapete, Regel, Rubio, Rodador, Sábalo, Salton, Saboga, Sardina, Salmonete, Salpa, Salpa jurel, Serrana, Sabía, Salema, Sama, Sargo, Soldado, Solleta, Salvaje, Sapo, Sollo, Tambor, Torillo, Trasalte, Tromperero, Trompetero, Tollo, Tintorera, Taburon, Tordillo, Tremielga, Tonina, Tordo, Urta, Vaqueta, Vaquilla, Volador, Zafio y Zorzal.

—¡Doscientos veintiun nombres! dije admirado.

—¡Doscientos veintiuno! repetía Salvador, y estrechando la mano de Serafín, repuso con tono solemne:

—¡Esto no necesita comentarios!

XXVIII.

Amanecía el 18 de Agosto.

El *Neptuno* caminaba á doce millas de la tierra.

Salvador que siguiendo su invariable costumbre abandonaba la litera desde las primeras horas del dia, paseaba por el alcázar de popa, entretenido en instructiva plática con nuestro buen capitán.

Pero sin duda echaba de menos mi presencia, puesto que olvidando mis antiguas prácticas bajó á la Cámara y sin que mi sueño profundo fuese bastante á conmover su alma científica, gritó fuertemente á mi oído y sacudióme con ímpetu hasta despertarme.

—¿Quién anda ahí? murmuré sorprendido.

—Soy yo; repuso mi amigo, riendo á mas y mejor. Levántate, perezoso eterno.

—¿Quieres dejarme en paz, viejo lobo?

—¡En paz! Cuando se viaja es preciso olvidar la vida regalada: conque, lo dicho.

—¡Pero hombre!

—Nada, nada. Levántate, porque mi visita á esta hora tiene un fundamento.

—¿Qué?

—Se trata de ver pescar la esponja. Hay á pocas brazas del yack algunas embarcaciones ocupadas en esa industria.

—Entónces, me someto á tu voluntad.

Quince minutos mas tarde, Salvador, Serafin y yo, colocados en el puente del *Neptuno* que durante media hora estuvo su marcha, pudimos seguir con esactitud los accidentes de la pesca.

FONDO ANGEL FERRARI

—Capitan, dijo Salvador ¿la esponja es un producto esclusivo del Mediterráneo?

—No, amigo mio; contestó Serafin. Las de mejor calidad abundan en las regiones templadas y sobre todo en el Mediterráneo, pero las hay en el mar Rojo, en el de las Indias, en el Atlántico, en el golfo de Méjico y en las zonas australes.

—Dispense V. si insisto..... ¿Qué es la esponja? Y formulo esta pregunta porque nunca he oido una explicacion que satisfaga mi curiosidad.

—Efectivamente; la esponja es un cuerpo que aunque conocido de todo el mundo, no ha inspirado siempre una idea clara y precisa respecto á su naturaleza. Unos lo consideran como animal; otros como vegetal y otros como la estancia ó refugio de pequeños seres que viven en sus múltiples cavidades.

—Y ¿sabremos, en resúmen, á qué atenernos?

—La opinion que hoy subsiste es la que coloca á la esponja en el último escalon del reino animal.

—Todavía falta.....

—¿Su descripcion?

—No es eso: ¿quién desconoce la esponja?

—Entónces.....

—Lo que falta es algo relativo á su estraccion del fondo de las aguas.

—Puesto que nos hallamos en el Mediterráneo, natural parece que fijemos la atencion en la manera de pescarla en este mar.

Los sirios y los griegos recogen la esponja en la costa comprendida desde Alejandretta hasta Beirút.

La pesca se inaugura en mayo y acaba en setiembre para los sirios; y en cuanto á los griegos, aunque empieza en el mismo mes termina en agosto.

—No me esplico esa diferencia de treinta dias.

—Es fácil de adivinar: los griegos desean volver á su pais antes que el equinoccio de otoño les amenace con sus peligros. Los griegos, en número de diez y seis ó veinte, fondean en cualquiera de los puertos de Siria. Dejan allí el

buque á cuyo bordo han hecho la travesía. Alquilan pequeñas barcas. Distribuyen en cada una cuatro ó cinco hombres y cuando llegan al lugar oportuno, se sumergen en el mar los tripulantes, guardando un turno riguroso y provistos de afilados cuchillos con los cuales separan las esponjas de las piedras donde viven.

Los pescadores de otros pueblos, en vez de sumergirse usan una draga compuesta de un saco de malla y de tres cuchillas, cortantes y encorvadas. Este aparato pasa sobre la esponja; las cuchillas la arrancan de las rocas y la red la recibe en su fondo.

Esta operacion reclama que el mar esté completamente sereno; y á fin de conseguirlo, arrojan los pescadores en rededor de las barcas puñados de arena y aceite para evitar que las aguas formen ondulaciones, á la vez que para distinguir en el fondo del Mediterráneo el cuerpo que intentan estraer.

Enterado Salvador de cuanto deseaba, dió las gracias al capitan.

Las paletas de la hélice rodaron nuevamente sobre las olas tranquilas y poco despues los pescadores de esponjas desaparecian del alcance de nuestras miradas.

La isla de Chipre tiene ciento veinte mil almas y la de Rodas encierra treinta mil habitantes, de los cuales unos quince mil corresponden á la capital.

Rodas es un pueblo sombrío, cubierto de ruinas que muestran en las inscripciones latinas, en las ogivas de las ventanas, en los marmóreos escudos de los edificios, una serie de recuerdos, de grandezas, que contristan el ánimo, al pensar en las vicisitudes de los tiempos.

Los persas, los griegos, los romanos, los moros y los caballeros de la orden de San Juan, unos en pós de otros, fueron dueños de esta isla, hasta que ocupada en 1522 por Soliman el Grande, pasó á formar parte de los estados otomanos.

Su actual dependencia de este gobierno, disculpa bastante la situación precaria que hemos advertido, porque allí donde impera el islamismo, parece que se detienen en su carrera las civilizaciones, ó cuando menos que su paso es torpe, lento y perezoso.

XXX.

Esmirna 2 de Setiembre de 1870.

La proximidad de Constantinopla habia ejercido en la imaginacion de Salvador y en la mia un influjo que en vano hubiera sido destruir ni contrarestar.

Y como si fuera cosa indudable la llegada á la capital de Turquía; como si el imperio de nuestras voluntades triunfara previamente de todo contratiempo, acaso dimos fondo en Esmirná con cierta indiferencia que, advertida por el capitan, le hizo prorrumpir en exclamaciones de sorpresa.

—Amigo mio, le dije en contestacion á sus palabras; ¿por qué nos calificas de inconsecuentes? ¿Acaso era preciso que desde el primer dia de nuestro viaje recibiésemos todas las impresiones bajo idéntica forma y con la misma intensidad? Creo que Salvador tiene en este asunto igual criterio que yo; mas por si adivinas en nosotros un cansancio que no he sentido ni espero sentir, conste que protesto desde ahora de semejante idea. La espedicion que inauguramos en Gibraltar es una fantasmagoría deliciosa que ha venido á robustecer de nuevo mis teorías sociales, encerradas en esta sílaba: *ver*.

—¡Bravo! ¡Bravo! interrumpió Salvador.

—Sí, amable capitan; continué. Ese verbo, símbolo de las mas grandes aspiraciones humanas, es mi profesion de fé.

—¡Y la mia! Insistió Salvador: lo digo muy alto. Porque ¿sabeis lo que significa *ver*? ¿Sabeis el secreto de esa voz? Es el complemento lógico de la percepcion mental; la práctica de las teorías que se aprenden un dia y otro; la reve-

lacion de toda grandeza; la razon de muchas cosas que sin la presencia de un objetivo determinado, no llegarían á imprimir una huella en el espíritu, á producir tal ó cual evolucion.

—Es decir, observó el capitán, que la indiferencia con que se os presentaba Esmirna ha desaparecido.

—Poco á poco; repliqué. Esa indiferencia es relativa. No trato de negar á esta poblacion la hermosura ni los encantos que puedan adornarla, pero si la comparamos á Constantinopla.....

—¡Siempre la comparacion con lo mas alto!

—¿Y qué tiene eso de particular?

—Aplica este sistema á la humanidad, y es seguro que te dará por resultado la desgracia de todos los individuos.

—¿Cómo?

—Si cada hombre en su respectiva condicion mira al que ocupa un puesto mas elevado, mas rico, mas próspero, difícilmente se conformará con la fortuna que le ha dado la Providencia.

Guardé silencio y me dispuse á desembarcar, mientras Salvador murmuraba:

—Este capitán filósofo, tiene una manera de discurrir, que hace bajar la cabeza á quien escucha sus razonamientos.

Esmirna es una poblacion alegre y risueña durante el dia; triste y silenciosa durante la noche.

Se llama el *jardin de Levante* y con razon ostenta ese título.

Conocida una ciudad de Oriente, son conocidas las demás con raras escepciones, y salvo los monumentos y los paisajes.

En este caso está Esmirna. Sus casas bajas, su bazar, donde ocupan el primer puesto las telas de Europa, difieren poco de las calles y los bazares que hemos visitado en Egipto.

Como curiosidad, posee Esmirna el *Puente de las Caravanas*, bajo cuyos arcos se desliza el riachuelo *Meles*, que muestra en una de sus orillas un precioso cementerio adornado de ci-

preses y en la ribera opuesta un café sombreado con arrogantes plátanos.

El ciprés, lo mismo en Asia que en Europa, es el árbol de la muerte; pero si en nuestros pueblos occidentales responde á su significado, debemos advertir que en Oriente aunque es el vegetal de las tristezas, no entraña sin embargo, ideas lúgubres. Hé aquí la razon. Un cementerio cristiano respira muerte. Un cementerio mahometano, es un jardín.

Esmirna disputa con otras ciudades, la gloria de haber sido la cuna de Homero.

Por conclusion un detalle. En muchas paredes de las casas hemos visto unas pequeñas construcciones á manera de nidos, de yeso, que los vecinos preparan para que las golondrinas las ocupen cuando visitan la poblacion.

¡Hermosa hospitalidad!

XXXI.

Constantinopla 8 de Setiembre.

Las 288 millas que median desde Esmirna á Constantinopla ofrecen asunto sobrado para que la imaginacion retroceda á los tiempos heróicos y reconstruya la historia de los pueblos cantados por Homero y Virgilio.

En aquellos mares vimos la isla de Lesbos, hoy Metelin, pátria de Safo.

Mas adelante los campos de Troya; *campos ubi Troya fuit*, y despues Tenedos y la isla de Lemnos.

Serafin iba señalando los distintos puntos que surgian ante nuestras miradas, y Salvador y yo, embebidos en los recuerdos de otras edades, respondiamos con exclamaciones de sorpresa á la nomenclatura épica presentada por el capitán.

El entusiasmo de Salvador acrecia por momentos. Cada nombre de escollo, roca ó isla le inspiraba una conmemoracion en que tenian enlace natural las creaciones mitológicas y los hechos reconocidos como verdades positivas.

—El poema de Homero, *La Iliada*, dijo Salvador, es un monumento que vivirá tanto como las civilizaciones. Repara puesto que lo has leído, la esactitud que existe entre sus descripciones y los lugares que describe. Mira ese suelo aplastado; mira esa colina á cuyo pié se elevaba Troya. Adivino, en medio de la llanura, los poéticos rios Escamandro y Simois. Los túmulos que apercibimos son los sepulcros de Patroclo y Aquiles.....

—Pero ¡qué diferencia! exclamó Serafin. ¡Qué diferencia

entre la época á que V. se refiere y la situacion de hoy! Entonces, las islas que servian de teatro á las mas sublimes epopeyas y formaban el fondo de cuadros históricos y mitológicos eran sin duda, mas hermosas y ricas de lo que ahora son. Quitémosles el tinte suave con que las embellece la distancia: despojémoslas del misterio de que se reviste lo desconocido: lleguemos á sus playas: subamos á las colinas: penetremos en el interior de los llanos y solo encontraremos un suelo pobre de vegetacion y desnudo de encantos.

—¡Capitan! interrumpió Salvador.

—Créame V. dijo Serafin. Hablo con el tono áspero de toda verdad que lastima. Considero las cosas bajo su exacto punto de vista y no por eso merezco, sin embargo, que mis apreciaciones me atraigan el calificativo de *prosáico*. Admiro la hermosura, allí donde quiera que la encuentro; más á la vez analizo y estudio, para no caer en el engaño de las alucinaciones.

El capitan tenia razon, y por mi parte agradecí sus palabras, que si bien rompián un tanto nuestras ilusiones, encerraban el criterio de Salvador y el mio en su verdadero cáuce.

Salvador acaso intentaba replicar á Serafin, pero este dió nuevo giro al diálogo, llamando nuestra atencion hácia los signos de antigua actividad volcánica que suelen mostrar las islas de los mares por donde navegaba el *Neptuno*, lo mismo que las del Archipiélago griego, que en breve ibamos á visitar.

Plinio asegura que las islas de Delos, Rodas, Anaphée, Nea, Alona, Thera, Therasia, Hiera y Thia, se elevaron del fondo del Mediterráneo, merced á la influencia de los volcanes submarinos; y otros escritores entre ellos Justino, Casiodoro, Plutarco, Estrabon y Séneca hablan de idénticos fenómenos acaecidos en el famoso Archipiélago, admirable por tan diversos títulos.

Las islas, objeto de nuestra curiosidad, quedan lejos.

El *Neptuno* entra en el estrecho de los Dardanelos ó de Galípoli, conocido antiguamente por *Hellespontus*, que une al Archipiélago con el mar de Mármara y cuya longitud es

de unos 58 kilómetros con una anchura que varía entre 2 y 7 kilómetros. Europa y Asia forman las riberas de este canal.

La costa de Europa se eleva en colinas de escasa vegetación, mientras que la de Asia aparece vestida de una hermosa faja de plantaciones.

Empleamos 26 horas en la travesía del mar de Mármara, que tiene 270 kilómetros de largo.

A su extremo adelanta una estensa fila de murallas: es la punta del Serrallo, que como un brazo colosal sirve de abrigo por un lado á la población.

Los terebintos y los cipreses mezclan su color verde con el blanco de las murallas y con el azul de las olas.

Después de doblar la Punta del Serrallo entramos en el Cuerno de Oro, golfo que se extiende á través de Constantinopla.

¡Estamos en Constantinopla! En la antigua Bizancio, dos veces arruinada por Septimio Severo y Galiano; reedificada por Constantino el Grande, que la hizo capital del imperio romano. Estamos en *Islambul* (ciudad de la fé), consagrada solemnemente como capital en el año 330 de Jesucristo; tomada en 1203 y 1204 por los Cruzados, que establecieron en ella el imperio latino; ocupada en 1261 por los griegos y en 1453 por Mahomet II, quien la hizo capital del imperio otomano; título que consigue ostentar, no obstante las fluctuaciones que de tiempo en tiempo ha experimentado Turquía.

Alguien ha dicho que Constantinopla es una magnífica decoración de ópera.

Quizá no tenga semejante en el mundo, pero siempre bajo el punto de vista de *decoración*, porque penetrando en la ciudad; recorriendo sus calles sombrías y de limpieza dudosa, la primera impresión se desvanece; la hermosura del conjunto exterior se modifica en proporciones cuantiosas y encontramos una diferencia sensible entre el panorama del Bósforo y el laberinto de las vías públicas.

Enjambres de perros vagabundos y lo mismo apacibles que hostiles, ocupan el centro de las calles. Allí viven, allí

se multiplican, allí mueren; y lo que es peor; allí ofenden al transeunte, acometiéndolo impunemente.

Son un distintivo de la gran Estambul. El pueblo los respeta y con la misma impasibilidad contempla la actitud inofensiva de los unos como la agresion de los otros.

¿Por qué pasan las cosas de esta manera?

Porque si; responderán los osmanlís á quienes preguntéis.

Pero si de un lado aparecen los puntos vulnerables á que aludimos, no debemos hacer caso omiso de las mil bellezas que surgen ante la vista del viajero, entre la basura de las calles.

Constantinopla es todo Oriente. Encierra suntuosas mezquitas; encantadores palacios; admirables jardines; fastuosos bazares; románticos cementerios; estraños cafés y en fin, cuanto sirve para revelar la grandeza, el poderío, la significacion de una capital importante.

No tratamos de describir uno por uno sus monumentos ni los tipos de sus habitantes, porque antes de ahora hemos bosquejado los rasgos característicos de otras poblaciones de Oriente, y pocas serian las variaciones locales que pudiéramos añadir á las ya consignadas.

Turquía ha sufrido las vicisitudes inherentes á todos los paises. Su historia registra páginas sombrías, episodios sangrientos, convulsiones terribles, y hoy este pueblo se nos aparece como una petrificacion gigantesca.

Petrificacion hemos dicho, y al emplear esta palabra nos referimos á la idea que inspira en el sentido moral é intelectual de su civilizacion.

Constantinopla responde á nuestro modo de discurrir, y Constantinopla es la representacion de Turquía.

Este pais tiene un enemigo poderoso; la religion de Mahoma.

¡Sorprendente fenómeno! Un pueblo situado á poca distancia de la cuna del Cristianismo, sirve de rémora á las conquistas del Evangelio.

La religion oficial de Turquía, lo mismo que todas las religiones, tiene una creencia; pero como se apoya en un

fundamento equívoco, dá por fruto la especie de atonía y de inmovilidad que son peculiares de este pueblo.

Añadiremos que mientras en el orden moral no avanza Turquía, sucede lo contrario en el orden material, representado por el comercio; pues si bien el desarrollo que aquí se acentúa debe su origen al resto de Europa, es indudable que aquel imperio experimenta sus beneficiosos resultados.

¡Ojalá que antes de mucho tiempo nos sea permitido saludar la resurreccion de Turquía, emancipada de los errores y digna de aparecer en el magnífico banquete de los pueblos sábios!

independientemente de que se trate de especies de animales y de invertebrados que son peculiares de este pueblo.

Además de las mientras en el orden moral no hay una gran diferencia, sino que en el orden material, respecto a la vida por el comercio, pues el bien el desarrollo que aquí se manifiesta debe en orden al resto de Europa, es indudable que puede haberse experimentado sus beneficios resultados. (1) que antes de mucho tiempo nos sea permitida saber la restauración de Turquia, empezando de los errores y dignos de aparecer en el magnífico producto de los pueblos salvajes.

no se olvidan los ejemplos con que se ilustra el castigo de los que desobedecieron la voz humana.

Así, movida entre la creencia religiosa y el sentimiento intuitivo de su alma, llegó la Grecia á desarrollar el pensamiento y á descubrir la necesidad de un Dios. En el gran templo, el gran centro, hizo nacer la maravilla de los siglos.

XXXII.

Después de haber visitado las montañas de Grecia y de haber estado en la vida pública de aquel pueblo, abandonamos con pesar, pero en breve la idea de que íbamos á Grecia dulcificó nuestro sentimiento y estasiados con la expectativa de Atenas, no tardó Constantinopla en alejarse de nuestra memoria, como se aleja el eco dulcísimo de una música melodiosa.

Atenas 14 de Octubre.

Un mes próximamente vivimos en Constantinopla; mes que pasó con rapidéz fantástica.

Aquella poblacion encantadora; aquel foco de luz, de armonía, tiene bastantes atractivos para que el ánimo se deleite y goce en la contemplacion de miles maravillas.

La abandonamos con pesar, pero en breve la idea de que íbamos á Grecia dulcificó nuestro sentimiento y estasiados con la expectativa de Atenas, no tardó Constantinopla en alejarse de nuestra memoria, como se aleja el eco dulcísimo de una música melodiosa.

Grecia ha sido siempre un santuario de las artes. Desde los primeros años de la vida escolástica empiezan á bosquejarse en la imaginacion la historia, los caracteres, la manera de ser de aquel pueblo que tan profunda influencia ha ejercido en la humanidad.

Grecia es el génio luminoso que ha educado á la Europa elevándola sobre Asia.

La antigua Grecia fué el hogar de la Paz: por eso las artes tomaron vuelo poderoso en aquella tierra.

La fecunda *Ceres*, emblema de la agricultura, era su divinidad mas amable.

Los primitivos habitantes de Grecia (los *Pelasgos*) rendian culto á la Tierra.

La Grecia antigua amamantada por decirlo así, en el amor á la agricultura, al trabajo, no podía ser feroz como otras naciones. Hé aquí por qué aborrecia la sangre y la

muerte. Hé aquí esplicados los conmovedores ejemplos con que su Mitología revela el castigo de los que derramaban la sangre humana.

Así, mecida entre la creencia religiosa y el sentimiento intuitivo de su alma, llegó la Grecia á desarrollarse, y comprendiendo la necesidad de establecer la *ciudad*, la gran familia, el gran centro, hizo nacer la maravilla de los siglos; *Atenas*.

Salvador y yo, á la vista de las montañas de Grecia dábamos tormento á la memoria para reconstruir los episodios de la vida pasada de aquel pueblo.

—Grecia, decia entusiasmado mi amigo, ha padecido mucho; y sin embargo, en todo tiempo ha conservado el fuego del patriotismo; la aspiracion á la independenciam.

Muchos opresores la han hecho derramar lágrimas y Turquía el principal de todos, le ha inculado diferentes defectos, que son consecuencia de la esclavitud.

Testimonio de mis palabras nos dá la literatura de Grecia, cuyo idioma aparece impurificado con voces de los dialectos que usaban los dominadores, aunque va de dia en dia embelleciéndose sin prescindir por eso de adoptar las variantes que los siglos imprimen á los idiomas todos. Grecia, como España, tiene admirables cantos populares. Los dolores de su vida, los lamentos de su alma véense revelados en las poesías guerreras, en las amorosas, en los epitalamios, en los proverbios, en los adagios, que son peculiares de todas las islas, de todas las montañas del Archipiélago.

Europa ha compadecido á Grecia en sus penosos dias de amargura, y su suerte ha despertado las simpatías de aquella region.

Grecia está llamada á representar un papel de importancia en los destinos de esa misma Europa.

—Saludemos su resurreccion, dijo Serafin que se habia acercado á nosotros.

De repente llamó nuestra atencion un singular espectáculo. Numerosos saltos de agua se elevaban vérticalmente sobre la superficie del mar, sereno entónces, resplandeciente y azul.

—Mo estrañeis la presencia de esta especie de surtidores, dijo Serafin. Son producto de fuentes submarinas y dulces cuyo liquido es de peso inferior al de que consta el líquido del Mediterráneo y le permite por consecuencia subir á la superficie antes de tener tiempo suficiente para saturarse.

—Es un curioso fenómeno, respondió Salvador.

—Pero frecuente en determinados puntos de este mar; pues obsérvase á la embocadura del Galesus, en el golfo de Tarento y además en Aulona, en Cataro, en las inmediaciones de Ragusa, en las costas de Siria, en el golfo de Argos y en otros sitios.

Serafin, siempre comunicativo, aparecia durante aquella travesía como entregado casi completamente á una idea.

No bien hubo pronunciado las anteriores palabras abandonó nuestra compañía para buscarla despues de algunos instantes, y tan pronto permanecia fijo en el entrepuente observando las costas á favor del antejo, como cruzaba los brazos y quedaba en actitud contemplativa.

Entre tanto, pasaban las horas y el encantador panorama del Archipiélago iba desarrollando ante nosotros sus cuadros bellísimos, sus apariciones de islas, de montañas, de bosques.

¡El Archipiélago! ¡Qué mar! Allí, encerradas entre Grecia, la Turquía de Europa y la de Asia, levántanse como canastillos de flores en un jardin ó como nidos caprichosos, las islas de Lemnos, Cerigo, Candía, Skyro, Negroponto, las Cícladas, Rodas, Scio, Metelin, Samos, Scarpanto y Cos; con sus rios Vardar, Maritza, Strama, Meindero y Sarabat.

Por último fondeamos en el Píreo, desde donde un ferrocarril conduce en poco tiempo hasta Atenas.

—¿Nos veremos pronto? dije á Serafin, cuando nos dispusimos á desembarcar.

—Sin duda; respondió. Espero únicamente dejar dispuestas las cosas de á bordo y enseguida marcharé á la capital.

—¿Donde nos reuniremos?

—El *Hotel de los Etrangeros* debe ser el punto de cita: mas, por mi parte no te aseguro si tardaré mucho en hallaros.

—¿Por qué?

—¿Olvidas á Lélia?

Entre sus ilustres varones de la antigüedad figuran Sólon, Miltiades, Aristides, Temistocles, Alcibíades, Pericles, Sócrates, Jenofonte, Platón, Tucídides, Demócrito, Sócrates, Menandro, Aristóteles, Eufipo y tantos otros.

—(Un piñón de este árbol, decía Salvador, cuando me profundiza la primera calle de las calles de la ciudad.)

—Son tantas las cosas que se agrupan á mi imaginación que no puedo concretar un juicio acerca de mis pensamientos de ahora.

—Exactamente me sucede lo mismo; repuso él.

—Repara, decía Salvador, cuando hubimos desembarcado en el Pireo. Los descendientes de Temistocles van subidos en los pescantes de las carretelas de última moda.

—Es cierto; respondí, casi admirado de la extraña observación de mi amigo, no exenta de profundidad.

—Y lo mas notable, seguía hablando mi compañero, es que el traje de estas gentes no armoniza con lo moderno. Esas chaquetas bordadas con que van vestidos los hombres; esos gabanes de pelo de cabra; los gorros encarnados, las actitudes, los semblantes, la figura en fin de los griegos que vemos es mas apropiado para regir un caballo, para aparecer entre las ruinas de los monumentos antiguos ó en la soledad de los campos.

—No rechazo tus apreciaciones; pero debes considerar que adoleces de una flaqueza.

—No adivino.

—Eres muy dado á la fantasía de reconstruir lo que ya no existe; y tu flaqueza aparece mas visible porque en esa restauración de tipos, costumbres y caracteres, solo tomas en cuenta lo hermoso y poético.

Salvador iba á responder pero como en aquel instante llamaban á los viajeros al tren, dimos por terminado nuestro diálogo y ocupamos un carruaje.

Poco despues llegábamos á Atenas, la ciudad fundada por Cecrops diez y siete siglos antes de Jesucristo; ciudad que llegó á poseer hasta tres puertos; magníficos templos; suntuosos teatros y cuanto puede servir para revelar la civilización y el poderío.

Entre sus ilustres varones de la antigüedad figuran Solon, Milciades, Arístides, Temistocles, Alcibiades, Pericles, Sócrates, Jenofonte, Esquilo, Tucídides, Demóstenes, Eurípides, Menandro, Aristófanes, Fidias y tantos otros.

—¿Qué piensas de este país? decía Salvador, cuando emprendimos la primera escursión por las calles de la ciudad.

—Son tantas las ideas que se agrupan á mi imaginación que no puedo concretar un juicio acerca de mis pensamientos de ahora; respondí.

—Exactamente me sucede lo mismo; repuso aquel y preguntó luego:

—¿Recuerdas algo de la historia de Grecia?

—Un poco; añadí. Aun no he olvidado que este país formaba en lo antiguo diferentes repúblicas de las que Esparta y Atenas fueron las mas importantes; y sin descender á reseñar los pormenores de su existencia, te diré solo que los griegos en sus distintas evoluciones, han vivido bajo el gobierno de los romanos, de los venecianos y los turcos y solo en este siglo componen un reino independiente.

Así discuriendo, llamó nuestra atención un extraño personaje que parado en una esquina próxima, nos observaba con visible curiosidad.

Era de regular estatura: blanco; rubio, de turbulentas barbas y de finos lábios; sus ojos iban ocultos por unas gafas verdes; una parte de su cuerpo desaparecia en un ámplio albornoz de paño azul, bordado de negro, cuya elegante capucha terminada en una borla de oro, envolvía perfectamente la cabeza, si bien á veces y merced á los movimientos del estrangero, se dibujaba sobre la frente una línea encarnada anunciando que su tocado era un gorro griego. Llevaba anchos pantalones cortos y botas altas de charol, y por último, servía de complemento á su traje un revolver colocado sobre la cintura.

El raro personaje que parecia espiarnos, llegóse resueltamente á nosotros.

Salvador y yo lo miramos con disgusto pero el desconocido sin hacer el menor caso saludó con un movimiento de cabeza y me dijo:

—Caballero; hace pocos instantes que tuve noticia de la llegada del *Neptuno* al Pireo: deseaba pedir á V. que me concediera un favor, y como no podia adivinar este encuentro, me dirigia á recorrer las fondas de la ciudad para entregarle esta carta.

Y el individuo que tenia delante me entregó una esquila cuyo contenido es como sigue:

—«He sabido con indecible satisfaccion que el *Neptuno* debe zarpar en breve para las costas de Europa, haciendo escala en los distintos puertos de mayor importancia. Este viaje en cuanto á su pensamiento coincide con el que me ha traído á Grecia, desde las Islas Británicas, y como quiera que la ocasion es propicia para que termine los estudios á que me dedico, ruego á V. se sirva admitirme en el buque de su propiedad hasta el fin de la navegacion y bajo las condiciones de precio que estime oportuno, en la inteligencia que mi gratitud será comparable solo al beneficio que su respuesta afirmativa habria de procurar á S. S. Q. B. S. M.—El doctor Williams Rit.»

—Y bien..... tartamudeó el doctor Williams, despues que leí su carta.

Mi situacion era difícil. Una negativa equivalia á faltar á las consideraciones sociales, y al mismo tiempo la admision de un viajero á bordo me contrariaba infinito.

Dudé, reflexioné un momento, comprendí que podia perjudicar ó favorecer á aquel hombre y le dije:

—Sr. doctor: el *Neptuno* está á las órdenes de V. Dentro de diez dias partiremos y Málaga será el límite de nuestra espedicion.

—En cuanto al pasaje, repuso el inglés, puede V. ó el capitan del buque indicarme su importe.

—Es asunto concluido: no se trata de una embarcacion de comercio.

—¡Oh! mi gratitud.....

—No merece la pena.

XXXIV.

En el mar, día 26 de Octubre.

Quedaron lejos las costas de Grecia. El Pindo, el Helicon, el Parnaso, el Citeron, el Elatía, las montañas en fin, que aun guardan el nombre que les habian dado los antiguos habitantes del Archipiélago, borráronse en las brumas. El rio Aspropótamo, el Iri, el Rufia, el Hellada, el Asopo, el Cefisa y el Mavropótamo no traen á nuestro oído el cadencioso rumor de sus aguas.

La decoracion ha cambiado. El imponente cuadro del mar sustituye al panorama de los campos, de los bosques, de las ruinas.

Por la noche nos reunimos en el entrepuente Salvador, el capitán y yo.

Serafin habia recobrado su habitual aspecto alegre y tranquilo; transformacion debida á sus entrevistas con Lelia.

Nuestro diálogo se referia principalmente á los amores de nuestro amigo y como su lenguaje descubriera una resolucion que le inspiraba indudable contento, le rogué fuese mas esplicito.

—El Partenon ha decidido mi porvenir: respondió el capitán. Una noche fué suficiente para determinar en mi alma la evolucion mas completa.

—Espícate; repuse.

—Tienes razon: necesito explicarme porque no es fácil que adivines el pensamiento de estas palabras. ¿Has visitado el Partenon durante la noche?

—No.

—En tal caso, desconoces toda la exuberancia de poesia que encierra.

—Es verdad.

—Pues bien; aquellas ruinas tienen entónces un encanto, un misterio, un perfume para decirlo de una vez, que á su influjo el espíritu se eleva hácia el mundo de los sueños.

Ayer lo visité con Lelia. La luna prestaba mayor realce al monumento: los rayos purísimos de aquel astro caian sobre las arrogantes columnas, sobre las piedras que cubren el suelo; y mientras de un lado iluminaban los basamentos, los capiteles y los fustes, de otro lado permitian que aquellos artísticos ejemplares de la arquitectura se prolongasen por la superficie de la tierra, merced á la sombra, larga, oscura que arrancando desde sus bases duplicaba el número de los objetos.

No profeso el romanticismo, ni menos todavía me satisface; pero hay situaciones y momentos románticos por naturaleza. Anoche fuí romántico. La luna, la brisa del campo, la voz de algun ave y mas que nada la presencia á mi lado de Lelia, todo conspiraba contra mí: pero ¡qué dulce conspiracion! Ver tales bellezas en el silencio, en el reposo de las horas solemnes en que el pensamiento puede elaborar mundos, sin que ningun ruido turbe su creacion invisible, sus concepciones incógnitas, ¡oh! esa es la cúspide de la felicidad.

—Hasta ahora solo comprendo que tu amor progresa, que la juventud de tus años primeros te envuelve, te acaricia, te seduce.

—Acaso no tienes razon para hablar así. ¿Te acuerdas de mi casa de Valencia?

—Sí.

—¿Con quién vivo?

—Con una anciana, modelo de sirvientas.

—Pero esa muger no es mi familia.

—Cierto: no tienes familia.

—Conoces que me falta....

—Todo, Serafin.

—He pensado en Lelia. Necesito un amor. Encuentro á mi lado el vacío, y es forzoso que desaparezca el vacío.

—¿Lo has meditado?

—Mas de lo que puedes figurarte y no hallo motivos para abandonar mis propósitos. Lelia reúne excelentes cualidades: su religion es católica lo mismo que la mia: su alma es noble y generosa, tiene talento, virtud, hermosura ¿qué mas podríamos exigir?

—Con tales auspicios, cástate en buen hora.

—Sí, amigos míos; voy á casarme.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. He aprovechado el tiempo en Atenas. Escribí á Valencia, para que me envíen á las Baleares los documentos oportunos. El hermano de mi futura esposa tomó á su cargo disponer lo relativo á Lelia y en Palma de Mallorca celebraremos la boda.

Quedamos en silencio.

La noche estaba magnífica.

Las olas repetían al romperse contra los costados del *Neptuno*, ese inesplicable sonido lleno de cadencia, de vaguedad, de misterio que despierta las fantasías del alma, y nos sumerge en el abismo de lo porvenir.

Una voz clara, vibrante y á la vez contenida, llegó hasta nosotros y pudimos sin dificultad percibir algunas palabras.

Era un canto bellísimo: un fragmento de la partitura de *Lueia*.

—¿Habeis oído? nos preguntó el capitán.

—Sí; sí; murmuramos apenas, temiendo perder los acentos que llegaban hasta nosotros.

—¿Qué significa? añadió Serafin.

A los pocos instantes, levantóse diciendo con una entonación apasionada.

—¡Es Lelia! ¡Lelia!

Y abandonó el entrepuente.

Le acompañamos y juntos recorrimos toda la cubierta encontrando tan solo al serviola inmóvil en la proa y al timonel en su puesto.

A bordo del buque reinaba el mas profundo silencio.

—¿Habremos sido víctimas de una alucinacion? pregunté á mis amigos.

—Por mi parte, dijo Salvador, he oido distintamente las notas de ese canto.

—Yo tambien, repuso el capitan: y sobre todo he creido conocer la voz.

—Entonces, no acierto á explicar el incidente, añadió.

Y preocupados y pensativos nos retiramos Salvador y yo á nuestros respectivos camarotes.

El capitan quedó sobre cubierta y cuando se alejaba de nosotros iba repitiendo estas palabras.

—¡Es Lelia! ¡Lelia!

XXXV.

Venecia 15 de Noviembre de 1870.

Desde que salimos del Píreo, nuestro viaje ha cambiado de aspecto: las escalas en las diferentes plazas marítimas son breves y hemos pasado sin detenernos á la vista de algunos puertos de importancia.

Razones atendibles, me decidieron á proceder en este sentido. Será fin hallábase impaciente por llegar á Palma de Mallorca y como justa reciprocidad por el sacrificio que habia hecho abandonando su agradable retiro para mandar el *Neptuno*, yo debia responder á sus deseos evitando cuantas detenciones no fuesen absolutamente indispensables.

Visitamos la isla de Candía ó *Creta* que es una superficie de 160 millas de longitud por treinta y cinco ó treinta y seis de ancho, cuyas costas ofrecen cómodos puertos hácia la parte setentrional mientras que al Sur son casi inaccesibles.

Penetramos en Canea, Spharkia y Betimo, poblaciones principales. Contemplamos los montes Ida, Psiloriti y Lasiti y Salvador nos dijo que esta isla en sus primitivos tiempos fué habitada por un pueblo civilizado; que Homero habla de las 100 ciudades que poseia; que tuvo segun la Mitología un rey llamado Minos, el cual merced á sus buques destruyó á los piratas del mar Egéo. Mencionó los Dorios que figuran establecidos en Creta 60 años despues de la guerra del Peloponeso. Añadió que habiéndola conquistado Quinto Metelo 68 años antes de Jesucristo, quedó hecha provincia romana y que en el siglo IX la ocuparon los árabes y posteriormente los genoveses,

venecianos y turcos, subsistiendo hoy bajo el poder de estos últimos que la poseen desde 1669 por consecuencia de un tratado al efecto.

Penetramos en el mar Jónico, porcion considerable del Mediterráneo, donde se encuentran las *Islas Jónicas* conocidas bajo el nombre de *República de las siete islas* ó sea Corfú, Cefalonia, Theaki, Zante, Santa Maura, Paxo y Cerigo, si bien esta se halla fuera del mar Jónico, al Sur de Moréa.

Por el Estrecho de Otranto desembocamos en el Adriático.

Fondeamos en Cattaro, república independiente un dia, posesion luego de Venecia, de Austria, de Francia y ahora otra vez de la misma Austria.

Trieste, edificada en el golfo de este nombre, ocupa nuestra atencion durante algunas horas, pero la proximidad de Venecia influye en nuestro ánimo de un modo notable y pronto echamos el ancla frente á la ciudad de los canales y las góndolas; frente á la reina del Adriático.

¡Venecia! ¿A qué describir sus encantos, su misterio, el maridaje de sus tristezas y sus alegrías?

Cada poeta venido á las generaciones le ha consagrado un acento de ternura. Cada viajero que recorre las lagunas de esta ciudad la saluda con admiracion.

Todos la conocen como á Roma y Atenas y tantas otras ciudades; todos la han visto ya en las fantasías de la mente, ya en el panorama de las relaciones escritas, ya en fin con la realidad tangible. No os estrañe, pues, que guarde silencio.

Inútil fuera añadir un nuevo retrato á la coleccion de todos los dias.

XXXVI.

Nápoles 24 de Noviembre.

Abandonamos Venecia.

Seguimos la costa Oriental de Italia, que ofrece agradables puntos de vista.

Fondeamos en Ancona, poblacion mercantil edificada en anfiteatro, que conserva antigüedades de importancia; vemos la ciudad de Manfredonia; desembarcamos en Tarento que se halla en el extremo setentrional del golfo de aquel nombre, y hacemos despues rumbo hácia la isla de Sicilia, separada de Italia por el Estrecho ó Faro de Mesina, que tiene tres kilómetros de ancho y del Cabo de Bona (Africa) por un canal de 138 kilómetros.

—Curioso espectáculo; dijo Salvador cuando el *Neptuno* se encontraba á la mitad del Estrecho; y al hablarnos mostraba porcion de barcos, semejantes por la distancia á una bandada de gaviotas.

—Y bien; respondí: no encuentro cosa alguna de particular en esa aglomeracion de buques.

—Toma el anteojo y pensarás lo contrario.

Hícelo así.

—¿Ahora qué ves? insistió mi amigo.

—Veo que son lanchas pescadoras.

—¿Pero sabeis lo que pescan? objetó Serafin.

—Por mi parte no lo sé.

—El coral. Y si fijais bien la atencion observareis que las embarcaciones ofrecen dos magnitudes: las mayores van tripuladas por diez ó doce hombres y las otras por cinco ó seis.

En la proa hay una bola y sobre ella una pintura

que representa la imágen de Cristo, de la Virgen ó de un Santo.

El patron de la lancha va en la proa y la tripulacion en la popa, sitio destinado á guardar la pesca.

Las redes son formadas por dos barras de palo atadas en cruz, cada uno de cuyos brazos mide dos metros de largo. La cruz está lastrada en su centro con una piedra ó con un lingote de plomo. Cada brazo de la cruz tiene una cuerda de cinco metros próximamente que sostiene seis redes de anchas mallas, y cuando el aparato cae al fondo del mar se adhiere á las rocas; el coral se enreda en las mallas y haciendo girar un cabrestante que hay situado en la popa de la embarcacion, suben las redes con el coral arrancado al fondo de las aguas.

He dicho que el patron ocupa la proa del buque y añadiré que se sienta sobre la banda.

El aparato está sujeto al cabrestante por una cuerda que se arrolla en el mismo y llega hasta la cruz mencionada, pasando sobre un muslo que el patron tiene fuera de la lancha, revestido de un pedazo de cuero, y segun la violencia con que lo oprime la cuerda, comprende cuando es ocasion de que el aparato descienda hasta el fondo.

Entonces lo dice así; el artificio cae encima del coral; se enreda este en las mallas y la cuerda sube y baja distintas veces, para que con el movimiento repetido sea mayor el enredo.

La operacion es penosa y los pescadores se conceptúan felices cuando los barcos mas grandes recogen 300 kilogramos de coral.

Los mercados principales á donde va este producto son los puertos del Mediterráneo.

Serafin guardó silencio.

Habíamos llegado cerca de las embarcaciones y comprendimos la exactitud de su explicacion.

En la popa de dos ó tres lanchas habia algunas ramas corálinas de formas diversas, destinadas sin duda á cambiar de aspecto, y á representar un papel en el mercado del mundo.

Hé aquí una de tantas maravillas de la creación.

Hé aquí uno de los preciosos dones que nos suministra el fondo de los mares.

El coral, considerado hasta el siglo XVIII como un vegetal y reconocido ahora como un pólipo, ha merecido en todo tiempo muchas distinciones. Orfeo y Ovidio lo cantaron. Los indios lo amaban. Los galos adornaban con él sus armas, uso que hoy practican los asiáticos. Los turcos lo esparcen en granos cerca de los cadáveres para que no se les acerquen los malos espíritus y en la mayoría de las naciones es una gala que sirve para dar nuevo realce á la hermosura de la muger.

La isla de Sicilia, á cuyas costas nos acercamos, se llamó antiguamente *Trinacria* por su forma casi triangular; despues, los sicanios que la ocuparon le dieron el nombre de *Sicania* y luego los sículos el de *Sicilia*.

Allí entre varias otras montañas, surge el Etna, que se eleva 3237 metros sobre el nivel del mar. Allí corren á través de pintorescos valles los rios Gianetta, Salso, Platani, Belici, Terminí y varios más, de escasa importancia.

Palermo es capital de la isla y esta se divide en siete provincias; la de aquel nombre y además Mesina, Trápani, Catana, Caltanissetta, Syracusa y Girgenti.

Pasado el Estrecho desembocamos en el mar Tirreno.

Era de noche cuando Nápoles se presentó ante nuestras miradas.

Quise admirar el panorama de la bahía y permanecí largo tiempo sobre cubierta, con mis dos amigos, no menos ávidos de ver la sorprendente decoración.

El *Neptuno* dió fondo.

—¿Sabes en qué pienso? dije á Serafin.

—No puedo adivinarlo; contestó el capitán.

—Recordaba aquel canto de *Lucia* que oimos hace algunas noches.

—¡Estraño recuerdo!

—Es que hay sin duda algun enigma en la triple equivocacion que padecemos.

—¡Silencio! murmuró al mismo tiempo Salvador.

—¿Qué sucede? preguntamos.

—Escuchad.

—¡Otra vez! dije.

—¡Lelia, Lelia! exclamó Serafin.

El canto que creimos percibir en el Archipiélago llegaba hasta nosotros. Eran las mismas notas de *Lucia*, expresadas con idéntica entonación.

Sonaban por la proa y nos dirigimos hácia aquel lado, silenciosos y cautos como asesinos ó salteadores que acechan á su víctima.

Una figura se destacaba junto al bauprés; el misterioso cantor.

—¡Lelia! repitió Serafin, precipitándose hácia el extremo de la proa.

Al mismo tiempo cesó el canto.

La figura volvió el rostro, estrañando quizá la intempestiva presencia de Serafin y dijo pausadamente.

—¡Buenas noches!

Era el doctor Williams.

XXXVII.

Roma 30 de Noviembre.

La decepcion de Serafin habia sido profunda. Buscar una muger amada, pronunciar su nombre y verse al lado de un desconocido que con una frase trunca las ilusiones concebidas, es un desencanto cruel.

A la mañana siguiente de aquella aventura y mientras paseábamos por las calles de Nápoles Salvador, Serafin y yo, hicimos comentarios sobre la escena de la víspera y en verdad que todas nuestras reflexiones estaban contestes en un punto: en lo risible de la situacion.

—Pero convenid conmigo, decia Salvador, que mister Williams canta admirablemente.

—Y convenid tambien, añadió el capitan, que es un extraño personaje. Desde que se halla á bordo del *Neptuno* apenas ha exhibido su individualidad dos ó tres veces: á nadie dirige la palabra y hasta ignoramos por completo quien sea, exceptuando su nombre.

—Afortunadamente, dije, pronto llegaremos á Málaga y el doctor abandonará nuestra compañía.

El tiempo que permanecemos en Nápoles lo empleamos en visitar cuanto de interesante posee aquella capital.

Nápoles guarda muchos recuerdos de España: su historia está íntimamente ligada á la de nuestro país. Durante la dominacion española y á partir desde el año 1532 el virey D. Pedro de Toledo la enriqueció con varios monumentos de importancia, habiendo imitado su conducta en épocas subsiguientes D. Enrique de Guzman, D. Juan

Pimentel de Herrera, D. Manuel de Guzman, el conde de Olivares y el duque de Medinaceli.

Varios reyes dotan á Nápoles de hospitales, museos, palacios, vias públicas y jardines, y hoy ocupa un perímetro de unos doce kilómetros (sin los arrabales) habitado por mas de cuatrocientas mil personas.

Deslumbrante, alegre, risueño, bullicioso es aquel pequeño mundo. Nada falta para la ilustracion, para la comodidad, para el recreo.

Hay suntuosos templos. Hay un *Museo Borbónico* donde se guardan las preciosidades desenterradas de Herculano, Pompeya, Pæstum y Cápua. Hay hermosos teatros. Hay pintorescas posesiones de campo; *catacumbas* notables; hay una *gruta* de Pausilipo, digna de mención; y sobre todo merece una visita el Vesubio, arrogante volcan que se eleva 1200 metros sobre el nivel del mar y de cuyo crater surge siempre una columna de humo.

Después de visitar Nápoles, poca importancia ofrecen las islas de Cerdeña y Córcega á donde pusimos rumbo; pero se hallaban comprendidas en nuestro itinerario y no debíamos hacer omision de estas comarcas.

La isla de Cerdeña es una superficie de 266 kilómetros de largo por 152 de anchura; cubierta de montañas y bañada por diferentes rios de los que figuran en primer término el Tyrso, el Coguiuas y el Flumendosa. Posee algunas minas; produce frutos escelentes y sus costas abundan en coral.

Como triste compensacion de estas ventajas añadiremos que los aires del pais son enfermizos.

La capital es Cagliari, puerto situado en un golfo que lleva su nombre.

Cerdeña está separada de Córcega por el Estrecho de Bonifacio.

Poco fué el tiempo que dedicamos á Córcega, la antigua *Corsica*.

Serafin, el hombre de la paz, miraba con aversion esta isla.

— Es pátria de un tirano; de Napoleon I, decia. Y allí

donde nace uno de esos hombres que derraman á torrentes la sangre de sus hermanos no quisiera fijar ni por un instante mi planta.

Las costas de Córcega tienen cómodos puertos y entre otros las radas de Ajaccio, Calvi, San Florent, Valinco y Porto Vecchio.

El suelo de Córcega lo mismo que el de Cerdeña es montuoso, lo fertilizan algunos rios y disfruta la isla de un clima saludable.

Posee minas y canteras de mármoles; sus costas suministran coral, sus campos caza, sus bosques maderas en abundancia.

La travesía desde Córcega á Civita-Vecchia, no presentó incidente alguno de interés.

Civita-Vecchia, es una poblacion de ocho mil habitantes, pero apesar de su reducido vecindario, constituye una importante escala del Mediterráneo, bajo el punto de vista del comercio.

Poco despues de desembarcar salimos en el tren para Roma y dos horas mas tarde saludamos la *Ciudad del alma*.

de una gran cantidad de personas que pertenecen a diferentes
 la mayor de las hermanas en el mundo. Hay un gran número
 tan en el mundo.

Las costumbres de los mexicanos son diferentes a las de otros
 países. Los mexicanos son muy hospitalarios y tienen una gran
 hospitalidad.

El idioma de los mexicanos es el español que es el idioma
 más hablado en el mundo. Los mexicanos son muy inteligentes
 y tienen una gran capacidad de trabajo.

Los mexicanos son muy religiosos y tienen una gran fe en
 Dios. Los mexicanos son muy amorosos y tienen una gran
 hospitalidad.

Los mexicanos son muy orgullosos de su país y de su cultura.
 Los mexicanos son muy inteligentes y tienen una gran capacidad
 de trabajo.

Los mexicanos son muy hospitalarios y tienen una gran
 hospitalidad. Los mexicanos son muy amorosos y tienen una gran
 hospitalidad.

Los mexicanos son muy religiosos y tienen una gran fe en
 Dios. Los mexicanos son muy amorosos y tienen una gran
 hospitalidad.

XXXVIII.

Palma de Mallorca 18 de Diciembre.

Roma es un panteon de memorias, de grandezas, cuya relacion conmueve y hace pensar en las admirables mudanzas de los pueblos; en el movimiento de las sociedades; en las evoluciones de los siglos.

Desde el año 753 antes de Jesucristo en que fué fundada esta capital, ha padecido multitud de conmovedoras alternativas. Tuvo diferentes formas de gobierno. Dió albergue á la ciencia, al génio, al heroismo, al crimen, á la tiranía, á todos los vicios y todas las virtudes. Sufrió devastaciones, incendios, saqueos, epidemias, y su historia es un drama donde se reproducen las escenas todas del gran drama inherente á la universalidad de los pueblos.

Roma, la ciudad de las *siete colinas* es un esqueleto colosal; es la sombra de lo pasado que habla en su mutismo, con la elocuencia del sentimiento. Triste, exornada de palacios, de ruinas, rica de calles sombrías y estrechas, impresiona de un modo profundo.

La Roma antigua y la moderna compiten en monumentos importantes y si aquella tiene el Capitolio, el Panteon, las Catacumbas, los Obeliscos, el Foro, los Acueductos, las Termas y otras mil interesantes obras, la ciudad moderna posee multitud de basílicas entre las cuales es la principal la de San Pedro y tiene suma considerable de palacios y museos como el Vaticano y el Capitolio.

—¿Qué piensas de Roma? pregunté á Salvador cuando nos embarcamos en Civita-Vecchia para Génova.

—Pienso, respondió, que merece una visita minuciosa, un exámen prolijo.

Y repetida esta pregunta al salir de Génova y con relacion á esta ciudad de los palacios, obtuve contestacion análoga.

Sin embargo, dos circunstancias se oponian á que la última parte de nuestro viaje fuera todo lo detenida que reclamaba su importancia.

Conmovidas entonces Italia y Francia, parecían como una profanacion visitar sus poblaciones en busca de un recreo, de una novedad. Al mismo tiempo no debíamos retardar sin fundado motivo el matrimonio de Serafin y por último, las costas de Italia, de Francia y de España son hártamente conocidas para reclamar nuevas descripciones.

Omitimos desembarcar en algunos puertos poco interesantes.

Visitamos de prisa la populosa Marsella, la fabril Barcelona, la encantadora Valencia y poniendo rumbo á las Baleares, no tardamos en dar fondo en Palma de Mallorca.

XXXIX.

Mientras Serafin consagraba su atención á disponer lo necesario para la boda, Salvador y yo emprendimos deliciosas escursiones por la isla que es una joya perdida en las soledades del mar.

La ceremonia nupcial debia celebrarse á bordo, segun espresamente lo habia deseado Lelia, á quien Serafin habló en Palma, donde dijo que esperaba desde algunos dias antes, la venida del *Neptuno*.

El capitan estaba radiante de alegria. Su alma nacida para la paz y el amor, que era la preciosa divisa de nuestro amigo, iba á reposar en otra alma rica de ternura; alma de muger que comprendia perfectamente el valor del tesoro representado por la posesion del capitan.

El doctor Williams habia recibido con perfecta impasibilidad la invitacion que le hicimos para que con Salvador y conmigo asistiese á la boda en calidad de testigo.

La etiqueta exigia proceder á semejante convite, por mas que el doctor se hubiera presentado ante nosotros desde el momento en que fué recibido á bordo como un hombre extraño y aun ridículo, que ni hablaba ni se hacia visible y parecia envolverse en un misterio inesplicable.

La noche en que debia tener lugar la ceremonia fué con Salvador á la fonda donde vivia Lelia.

Un camarero nos dijo que por la tarde salió, habiendo antes pagado la cuenta de sus gastos.

Volvimos al *Neptuno*.

El sacerdote nos esperaba.

—¿Y Lelia? preguntó Serafin.

En pocas palabras referimos el incidente.

La sorpresa del capitán no tuvo límites. ¿Cómo juzgar la conducta de aquella muger?

—Es necesario, dijo Serafin, participar al doctor Williams lo ocurrido: su carácter de testigo reclama que sepa desde ahora todo lo que se refiera á este asunto.

Bajamos á la cámara.

El doctor, como de costumbre, estaba encerrado en su camarote.

Serafin empujó la puerta, que al abrirse dió paso á una muger hermosa y elegantemente vestida.

—¡Lelia! gritamos todos, porque aquella muger era la prometida de nuestro amigo Serafin.

—¿Y el doctor Williams? pregunté á Lelia.

—¡El doctor! dijo riendo la jóven inglesa. Yo soy.

—¡Cómo! Aquel hombre uraño, silencioso....

—El mismo.

—¿Y por qué revestirse de semejante disfraz.

—Es muy sencillo: deseaba acompañar á Serafin.....

—Comprendo: un rasgo de delicadeza....

—Hé aquí esplicada la música de *Lucia*; repuso el capitán.

—Pero entretanto, advertió Salvador, falta un testigo, merced á la metamórfosis del apócrifo Williams Rit.

—Si mi opinion es aceptable, propongo para desempeñar este cargo al fiel Jacob, dijo Lelia.

La idea fué aprobada y pocos momentos despues, Lelia y el capitán quedaron unidos para toda la vida con el lazo del matrimonio.

XL.

Málaga 29 de Diciembre de 1870.

Zarpamos de Palma.

El *Neptuno* se deslizaba sobre las olas del puerto.

Al anochecer pasamos á la altura del cabo de Cala-Figuera, y dos horas mas tarde una fresca brisa rizaba la superficie del mar que nos enviaba chispas de espuma.

El viento era favorable y aunque caminábamos con una velocidad de 9 millas mandó Serafin izar las *guairas* y un foque, de manera que á los pocos minutos nuestra embarcacion navegaba con admirable rapidéz, abriendo surcos fosforecentes que se cerraban luego y producian un hervor constante y cadencioso.

Aquella noche transcurrió en el mutismo. Serafin apenas abandonaba el puente. Salvador hallábase rendido de las últimas escursiones; yo sentia un implacable cansancio y no tardamos en retirarnos á nuestros camarotes.

Al siguiente dia y gracias al sueño reparador de la víspera, nos mostramos tan locuaces como de costumbre.

Salvador dedicóse á coleccionar sus apuntes, á empaquetar los distintos objetos adquiridos en nuestra expedicion y á disponer en fin su equipaje esperando el término de la navegacion.

Por cierto que los efectos reunidos en su camarote llenaban el suelo y la litera, no siendo suficiente el espacio de la pequeña habitacion para la suma de curiosidades allí amontonadas.

—Buena cosecha trae á España el historiador, decia Serafin, riendo ante la escrupulosidad con que trabajaba nuestro amigo.

—No es gran cosa, repuso Salvador; aun desearia más.

—¡Diablo! ¡Qué avaricia!

—¡Oh! por mi gusto quisiera transformar mi gabinete de estudio de Granada en un museo.

—De todos modos, y aunque los datos que podemos llamar tangibles no responden á tan noble ambicion, el viaje que antes de mucho habrá terminado, añadirá nueva enseñanza á los conocimientos que V. habia adquirido.

—Sin duda; y al mismo tiempo rectifica muchos errores pues la nocion teórica es las mas veces inesacta.

—Desgraciadamente sucede así y con mayor motivo si se trata no ya de las cosas, sino de las personas.

—Ahora bien, Serafin; usted, viajero acostumbrado á visitar un dia y otro pueblos y pueblos ¿qué piensa del resúmen de nuestra navegacion? ¿Qué fin útil, qué idea provechosa descubre?

—Voy á decirlo, y es probable que mis apreciaciones estén conformes con las que V. haya podido formular.

—Ya escuchamos.

—En el trascurso de nuestro viaje hemos estudiado los pueblos del Mediterráneo que en mayor ó menor escala traen su grano de arena á la obra de la perfeccion.

Estos paises ribereños cumplen en sus respectivas esferas una mision, y todos juntos dan por resultado la armonia mas completa.

En vano seria protestar contra el atraso de tal ó cual region: en vano tambien pedir innovaciones. Consideradas las cosas bajo su verdadero punto de vista, cualquiera transformacion violenta rompería el equilibrio existente.

Y ello es indudable que de un modo lento pero fecundo y positivo, tiene efecto una evolucion constante y civilizadora. El influjo del trato opera este cambio. Demos facilidades al movimiento universal, y sin recurrir á otros medios las conquistas benéficas de la inteligencia y del espíritu moderno irán ensanchando sus dominios en beneficio comun.

Desde Marruecos hasta Egipto; desde Palestina al Bósforo y desde el Archipiélago al Estrecho de Gibraltar, el valle mediterráneo se engrandece, se mejora, entra de dia en

dia mas íntimamente en la gran comunión de los pueblos sábios. Allí se miran frente á frente las costas de Europa y las de Africa, teniendo por fondo las regiones asiáticas.

Europa es el emporio de la civilizacion. Africa el decaimiento. Asia la inmovilidad.

Hé aquí la calificacion mas generalmente dada á los diversos estados vecinos al Mediterráneo; pero si analizamos siquiera rápidamente su situacion esacta, olvidaremos bien pronto aquellas apreciaciones para consignar otras adecuadas á su situacion presente.

Los pueblos de Berbería no pueden prescindir de que en otro tiempo su civilizacion era mas poderosa, y apesar del caracter africano que unido á las condiciones climatológicas constituye un enemigo para todo adelanto intelectual y material, imitan á los europeos, aprenden, adoptan lo bueno que creen aceptable, y en silencio y sin aparato, mejoran sus condiciones.

En el interior de Marruecos hay establecidos colonos occidentales que viven en casas aisladas y completamente seguras.

El emperador de ese mismo pais ha instalado diferentes fábricas con arreglo á los modelos presentados por ingenieros de Europa.

La posicion geográfica de Marruecos lo coloca en aptitud de mantener con Europa continuas relaciones.

Su legislacion comercial, demasiado restrictiva, debe considerarse como una de las causas eficientes que han influido en que no obstante sus condiciones apropiadas para desarrollar el comercio, haya permanecido extraño á todo género de transacciones.

Marruecos tiene un suelo fértil que ofrece productos ricos y variados y con especialidad cereales, en tal manera, que podia proveer á las necesidades de los mercados de Occidente. Autorizada por el Emperador la exportacion temporal de granos en 1855 dió muy notables beneficios; pero el gobierno marroquí temia luchar con las preocupaciones populares y tuvo que limitar en breve la exportacion.

Sin embargo, despues del año 1855 aquel gobierno ha

celebrado tratados de comercio con casi todos los pueblos cristianos y por consiguiente las relaciones político-internacionales presentan hoy un aspecto favorable que promete risueñas esperanzas para el porvenir.

Los célebres piratas de Berbería ya no existen.

En Argelia se ha llevado á término una importante obra civilizadora merced á la iniciativa francesa, y sus consecuencias serian mucho mejores, sin el papel de conquistadora que Francia representa para con los indígenas, pues conocida es la aversion instintiva de los árabes hácia los alardes de la fuerza.

Aun así, la influencia ejercida por la actividad de los dominadores, ha determinado un aumento considerable en el tráfico interior de Argelia con los estados vecinos, como lo justifican las noticias de aquella colonia. En 1868 habian llegado á Argelia procedentes de Marruecos y de Tunez 31 caravanas con 970 bestias de carga, y mercancías por valor de 309.452 francos y en los ocho primeros meses de 1869 el número de caravanas era de 147 con 5783 bestias y efectos que representaban un total de 1.337,767 francos.

Tunez envió á la Exposicion Universal de Paris en 1867 un maravilloso modelo de sus artes. Egipto hizo lo propio, demostrando así que la comunicacion de ideas y pensamientos es una verdad.

Africa, pues, renace al menos en sus regiones mediterráneas; y ese renacimiento alcanzará mayores proporciones tan luego como los pueblos de Europa, comprendiendo sus positivos intereses prescindan de las terribles guerras que con demasiada frecuencia impurifican su prestigio, y cooperen unidos al desenvolvimiento de las conquistas de las ciencias, de las artes, de los principios en que descansan el bienestar y la fraternidad recíproca.

Acerca de Asia ó sea de lo que podemos llamar el Oriente mediterráneo, su regeneracion corresponde á Europa. El Islamismo impera en aquel pais y su existencia significa un odio ya oculto ya esplicito contra el Cristianismo.

Oriente y Occidente conservan todavía los recuerdos de

su lejana rivalidad y Europa es la llamada á destruir con una proteccion bien entendida y con un trato especial, esas tormentas que estallan á veces contra sus súbditos engendrando ríos de sangre y cosecha de luto.

Ved, en resúmen, toda la significacion del Mediterráneo de hoy.

El Mediterráneo es un laboratorio gigantesco, de donde espera la humanidad una luz sublime; la Paz.

Las palabras de Serafin fijaron nuestras ideas. Salvador y yo habíamos adivinado algo de aquel juicio, pero al embrión existente en nuestro espíritu, faltaba una forma precisa, que ahora se nos revelaba con toda su virilidad, con toda su fuerza de contornos.

Indudablemente el viaje á través del Mediterráneo producía un beneficio que si en aquellos momentos ofrecia por limitacion el alma de tres hombres reunidos sobre un buque, podia tomar cuerpo y decir: la humanidad tiene mucho que hacer. Trabajemos todos; realicemos la grande obra de pacificacion, de armonia, de instruccion.

Veinticuatro horas más tarde fondeaba el yack en Málaga.

Cuando llegué á mi casa entregáronme un pliego que pocos dias antes habia llegado de Madrid.

Era un documento oficial cuyo contenido satisfacía mis aspiraciones mas fervientes.

El Gobierno aceptaba mi proyecto de la «*Liga Internacional de viajes y descubrimientos científicos,*» nombrándome presidente de la asociacion.

Y para inaugurar esta de un modo brillante habia dispuesto una espedicion á la Australia, designando á Salvador entre los individuos de la comision encargada de emprender el viaje.

Participé á mis compañeros de navegacion tan fausta noticia y despues nos despedimos.

Serafin entregó el mando del *Neptuno* al segundo de á bordo quien por mi órden debia procurar la venta del buque y el amable capitan tornó en breve á su tranquila existencia, llevando como corona de sus virtudes y de sus

conocimientos, una esposa destinada á embellecer el solitario retiro de su casa.

Salvador volvió á Granada para depositar en su gabinete de estudio los objetos adquiridos durante nuestras escursiones y para disponerse á emprender una nueva campaña científica en la Australia.

Jacob se conceptuaba feliz con permanecer en mi compañía, y yo impresionado profundamente por las emociones de la navegacion, comencé á escribir un libro cuya esencia aparecia en estas palabras de Serafin:

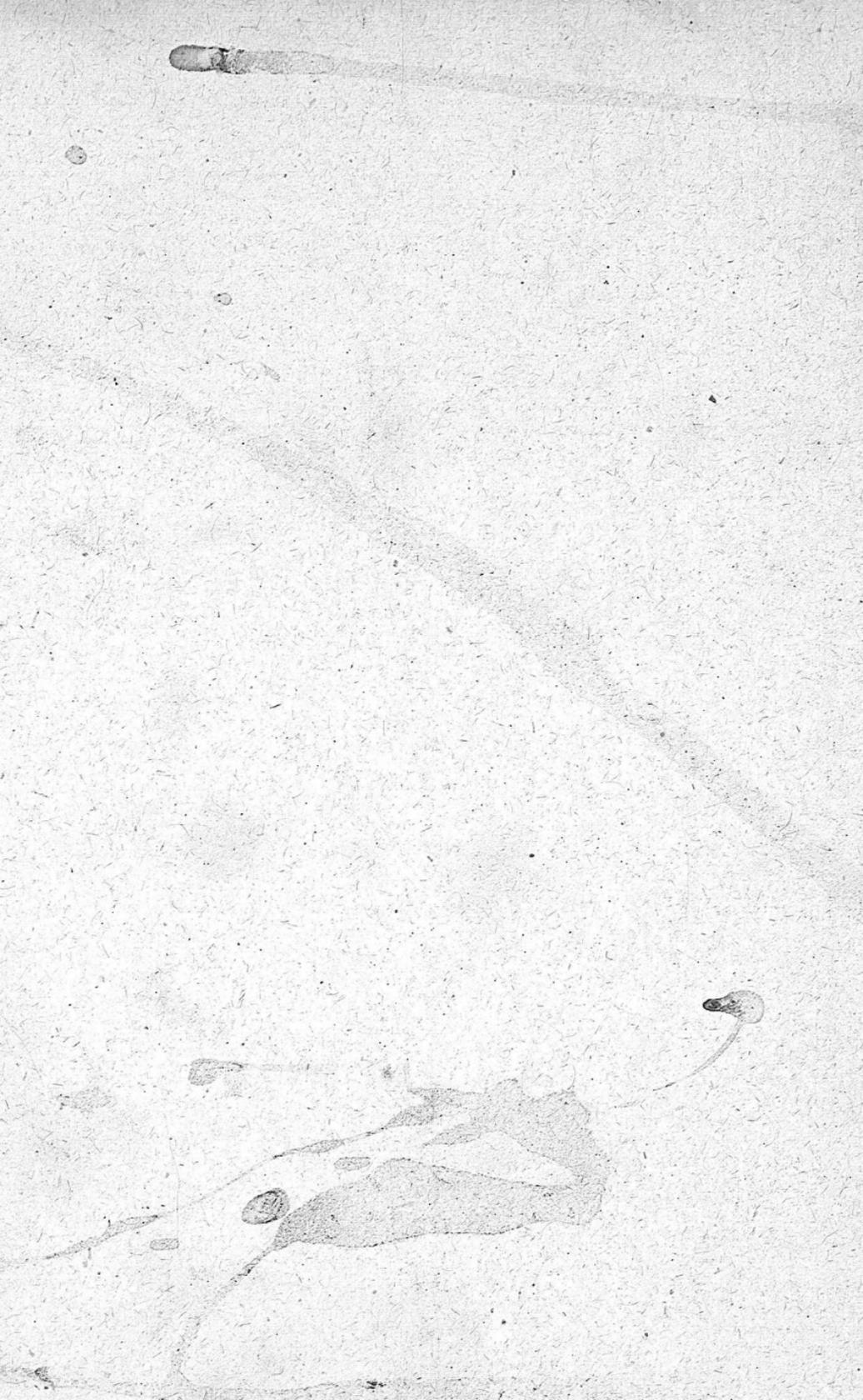
«El Mediterráneo es un laboratorio gigantesco, de donde espera la humanidad una luz sublime, la PAZ.»

FIN.



3 ptial

kit. 25790



cuyo carácter *oficial* las salvaba sin trabajo de ningún género.

La Asociación Internacional (dado ese mismo carácter oficial) representa el concurso de considerables capitales; una garantía y una concesión previa para cuantas obras efectuara fuera de las naciones signatarias de la *Liga*.

El beneficio obtenido por esta en las citadas obras sería indudable y refluiría principalmente á las naciones interesadas, puesto que las utilidades de la administración encomendada á los respectivos gobiernos, habrían de distribuirse por igual.

Acaso haya quien formule esta pregunta. ¿La *Liga* engendraria rivalidades entre los Estados que la compusieran? Creemos no equivocarnos al responder negativamente.

Para evitar aquel temor existiría un *comité central ó internacional*, encargado de estudiar, proponer y modificar los proyectos que, en armonía con la asociación, le fueran presentados, teniendo además el deber de publicar las obras, cartas geográficas, planos etc.

A este centro común se dirigirían por medio de los *comités nacionales* los proyectos iniciados en cada país.

Admitido un proyecto y llevado al terreno de la práctica, la gloria primordial pertenecía naturalmente á la nación ó individuo que lo hubiera presentado; y como á su realización material habían contribuido los restantes Estados de la *Liga*, claro es que á todos ellos alcanzaban también los beneficios.

Los resultados de esta asociación corresponden al orden moral, al orden intelectual y al orden material.

En el orden moral permite que la comunicación de ideas entre todos los pueblos sea considerable. Con ellas estiende las relaciones amistosas, y estas á su vez afirman la paz y difunden la religión y las buenas costumbres.

En el orden intelectual, estimula al estudio, favorece el desarrollo de la ciencia y cumple, en fin, con admirable amplitud, una misión civilizadora, compleja y fecunda.

En el orden material dá vigor y segura existencia al comercio, pone en circulación los capitales, acrecienta las ar-

tes y las industrias, proporciona al trabajo terrenos que colonizar y promueve los inventos y los adelantos.

La *Liga* publicaría constantemente una revista *histórico-geográfica* en los distintos idiomas respectivos á las naciones signatarias, y cuyo carácter no es preciso detallar; y por último, los objetos adquiridos en los viajes y descubrimientos serian coleccionados en un *Museo Internacional* establecido en la capital donde radicase el *comité central*, ó sea en la del Estado que hubiera admitido el pensamiento de la *Liga*.

Tal es, en resúmen, nuestro proyecto.»

Terminada la lectura una salva de aplausos estalló en la cámara.

Serafin se levantó de su asiento.

—El deber me llama á otro sitio, exclamó.

Salvador y yo nos levantamos tambien.

Serafin subió al puente.

El cabrestante giraba con rapidéz produciendo un sonido monótono.

Las paletas de la hélice comenzaban á rodar sobre las aguas oscuras del Estrecho.

Los primeros balances anunciaron que abandonábamos la bahía.

—¡Llegó la hora! dijo Salvador.

—¡Surcamos el *Mediterráneo*! contesté.

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

...
 ...
 ...
 ...
 ...

XXIX.

Dia 25 de Agosto de 1870.

Antes de poner rumbo hácia Esmirna hicimos un pequeño descanso en las islas de Chipre y de Rodas, que aunque de poca significacion en la actualidad, han representado otras veces un papel importante.

La bahia de Larnaca, en la primera de ambas islas, ofreció al *Neptuno* un buen fondeadero donde fácilmente hizo el capitán el necesario acopio de carbon, que ya escaseaba á bordo.

Salvador, el camarero y yo, tomamos bien pronto posesion de Nicosia, capital de la isla.

Recorrimos sus calles; penetramos en sus huertos ornados de palmeras, morales, granados, parras y otros frutos y dedicamos estensas consideraciones á las impuras costumbres de los antiguos moradores de Chipre, así como á los personajes que han visitado este suelo y entre los cuales figuran Sesostris, Alejandro, Ciro, Semíramis y Tito.

Salvador, cuya memoria nunca es infiel, me dijo que los Cruzados de la Edad Media, en sus expediciones á Tierra-Santa hacian escala en Chipre: que Ricardo *Corazon de leon* se apoderó de esta isla: que los Templarios y Guido de Lusignan la poseyeron: que sirvió de refugio, cuando tuvo lugar la destruccion del reino de Jerusalem, al ejército de la ciudad deicida y que despues del decaimiento de la dinastía de Lusignan, los venecianos la ocuparon, hasta que en 1571 pasó á manos de Selim II, perteneciendo hoy todavía, al imperio turco.